

HISTORIAS DEL CAMINO

desde RONCESVALLES A FRÓMISTA

José María Cuadro

eldu

Aiim
ASOCIACIÓN DE INGENIEROS INDUSTRIALES DE MADRID



Colegio Oficial de
Ingenieros Industriales
de Madrid

PRESENTACIÓN

Incontables son los peregrinos que a lo largo de los siglos hemos recorrido el "Camino de Santiago" e incontables serán los que lo recorrerán en tiempos venideros.

Incontables son también sus referencias en la historia e incontables en la literatura.

Todo comenzó allá por el siglo IX, aunque un siglo después Almanzor, caudillo musulmán, arrasara la iglesia que guardaba los restos del Apóstol y arrastrara sus campanas desde Santiago a la Mezquita de Córdoba, para usarlas como lámparas en la ampliación de la Mezquita.

Siglos después, el rey Fernando III, las hizo devolver a hombros de los vencidos.

Aymerich Picaud, aquel monje giróvago benedictino, que llegó a ser secretario del Papa Calixto II, se le atribuye la autoría de la primera descripción del Camino de Santiago "Guía del Peregrino", hacia el año 1.140.

Nuestro inmortal Cervantes, lo pone en boca de Don Quijote: "La figura del Apóstol es razón y creencia de nuestro inmortal sentir". Y con su amigo Sancho mantiene esta peculiar conversación: "¿Esta por ventura España abierta?", pregunta Sancho, "Simplicísimo eres, Sancho -respondió Don Quijote- y mira que este gran caballero de la cruz bermeja, házselo, dado Dios a España por Patrón y amparo suyo, especialmente en los rigores y trances que con los moros los españoles

6 han tenido, y, así, le invocan y llaman como defensor suyo en todas las batallas que acometen...”.

Es claro que ni Don Quijote ni Sancho hicieron el Camino de Santiago, pero nuestro buen amigo José María Cuadro, sí, y nos lo hace revivir sin salir de casa, de tal forma y manera, que tras su lectura solo queda exclamar como buen peregrino: *Ultreya et Suseia!* (Vamós allá, aleluya).

Con este amigo y compañero de esperanzas, y juntos todos en su lectura, al final, daremos un abrazo al Señor Santiago. Gracias, Jose María.

No olvidéis que 2021 será “Año Santo Compostelano

ELDU ELECTROAPLICACIONES, S.A.

PRESENTACIÓN

Como años anteriores, la Asociación de Ingenieros Industriales de Madrid, tiene la satisfacción de presentar a todos sus asociados y colegiados, el libro premiado en este convulso año 2020, del concurso “Libro del Ingeniero”, y que trata de dar a conocer las aficiones humanísticas y no técnicas, más bien literarias de alguno de nuestros compañeros.

Este premio, que desde el año 2017 lleva el nombre de un malogrado joven ingeniero, vilmente asesinado en los atentados del año 2004, Rodolfo Benito Samaniego, ha concedido su galardón a libros de arte (3), de energía, de técnicas de negociación, de ciencia, y de historia de nuestra obra magna como fue la colonización del Nuevo Mundo, tergiversada por numerosas leyendas en contra, siguiendo la primera de Fray Bartolomé de las Casas.

En este año, el autor, nuestro compañero José María Cuadro Pina, se adelanta al próximo Año Jubilar 2021, y nos enseña y anima a prepararnos para, esperamos que sin mascarilla y sin distancia social, podamos recorrer el Camino de Santiago, junto con la multitud de peregrinos que seguro surcarán las diferentes rutas que desde la antigüedad han conducido a los que consiguen la “Compostelana”, a postarse ante la imagen del Santo Patrón de España, el Señor Santiago.

Cuadro Pina hace un relato sumamente atractivo, con multitud de reseñas, detalles, anécdotas, y siempre atento a señalar cualquier peculiaridad del camino, y consigue desde el primer capítulo “Roncesvalles” fijar la atención del lector y así permitirle sumergirse sin querer en la magia de la historia y de la leyenda.

8 Como siempre, quiero antes de cerrar esta breve presentación del libro “Historias del Camino”, agradecer el patrocinio de ELDU, que viene colaborando desinteresadamente desde el principio en la edición de este premio y sin cuya ayuda nos sería imposible su edición.

Francisco Cal Pardo

Presidente AIIM

Madrid, diciembre 2020

PRÓLOGO

Tomo a modo de entrada una leyenda del Camino, que más tarde reaparecerá en estas páginas, como justificación al enfoque que doy a este relato.

Dicen que San Veremundo, abad del Monasterio de Irache en las cercanías de Estella allá por el siglo XI, cuidaba con gran afecto de los peregrinos que iban a Santiago por lo que siempre andaba pendiente de su paso y de sus necesidades. Y cierto día preguntó a unos romeros de dónde venían y qué habían visto de interesante por el Camino... Pero estos no supieron qué contestar a lo segundo, ya que no se habían fijado en nada. Y San Veremundo, dolido ante lo que para él suponía un anatema, los convirtió en molinos de viento como castigo, condenándoles así a girar continuamente en el mismo lugar sin llegar jamás a ningún sitio.

Muchos, en mi opinión, también giramos hoy en nuestros viajes sin llegar jamás a ningún lugar. Nuestra sociedad facilita solo el mirar sin ver, y el sistema alimenta el pasar sin conocer. Deprisa, deprisa... Lo importante es llegar a un lugar famoso aunque solo sea por unos instantes para luego poder anunciarlo.

En mi acercamiento al Camino de Santiago, y tras darme cuenta de que pasaba por lugares cargados de arte, historias y leyendas sin profundizar en ellos, me propuse en un determinado momento mirar y ver, no solo andar, porque quise no dejar atrás lo que buenamente pudiera del inmenso depósito humano y cultural que supone su traza. Y de ahí viene este relato.

No espere el lector encontrar aquí una detallada guía del Camino de Santiago porque no es su objeto, pero sí encontrará en sus páginas muchas pequeñas historias y leyendas que le permitirán no solo caminarlo, si algún día quiere, sino también conocerlo. Paso corto y vista larga, peregrino. La senda se cumple andando, no corras porque te perderás su magia.



RONCESVALLES

Sostiene la tradición que el Camino Francés comienza para los españoles en San Juan Pie de Puerto, lo que puede sorprender dado que es una localidad francesa. Pero no es un error y la historia lo avala porque esta villa perteneció en tiempos al Reino de Navarra y fue cabeza del territorio transpirenaico conocido como Baja Navarra o Ultrapuertos. Por tanto, resulta lógico que los peregrinos del medioevo lo aceptaran sin reservas. Pero más tarde, estando ya incorporado el susodicho reino a la corona de Castilla, Ultrapuertos fue abandonado a su suerte en el siglo XVI por Carlos I debido a que el monarca consideró muy difícil y arriesgada su defensa militar frente a las ambiciones galas. Y, abandonadas por su dueño, aquellas tierras se incorporaron al patrimonio de la francesa Casa de Albret para acabar adheridas luego a la corona gala.

Sí sorprende el que, a pesar de lo anterior, aún permanezca en manos españolas una pequeña parte de ese antiguo enclave. Nos referimos a la localidad de Valcarlos, Luzaide en euskera, y al valle que envuelve la ruta que la enlaza con el Alto de Ibañeta. Y debe añadirse que su fama no se debe tanto a esta singularidad histórica y geográfica, sino a que en sus cercanías, en un desfiladero próximo, debió tener lugar la que comúnmente conocemos como batalla de Roncesvalles.

LA BATALLA

¿Pero existió realmente este enfrentamiento?, porque las fuentes historiográficas que lo aseveran son muy posteriores, también escasas y lindan con el mito. Nos referimos en concreto al relato que aparece en

la obra conocida como «La Chanson de Roland» y en el denominado «Libro de Carlomagno» del Códice Calixtino. Hagamos memoria en torno a ello. Los francos habían visto con suma preocupación la invasión de la Península Ibérica por parte de los musulmanes quienes, a renglón seguido del éxito alcanzado, trataron de ocupar la antigua Galia. Pero en el 734 fueron vencidos por el ejército de Carlos Martel en la batalla de Poitiers, lo que detuvo la invasión sarracena. Aun así, todavía pasarían unos cuantos años antes de que el territorio franco se viera libre totalmente de su presencia en el sur.



La muerte de Roldán

La siguiente medida de defensa gala, ya bajo el mando de Carlomagno, fue la de crear una serie de condados del otro lado del Pirineo –la Marca Hispánica– para que hiciera de escudo o colchón frente a posibles nuevos intentos de invasión de sus tierras. Y una vez conseguida la consolidación de tales condados, Carlomagno se centró en la idea de dominar el apetecible valle del Ebro aprovechándose de ciertas luchas internas entre los musulmanes. Para ello puso sitio a Saraqusta, nuestra actual Zaragoza. Pero, a pesar de contar con un abundante ejército y lo mejor de sus paladines –sus doce pares–, fracasó en el intento y hubo de retirarse de nuevo a su territorio. De regreso, su ejército arrasó la comarca de Pamplona porque se había mostrado contraria a su aventura y demasiado cercana al enemigo.

Los datos históricos avalan lo expuesto anteriormente, pero tras ello aparece lo que tan solo se cree que es leyenda: la retaguardia franca fue sorprendida en Roncesvalles por un ejército de cuatrocientos mil

sarracenos que acabaron con la vida de Roldán, de los doce pares y de sus leales huestes... Leyenda que fue escrita unos trescientos años después de que los hechos ocurrieran tras mantenerse viva oralmente gracias a los trovadores y juglares de aquellos años. Es prudente, por tanto, dudar de su exactitud histórica dado el tiempo transcurrido.

Hoy día los historiadores consideran que, según los escasos datos extraídos de anales y crónicas del siglo IX, el tan ensalzado enfrentamiento no fue más que una simple emboscada sufrida por una columna carolingia en agosto del 778 en el desfiladero de Valcarlos, que queda en el otro lado del Pirineo y no en Roncesvalles. Y que fueron navarros, vascos e incluso sarracenos quienes se tomaron allí venganza por el saqueo de la ciudad de Pamplona y, posiblemente, por el ataque a Saraqusta.

BATALLA DE ORREAGA

Así que el tiempo y la transmisión oral de los hechos pudieron alterar profundamente la realidad. Sin embargo sí existen pruebas y general acuerdo en que hubo una segunda batalla de Roncesvalles en los primeros años del siglo IX a la que los historiadores llaman de Orreaga –Roncesvalles en euskera– para diferenciarla nominalmente de la primera. Este nuevo enfrentamiento pudo deberse a que las tropas imperiales carolingias quisieran vengar la anterior derrota de Valcarlos y, de paso, trataran de someter a los díscolos navarros que no aceptaban la tutela carolingia. Se desarrolló, esta vez sí, en la llanada al sur de Roncesvalles, en el lado meridional del Alto de Ibañeta. Y venció Iñigo Ximénez el Aritza, el Roble, quien pasó a ser el primer rey de Pamplona.

En apoyo de ello, cierto día tropecé por casualidad en Pasajes de San Juan, Pasai Donibane, con un humilladero datado en 1580 que muestra una leyenda donde se dice lo siguiente:

«Dando las gracias por la victoria alcanzada y cumpliendo con el voto hecho a Dios y a la Bienaventurada María siempre virgen, en la era de 814, cuando fuimos a Orierraga, puerto del Pirineo, que ahora se llama Ronco Valles a pelear contra el ejército de Carlo Magno rey de los franceses con nuestro pueblo de la vasconia por sí mismo y sus compañeros del Pasaje vencedores, Joannes de Ubilla me hizo».

Luego no debió ser un enfrentamiento menor el de Orreaga cuando gentes de la costa también fueron al encuentro del invasor galo y aún guardaban memoria de ello siglos después.

El mito de Roncesvalles, el de la primera batalla, presenta otra singular versión: la que guarda el romancero castellano. Según este, quien allí venció fue Bernardo del Carpio –castellano de pro– y no un navarro. Y esta versión alcanzó tanta popularidad que fue glosada literariamente por distinguidas plumas hispanas en épicas obras. E incluso tiene un medallón de recuerdo en la Plaza Mayor de Salamanca entre otros ilustres prohombres y, en añadido, se «halló» su sepulcro en una cueva cerca de Aguilar de Campoo. Lo malo fue que su atribuida lápida sepulcral es gótica tardía y en absoluto se corresponde con una del siglo IX como hubiera debido ser. Y, por terminar, parece ser que este héroe jamás existió porque no hay una sola prueba de ello, por más que su leyenda se extendiera literariamente a través de del tiempo dando por buena la versión del romancero.

LOS CAMINOS QUE SUBEN AL ALTO DE IBAÑETA. LA RUTA DE NAPOLEÓN.

Hay dos rutas posibles para salvar la distancia que separa a San Juan Pie de Puerto de la abadía de Roncesvalles.

La más utilizada discurre casi paralela a la carretera que, tras dejar atrás San Juan, cruza la frontera en Arneguy, alcanza Valcarlos y emprende una interminable subida hasta coronar el Alto de Ibañeta, antesala de Roncesvalles. Algo más de veintitrés kilómetros de andadura, de los que los dieciocho finales muestran una pendiente media del cinco por ciento por lo que, sin ser muy exigentes en dificultad puntual, acaban pesando en las piernas por extensos. Y, en añadido, al discurrir el camino siempre por la vaguada, sin posibilitar grandes vistas y entre frecuente arbolado, los acaba haciendo monótonos y algo tediosos.

Mucho menos conocida es su alternativa, la denominada «Ruta de Napoleón»... No, el emperador jamás la anduvo, pero sí sus tropas. Cuatro mil hombres que, bajo el mando del general Darmaignac, se dirigieron desde San Juan Pie de Puerto a acantonarse en la plaza fuerte de Pamplona al socaire de los acuerdos de Fontainebleau. Corrían por entonces los últimos meses de 1807 y se asistía a los

albores de la francesada. ¿Pero por qué no siguió el ejército francés el camino del valle? Sin duda alguna por evitar exponerse a una posible nueva emboscada como la padecida por Roldán en el desfiladero de Valcarlos. Esta segunda ruta abandona la actual carretera por el lado izquierdo al poco de salir de San Juan Pie de Puerto, sube rápidamente a la línea de cumbres de los montes próximos del lado francés y, deslizándose por ellas, llega a Roncesvalles dominando de continuo el terreno circundante. Véase cómo el recordar la historia sirve para tomar precauciones, o al menos le sirvió a Darmaignac.



Colegiata y hospedería de Roncesvalles

Este último camino requiere mejores piernas que el del valle. Y está absolutamente desaconsejado con mal tiempo, en invierno y para peregrinos sin experiencia montañera porque en cualquier momento pueden entrar viento, lluvia y nieve desde el Golfo de Vizcaya. Caso contrario, no sería la primera vez que la Gendarmerie y la Guardia Civil tienen que salir al rescate de romeros inconscientes.

EL ALTO DE IBAÑETA. LA CAMPANA DEL MONASTERIO DE SAN SALVADOR Y UN MONUMENTO A ROLDÁN.

Poca gente conoce que en el Alto de Ibañeta existió un monasterio en la alta edad media, el de San Salvador, que guiaba a los peregrinos que ascendían el puerto cuando el mal tiempo arreciaba mediante el tañido de una campana. Desapareció con los años este cenobio casi sin dejar rastro, siendo absorbido probablemente por el de Roncesvalles, y quedando reducida tan solo su traza a unas cuantas piedras y alguna tumba olvidada para curiosidad de los arqueólogos.

En su lugar encontramos hoy una moderna y estilizada capilla que ni de lejos podría recordarnos a su antecesora románica. Aunque, eso sí, tiene también su campana en homenaje a la pretérita. Pero no creo que haya hoy en día un alma caritativa que se sacrifique tocándola llegada la necesidad. Y es que la campana está suspendida de un estilizado soporte exento a modo de campanario, y el voluntarioso campanero tendría que aguantar a pie firme y al descubierto el embate de la tormenta para cumplir con su deber. La caridad comienza por uno mismo.

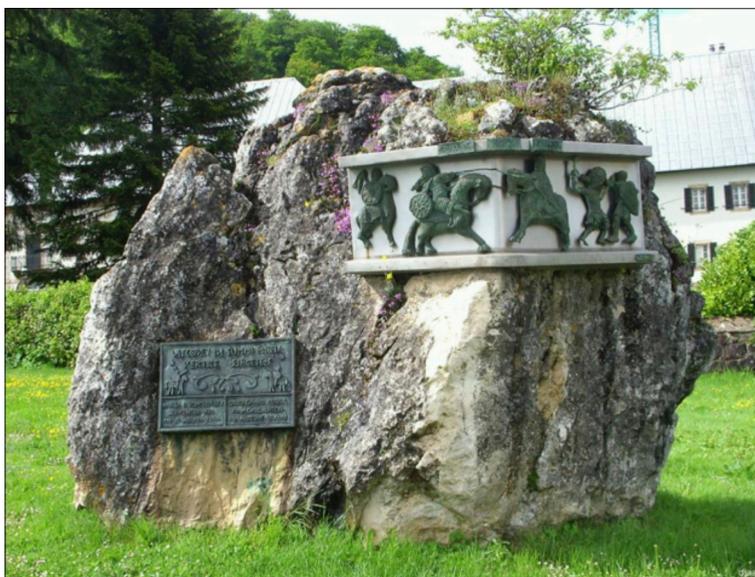
A unos pocos metros de la susodicha capilla encontramos un monumento a Roldán de aspecto tosco y recio, tal como exige el motivo, formado por un doble basamento en piedra sobre el que se yergue un rocoso monolito que semeja un menhir. De una de sus caras, la orientada al mediodía, cuelga una panoplia con una espada –no, no es Durandal, la usada por el héroe en la batalla– y dos mazas de combate cruzadas sobre ella. Bien está que se recuerde al valiente y esforzado prefecto de Bretaña, brazo derecho de Carlomagno, que tanto juego nos ha dado en la literatura a lo largo de los siglos, pero resulta pobre el homenaje dado a su hazaña, en mi opinión. Y dicen los puristas que también resulta impropio porque se utilizó granito en la obra, que no es piedra de la zona por lo que no se debería haber construido con ella. Está visto que nunca llueve a gusto de todos.

LA ABADÍA DE RONCESVALLES. UNA MISA DE PEREGRINOS, LA SUERTE DE UN REY REMISO Y LA VERDADERA CAMPANA DEL DESAPARECIDO MONASTERIO DE SAN SALVADOR

El lugar de Roncesvalles, mítico nombre, alberga poco más que su abadía, las iglesias de Santiago y del Espíritu Santo –también llamada Silo de Carlomagno–, y un par de establecimientos hosteleros. De la abadía y los templos existen múltiples referencias y abundantes estudios e información fácilmente disponible, así que tan solo me detendré en realizar algunos comentarios sobre otros extremos singulares.

De entrada sugiero a cualquier visitante del lugar, sea o no sea creyente o religioso, que no deje de asistir a la misa de peregrinos que se celebra en la colegiata de Santa María de Roncesvalles cada

tarde. No tan solo para contemplar la belleza del templo –brillante ejemplo de gótico francés– o para recrearse en la preciosa imagen de su virgen abrigada por un magnífico templete en el altar mayor, sino para poder palpar en primera persona lo que significa el fenómeno de la globalización. Hace ya unos años, un día cualquiera, asistíamos un grupo de amigos al acto. Y gentes de veinticuatro naciones diferentes llenaron el recinto, aunque no sé de donde salieron porque instantes antes Roncesvalles parecía desierto, quizás aguardaban en los albergues. Lo supimos porque los celebrantes nos saludaron en las diferentes lenguas, una por una, y entonces pensé que en un pequeño rincón del Pirineo se agrupaba medio mundo gracias al Camino de Santiago... ¡Qué maravilla!



Monumento a la batalla de Roncesvalles

La colegiata se construyó gracias al impulso de Sancho VII el Fuerte, el de Las Navas de Tolosa. Y allí yace enterrado este rey navarro en un majestuoso sepulcro ubicado en la sala capitular del monasterio. Todos sabemos que tan famoso y alabado guerrero atesora sobre sí buena parte del éxito alcanzado por las tropas cristianas frente a los almohades en 1212, pero es menos conocido que acudió al enfrentamiento con evidente desgana. Señalan los cronicones que, si el papa Inocencio III no lo hubiese amenazado con pena de excomunión, no habría aparecido por la Bética porque se llevaba mal con Alfonso VIII de Castilla y Pedro II de Aragón. Finalmente lo hizo, pero acompañado por poca gente, apenas doscientos caballeros. Y, aunque le otorgaron el mando del ala derecha cristiana, hubieron

de reforzar sus mesnadas con las milicias urbanas de Ávila, Medina del Campo y Segovia porque sus navarros resultaban escasos frente al reto otorgado. Lo que no quiere decir que, llegado el momento, el rey no se empeñara con valor y furia en la batalla blandiendo su poderosa maza de combate contra la turba musulmana desde sus casi dos metros de estatura y a la grupa de un corcel.

Y además le acompañó la suerte, que solo se da a quien la busca, porque la historia le otorga el mérito de haber sido el primero en asaltar el real almohade provocando la huida de An-Nasir –Miramamolín para los cristianos–, certificando así la derrota de los sarracenos. Sin embargo muchos discuten hoy este hecho afirmando que la última carga, la decisiva, fue dada también al unísono por los aragoneses en el ala izquierda y los castellanos en el centro. Y que a saber quién fue el primero en conseguirlo.

Lo dicho, además de merecerlo hay que toparse con el santo de cara. Y Sancho lo encontró haciéndose de paso con el galardón de las cadenas que enlazaban a los hombres de la guardia personal de Miramamolín. Parte de ellas, asevera la tradición, pueden aún admirarse a unos metros del sepulcro del rey en la misma sala capitular donde reposan sus restos. Por cierto, estas cadenas no figuraron de inmediato en el escudo de la corona navarra como cabría suponer. Antes bien, el distintivo de Sancho VII siguió siendo hasta su muerte un águila negra con alas medio desplegadas y garras amenazantes. Fue Teobaldo II de Navarra, al tiempo conde de Champagne y de Brie –curioso maridaje casi culinario– quien las adoptó medio siglo después.

La recuperada iglesia de Santiago del siglo XIII, antaño medio arruinada por el abandono, fue reconstruida en el siglo pasado gracias a la iniciativa privada. Y aseguran que mantiene en su espadaña a la campana original del monasterio de San Salvador, todo un logro. Junto a ella encontramos a la del Espíritu Santo, del siglo XII y planta peculiar, aunque casi todos la nombran como Silo de Carlomagno porque afirman que ahí están enterrados los guerreros francos abatidos en la batalla de Roncesvalles.



DE RONCESVALLES A ZUBIRI

UN AVISO CASI AMENAZANTE Y UNOS EXTRAÑOS ROMEROS.

Apenas iniciada la salida de Roncesvalles, encuentras a la derecha de la carretera una indicación de tráfico que puede que achique la voluntad de algún peregrino: «Santiago de Compostela 790». Pero no creo que nadie abandone a estas alturas, no sería honorable. Además, ¿qué son setecientos noventa kilómetros para un peregrino esforzado?, una niñería.



Sepulcro de Sancho VII el Fuerte

Más o menos a la altura de esta indicación y allá por un mes de mayo, tropecé un día con una romería penitencial que se abría paso

hacia la colegiata. Mujeres y hombres en completo silencio, envueltos en túnicas negras, encapuchados e incluso descalzos, portaban a la espalda un respetable y pesado rollo de madera que sostenían con los brazos alzados por encima de las cabezas mediante un travesaño enclavado y próximo a su extremo superior. A primera vista pensé que portaban una cruz, pero enseguida me entraron dudas porque el travesaño era corto y demasiado delgado para las dimensiones del rollo. Obviamente solo servía para facilitar el agarre y transporte de aquella pesada carga. Tras preguntar, supe que eran gentes del valle de Arce y Oroz-Betelu, pero que otros pueblos de la zona también harían esta penitencia en próximos días. Y me añadieron que lo hacían en homenaje a la Virgen de Roncesvalles.

Pero la duda quedó larvada porque el detalle de la cruz no me encajaba. El rollo siempre fue instrumento de ejecución de justicia allá por la edad media, véanse los muchos que aún adornan las entradas de nuestros pueblos. Y aunque acabaron siendo de piedra, seguro que en sus inicios fueron de simple madera, un tronco de árbol. A ellos ataban a los que se saltaban la ley para recibir unos cuantos zurriagazos o para dejarlos expuestos durante unos días al escarnio público por razón de su falta. Incluso dicen que servían para colgar los cuerpos o simplemente los despojos de los ajusticiados a muerte.

Comencé a indagar. Y me encontré con que esta región del bajo Pirineo se distinguió en tiempos por practicar en demasía la brujería en muy diversos lugares, siendo por ello duramente castigados. Como tal consta en investigaciones realizadas por sesudos historiadores y en los anales de la Inquisición. El archiconocido Zugarramurdi, en la cabecera del Baztán, queda a poca distancia de Roncesvalles monte a través... ¿Qué impulsaba a aquellas gentes?, ¿por qué se arriesgaban a recibir tan duros castigos del poder religioso al participar en aquellos aquelarres? No tengo respuesta, pero sí sé a ciencia cierta que por allá abundan la amanita muscaria –seta alucinógena–, la belladona y el beleño. Y que el duro trabajo, la falta de incentivos y el aburrimiento podrían haber buscado consuelo desde siglos atrás en la ingestión de pócimas que hicieran olvidar las penalidades de cada día. Y aquellos colocones, con o sin tentación satánica, pudieron derivar en los hechos que ya conocemos. Quizás sea un atrevimiento por mi parte, pero las peculiares romerías penitenciales del entorno de Roncesvalles que hoy vemos podrían tener orígenes antiguos orientados a conseguir el perdón por los malos pasos dados tras el Maligno.

UN INDIVIDUO PINTA FLECHAS AMARILLAS EN LAS PIEDRAS DEL CAMINO CERCA DE RONCESVALLES. DON ELÍAS VALIÑA.

Burguete-Auritz, el antiguo burgo de la abadía de Roncesvalles, es un precioso y reluciente pueblo situado a corta distancia de esta y, antes de alcanzarlo, el peregrino puede divisar un cuartel de la Benemérita algo retirado y a la derecha de la senda.

Hace ya bastantes años, debió ser hacia 1970, una patrulla de acción rural de este cuerpo se sorprendió al hallar en el monte a un individuo menudo que, armado de brocha y cubo cargado con pintura amarilla, trazaba flechas en las piedras y árboles de las bifurcaciones de la vereda indicando siempre la dirección correcta a Pamplona. Y pongámonos ahora en la piel de los representantes de la ley: años de plomo por causa del terrorismo etarra, el cuartel estaba en alerta continua y, si mal no recuerdo, incluso había sido ya atacado en alguna ocasión por los asesinos.

–Buenos días, caballero. ¿Qué hace usted por estas trochas? –le debió preguntar un guardia civil.

–Pues ya ve usted –aseguran que respondió aquel hombre sonriendo–, preparando una invasión que vendrá de Europa.

Ni qué decir tiene que el extraño pintor acabó en el cuartel de Roncesvalles dando explicaciones detalladas acerca de su particular actividad. Y todos terminaron en buena amistad porque el retenido resultó ser don Elías Valiña Sampedro, cura párroco de Santa María la Real de Cebreiro, doctor en teología por la Universidad Pontificia de Salamanca y, desde siempre, denodado impulsor del Camino de Santiago. Pasaba buena parte de sus vacaciones recuperando y marcando el viejo Camino a fin de abrirlo de nuevo al peregrinaje de aquellos que vendrían a invadirnos.

Lo conocí casualmente en el mencionado pueblo de O Cebreiro, hace también muchos años, con ocasión de visitar la mina de plomo y zinc de Rubiales, aldea ubicada en las cercanías. Yo ya sabía que había realizado una guía moderna del Camino recuperando su traza histórica al detalle porque me habían regalado un ejemplar de ella. Pero aquel día, tras la correspondiente presentación, me propuso que fuera a visitar una de las pallozas restauradas en la aldea porque

también se esforzaba en promocionar el lugar mediante la creación de un parque etnográfico. Alma inquieta y proactiva, tenía tiempo para todo. Falleció en 1989 y estoy seguro que descansa en paz y feliz viendo el enorme auge conseguido por su Camino en la actualidad, al que no es en absoluto ajeno.

Si os acercáis en alguna ocasión a O Cebreiro, a unos pasos de su iglesia prerrománica encontraréis un pequeño jardín con un busto de don Elías erigido por sus amigos. Saludadlo y agradecedle lo mucho que hizo por el Camino de Santiago y, por ende, por España.

UN DURO SUBE Y BAJA. ALTO DE MEZQUÍRIZ. LA LEYENDA DEL LOBO.

A partir de Burguete-Auritz, la senda abandona el borde de la carretera y corta por el campo para dirigirse a Espinal-Auritzberri y ascender al Alto de Mezquíriz. Allí existe, justo en su cima, una bonita estela que invita en euskera, español y francés a rezar una salve a Santa María de Roncesvalles. Tras ello, el Camino desciende en busca de Lizoain por una vereda umbría y fresca rodeada por un espeso bosque de hayas que calma la fatiga del peregrino. Pero resulta engañosa su bonanza porque incrementa pronto la pendiente y cambia el inicial piso cómodo y ligero por otro cuajado de cantos rodados que avisa continuamente de la posibilidad de un resbalón traicionero por causa de la humedad.

Porque sabido es que el Camino siempre estuvo lleno de peligros de todo tipo en la época medieval. Y que particularmente temidos eran los lobos, sobre todo por las tierras fragosas del Pirineo, quienes podían aparecer en manada para atacar al peregrino que avanzase en solitario o no encontrase refugio al llegar la noche. Pero, sin duda, debió ser mucho más temida la presencia de asaltantes que no dudaban en usar sus armas para robar y acababan frecuentemente con la vida del pobre despojado a fin de no dejar testigos.

Existe una leyenda donde se hace balance y justicia a ambas amenazas. Cuenta que un peregrino francés, que recorría estas tierras próximas a Roncesvalles, hizo noche en una posada con el lógico afán de encontrar descanso y comida. Al poco de su llegada a refugio apareció otro peregrino con el que compartió manduca y charla haciendo honor a la camaradería usual entre la gente romera.

Y entre buenas palabras y algún jarrillo de vino, trabaron amistad y se propusieron seguir recorriendo juntos la ruta para apoyarse y defenderse en común de las calamidades que pudieran encontrar.

A la mañana siguiente, nuestro peregrino francés reemprendió la marcha recomfortado por el descanso y confiado en el nuevo compañero. Pero poco duró aquella cordial alianza porque al alcanzar un bosque apartado –quizás el mismo que cubre la bajada de Mezquíriz– fue apuñalado por la espalda por el traidor compañero, quien solo era un vil maleante que engañaba a los peregrinos por vía de ganarse primero su confianza.

La desgracia de nuestro romero se agravó tras comprobar el ladrón que no llevaba nada de valor. Y enfurecido le arrebató sus escasos víveres y pertenencias, incluso la ropa, y lo arrojó desnudo por una ladera abajo para que se desangrara en el fondo de la barranca sin posibilidad de pedir ayuda.



Largo parece el Camino

Incapaz de moverse y perdidas las fuerzas, la noche alcanzó al pobre asaltado que, perdida ya toda esperanza tras un día de dolor y sufrimiento, tan solo aguardaba a la muerte mientras se encomendaba a Santiago apóstol. Pero para su mayor desgracia, cuando apenas un hálito de vida aún lo sostenía, vio acercarse a una manada de lobos y tembló pensando en que todavía habría de morir devorado por aquellas alimañas. Mas no fue así porque los animales se limitaron a rodearlo en silencio sin atacarlo. Y el peregrino pudo observar entonces un brillo muy especial, una extraña luz, en los ojos del que

parecía ser su líder porque llegó a tenerlo a un palmo de distancia de su rostro mientras lo observaba. Sorprendido por su docilidad, creyó ver entonces en aquella mirada al mismo Santiago reencarnado en lobo, y le rogó encarecidamente tener al menos un buen morir y no ser devorado por sus compañeros. Así ocurrió, y poco después nuestro peregrino entregó su alma en paz en tanto lo custodiaba la manada. Y añade la leyenda que el lobo de ojos encendidos puso entonces a su huete en pie a fin de cumplir con una nueva misión: vengar al desgraciado peregrino. Partió la manada en busca del asesino y, tras seguir su pista, lo alcanzaron durante la noche siguiente mientras dormía plácidamente en una nueva posada creyéndose a salvo... Y sin piedad lo degollaron.

Desde entonces se dice en el Camino que, una vez cada cien años, todos los lobos próximos a la senda recuerdan la muerte de aquel buen cristiano aullando al unísono durante toda la noche, advirtiendo así a los maleantes que se cuiden porque la manada del lobo de ojos encendidos podría alcanzarlos. Y se añade también que ya no atacan a los peregrinos y que, escondidos en las espesuras, vigilan su andar y permanecen prestos a protegerles de cualquier peligro.

LA SUBIDA AL ALTO DE ERRO. EL PASO DE ROLDÁN Y OTROS MITOS.

Muy duras pendientes aguardan al salir de Lizoain para subir al Alto de Erro, aunque luego lentamente suavizan y se acaba coronando la cima en una especie de meseta de fácil andar. Al inicio de esta última falsa llanada hay que estar atento porque al lado izquierdo de la senda se puede ver una gran laja de piedra de unos tres metros de largo que dicen se corresponde con la longitud de un paso del gran héroe Roldán. También otros afirman que existen cerca de ella otras dos de menor tamaño que representan la longitud de los pasos de su mujer y de su hijo. Pero no me atrevo a asegurarlo porque tan solo distinguí a la primera entre hierbajos y hojarasca.

Y hay un hecho curioso que debo resaltar en relación a esto. Roldán debería haber sido objeto de rechazo y vilipendio por las gentes de estas tierras, navarras y vasconas, dado que lucharon por expulsarlo y hasta fueron sus verdugos. Y sin embargo lo convirtieron en un mito admirado y ensalzado a través de diversas leyendas que aún corren

de boca en boca. Acabamos de mencionar la longitud de su paso, que arrastra la idea de que tuvo que ser un gigante. En añadido y como muestra de su imaginada fortaleza, en pleno Pirineo existe un lugar, el llamado Tajo de Roldán, donde puede contemplarse un enorme corte en vertical en las cumbres. Y dicen que Roldán, ya moribundo, lo produjo al golpear la montaña con su espada Durandal impulsado por el afán de partirla antes de que cayera en manos de sus enemigos. Orgullo de caballero... Pero estoy seguro de que algún geólogo desdeñoso apuntaría hoy a que tan solo es el producto de una gran falla producida por un monumental movimiento tectónico.

En añadido, en el pueblo navarro de Urrotz, al norte de Navarra y cerca ya de Guipúzcoa, existe una particular piedra plantada ante la iglesia de la localidad, que hace las veces de banco para sentarse por sus grandes dimensiones y robustez, y que guarda una curiosa leyenda. Aseguran que un día, estando Roldán en la cumbre de la Higa de Monreal a tan solo sesenta kilómetros de distancia en línea recta, vio salir del templo de Urrotz a un enemigo suyo. Ni corto ni perezoso tomó la susodicha piedra que estaba allí mismo a su lado y se la lanzó... Pero no lo mató porque en el último instante le falló algo el pie de apoyo por aquello de estar la hierba húmeda en la cumbre, así que no dio en el blanco por muy poco. A pesar de ello, la enorme piedra quedó tumbada frente al templo como muestra de la aguda vista, especial tino y enorme fuerza de nuestro héroe.

Nunca un enemigo fue tan admirado.

LA BAJADA DEL ALTO DE ERRO, CASI UN DESPEÑADERO. Y ENTRAMOS EN ZUBIRI POR EL «PUENTE DE LA RABIA».

Conviene prestar gran atención y cuidado a esta bajada porque, salvo al inicio, se muestra muy difícil por la abundancia de piedras sueltas y la multitud de raíces que afloran del suelo invitándote a tropezar en ellas. Del bosque que te rodea ni te das cuenta porque tan solo vas pendiente de no pisar en falso y, al tiempo, suspirando porque aparezca pronto el cauce del río Arga que es la meta. Además, a estas alturas ya se llevan unos veinte kilómetros de andadura y salvados dos puertos, así que ni las fuerzas ni las piernas son las mismas que al empezar.

Al alcanzar el Arga lo atraviesas para entrar en Zubiri –que viene de zubiría que quiere decir junto al puente– por uno de doble arco que llaman «de la rabia» y al que se le atribuyen particulares prodigios. Era costumbre, incluso reciente, el hacer bajar a personas y ganado al río en época de estiaje con objeto de que dieran alguna vuelta al pilar central porque así quedaban libres de la mordedura de animales rabiosos. Y también mantenían que, si ya tenías la enfermedad, con dar tres vueltas alrededor del mismo quedabas sanado. Justifican tan sorprendente cualidad en razón a que ese pilar guarda unas reliquias de Santa Quiteria.



Entrando en Zubiri

¿Qué quién era esta santa? Una de las nueve hijas que de un solo parto tuvo la prolífica Calsia, mujer de Lucio Castello Severo quien fue gobernador de Braga en Lusitania allá por el siglo II. Pero aquellas pobres niñas no tuvieron una vida fácil porque fueron repudiadas por sus padres y acabaron siendo criadas y educadas por unos cristianos de la región. Creció así Quiteria en amor a Cristo y ya mayor fue perseguida por su profunda religiosidad, por lo que hubo de huir de Lusitania para dedicarse a una vida ascética y errante por Hispania e incluso la Galia, aunque finalmente acabó sus días martirizada en Marjaliza, en la actual provincia de Toledo. Y tras su muerte ganó

rápida fama por diversos milagros relacionados con sanaciones de la rabia, lo que así justifica las virtudes de nuestro puente a pesar de que en ningún sitio consta que pasara por Zubiri estando en vida.



DE ZUBIRI A PAMPLONA

EL VALLE DE ESTERÍBAR

Tras dejar Zubiri atrás, el Camino parte en busca de Pamplona en suave descenso por el valle de Esteribar. El sendero resulta por ello bastante cómodo, aunque de vez en cuando se estrecha tanto que solo permite el paso de una persona por discurrir encerrado entre las colinas del flanco izquierdo del valle y el río Arga. Y si topas con unas vacas en sentido contrario al de tu marcha, como me ocurrió, no te quedará más remedio que buscar hueco entre los zarzales porque no entienden de razones, reglas ni preferencias. Pero salvado este inconveniente, a cambio te permite descubrir unos preciosos pueblos: Ilárraz, Urdániz y Esquíroz que parecen sacados de un cuento. Tras ellos está Larrasoña del otro lado del río, pero se puede acceder a él por el llamado «Puente de los ladrones». Ni qué decir tiene que se hizo



Puente de la rabia o de Santa Quiteria en Zubiri

merecedor a este título por razones obvias, allí asaltaban a peregrinos. Y no lo acabas de entender porque las primeras casas del pueblo están junto a él. ¿Se dedicaron al robo sus habitantes en el pasado?

Una de sus más antiguas viviendas posee un nombre peculiar: «la casa de agotes»... Agotes, ¿quién los recuerda?, ¿quiénes fueron?

EL RECHAZO A LOS AGOTES.

Constituyeron uno de los grupos sociales marginados de España desde el medioevo hasta bien entrado el pasado siglo XX, aunque esa marginación no haya sido demasiado conocida por la mayoría de los españoles al quedar circunscrita su presencia esencialmente a Navarra. Y, además, porque ellos mismos se encerraron tras un escudo de silencio protector.

¿Quiénes eran? Siempre se les supuso foráneos, pero no existe acuerdo en cuanto a su origen exacto, si es que lo hubo, a pesar de haber sido objeto de investigación por parte de algunos antropólogos. En principio se apuntaron argumentos racistas para justificar su marginación, que estuvieron centrados en el supuesto de que descendían de pretéritos invasores enemigos. Así se mantuvo que eran antiguos godos que quedaron aislados en el Pirineo basándose en que sus denominaciones mostraban una cierta similitud fonética, agotes-godos. Otros apuntaron a que eran descendientes de sarracenos del ejército vencido por Carlos Martel en Poitiers. E incluso se afirmó que descendían de gafos, leprosos... Finalmente se ha impuesto la idea de que eran descendientes de albigenses –recordemos que esta herejía estuvo activa desde mediados del siglo XII hasta mediados del XIII–, quienes llegaron desde Ultrapuertos o Baja Navarra huyendo de la represión religiosa allí sufrida a fin de encontrar paz y refugio al otro lado del Pirineo.

El núcleo más numeroso migró a tierras del valle de Baztán y se asentó en las cercanías de Santesteban, Elizondo, Bozate, Arizcun, Maya e Iurrita, donde se acogieron a la protección de la familia Ursúa, señores de la zona, con la que trabaron relación de censatarios. Pero también hay viejos documentos que confirman la presencia de agotes en otros lugares más alejados como Ulzama, Lesaca, Peralta, Larrasoaña e incluso en la vecina provincia de Huesca.

Vivieron maltratados por sus vecinos y particularmente por la Iglesia. Ante el riesgo de propagación de sus ideas heréticas, se transmitió el mensaje de que eran portadores de una lepra muy contagiosa por lo que se les limitó la convivencia con el resto de habitantes, empezando con que sus asentamientos debían estar alejados de la población a que se acogían. También se les impedía contraer matrimonio con el resto de pobladores, forzándoles así a una cierta endogamia. En muchos lugares estaban obligados a tocar una campanilla o una carraca a su paso para que los no agotes pudieran apartarse a tiempo de su indigna presencia. Y en las iglesias navarras solían quedar relegados a un hueco alejado del altar para oír misa, debiendo entrar al templo por una entrada específica más humilde y más estrecha. Incluso mantenían aparte sus ofrendas y limosnas por considerarlas impuras. Habitualmente se les insultaba con epítetos como «christón», «mesillo», «ladre» o simplemente agote, y se les acusaba de ser propagadores de múltiples enfermedades y de ser sodomitas. Además debían llevar bordada en las ropas una pata de oca o pato de color para que se les pudiera distinguir... El dicho de «al agote, garrotazo en el cogote» es una buena muestra del trato lamentable que llegaron a recibir.



Agotes en penitencia

Pío Baroja, que tuvo casa en la cercana Vera de Bidasoa, escribió esto de ellos en su obra «Las horas solitarias»:

«Cara ancha y juanetuda, esqueleto fuerte, pómulos salientes, distancia bicigomática fuerte, grandes ojos azules o verdes claros, algo oblicuos. Cráneo braquicéfalo, tez blanca, pálida y pelo castaño o rubio; no se parece en nada al vasco clásico. Es un tipo centro-

europeo o del norte. Hay viejos de Bozate que parecen retratos de Durero, de aire germánico. También hay otros de cara más alargada y morena que recuerdan al gitano».

Con lo que Baroja parece ahondar en la teoría racial, aunque aceptando dos tipos humanos bien contrapuestos entre ellos. De todas formas, su visión no es incompatible con la teoría de la exclusión por motivos religiosos. A título de curiosidad se dice que Zaldúa, famoso jugador de fútbol bien conocido que militó en el F.C. Barcelona hace unos años, descendía de agotes. Y si observan una foto suya, encontrarán que la descripción hecha por don Pío en primera instancia se ajusta mucho a su aspecto.



El puente de Trinidad de Arre

El final de su marginación llegó muy lentamente tras varios intentos fallidos. A inicios del siglo XVI, representantes de agotes pidieron al papa León X ser equiparados al resto de la población, tanto en lo referente a derechos religiosos como civiles, reconociendo el pasado albigense de sus ancestros, pero manifestando al tiempo su decidida profesión actual de la fe católica. No tuvo demasiado éxito y, tras diversos nuevos esfuerzos y reclamaciones, no consiguieron su redención hasta comienzos del siglo XIX en que por decreto del virrey de Navarra, Conde de Ezpeleta, quedaron equiparados a los demás navarros. No obstante siguió existiendo recelo contra ellos hasta bien entrado el siglo XX, y personalmente he sido testigo de que aún eran señalados como «gentes diferentes» a inicios del último tercio del susodicho siglo.

Y retorno a la particular romería que citaba al pasar por Roncesvalles. A aquellos penitentes de túnica negra y rostros tapados que cargaban

con pesados rollos de madera a sus espaldas. Hurgando por acá y por allá en busca de información sobre los agotes, tropecé con un dibujo antiguo de una publicación francesa donde se muestra una procesión penitencial de ellos. Visten en él túnicas negras muy parecidas a las que vi en Roncesvalles, muchos van encapuchados, los que abren marcha blanden carracas y todos llevan patas de oca cosidas en las vestimentas. Los niños del pueblo por donde transitan huyen a su paso, los perros les ladran y las mujeres muestran cara de espanto al verlos... Esas coincidencias en las vestimentas me dan que pensar, podría ser que la brujería no fuera la única causa latente y olvidada en el tiempo de las romerías de Roncesvalles. Y repito, el valle de Baztán –núcleo de los agotes– queda muy próximo monte a través.

Pero para que todo no sea negativo con respecto a este tema, adjunto una receta tradicional de la zona de Larrasoña para preparar la llamada «tortilla maldita de los agotes». Es como una tortilla de patatas solo que cuajada en mantequilla y no en aceite, que además incorpora pequeños trozos de setas de sabor suave y se sirve no demasiado cuajada. Fácil de hacer, ahí queda.



PAMPLONA

LA CUENCA DE PAMPLONA Y LA CAMPANA MARÍA

Más allá de Larrasoaña, el valle de Esteribar se amplía y el Camino ensancha su traza. Tras Pasar Irotz, abandona la margen izquierda del Arga para saltar ahora a la derecha. Y poco más adelante el terreno se alza a fin de superar el monte Miravalles que separa la cuenca del ya citado Arga de la del río Ulzama.

Desde su parte más alta se percibe que Pamplona y su comarca semejan estar encerradas entre montañas por todos los lados. Un geólogo nos aclararía que estamos contemplando un diapiro creado por la desaparición por la erosión de un fondo sedimentario de probable origen marino que estaba cercado por formaciones montañosas más resistentes... Pero los pamploneses se desentienen de tan científica definición y mantienen que la cuenca de Pamplona abarca todas aquellas tierras en las que se puede oír el tañido de la campana María de su catedral, la más grande de España en uso. Y es que sus campanazos llegan bien lejos gracias a sus dos metros y medio de diámetro, sus casi dos metros y cuarto de altura y sus algo más de diez toneladas de peso.

Por cierto, a los habitantes de esta particular comarca también se les llama «cuencos».

EL DISPUTADO CASTILLO DE SAN MIGUEL DE MIRAVALLS Y EL ARBITRAJE DEL VATICANO.

El monte Miravalles, también conocido como monte Huarte, separa a los ríos Ulzama y Arga como antes comentamos. Y el Camino lo

supera faldeando a media ladera sin que suponga una gran dificultad para el peregrino que ya solo avanza pendiente de alcanzar Pamplona. Por tanto, sería muy raro que alguno supiera que en su cima hubo un disputadísimo castillo fuente de trifulcas entre el obispado de Pamplona y el rey de Navarra.

Fue una señora fortaleza propiedad de la iglesia navarra hasta 1210. Y todo el enfrentamiento comenzó cuando el obispo cedió su uso temporal al rey Sancho VII el Fuerte, el de Las Navas de Tolosa. Pero pasó el tiempo, el monarca le encontró gusto a ocuparla y, aunque recibió diversas peticiones de devolución, se negó a abandonarla. A todo esto cambió el obispo y ocupó la sede un tal Guillermo de Santonge. Este se tomó la «okupación» muy a mal y, ni corto ni perezoso, excomulgó al monarca por su reiterado incumplimiento de la palabra dada... «Con la iglesia hemos dado, Sancho», pero ni por esas cedió el real inquilino.

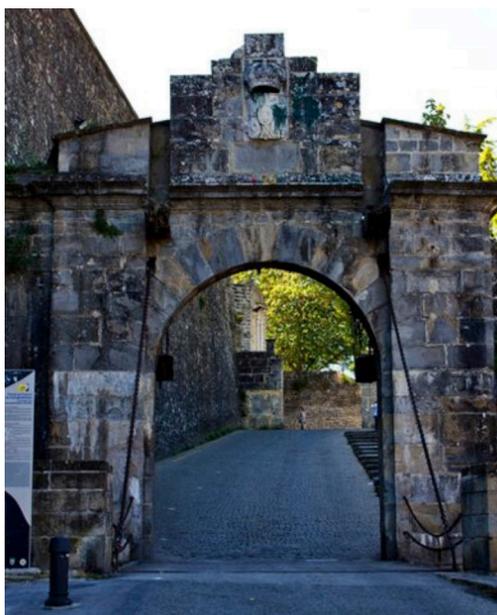
Monseñor Santonge murió a su vez, se supone que por causas naturales, aunque vaya usted a saber porque el rey no se paraba en barras. Y el bueno de Sancho maniobró y consiguió que nombrasen obispo a su hermano Remiro, quien lógicamente se apresuró a zanjar la disputa y le cedió inmediatamente el castillo, esta vez de pleno derecho.

Pero volvió a cambiar el obispo y pasó a serlo un tal Pedro Ximenez, quien al parecer era bravo de talante por lo que reanudó la reclamación. A todo esto Sancho ya había fallecido, y ocupaba el trono su heredero y sobrino, Teobaldo I, quien harto del problema dio orden inmediata de demoler la fortaleza de raíz aplicando aquello tan conocido de «ni tuyo ni mío». Mas el nuevo obispo era cabezón y, tras excomulgar al rey, reclamó la intervención del papado para que impusiera alguna de estas dos alternativas: o Teobaldo reconstruía el castillo y se lo entregaba después o pagaba una indemnización de cuatro mil libras, que sin duda debía ser una cantidad importante por aquellos tiempos. Abierto el caso, ambas partes informaron al papa a través de sus respectivos embajadores que debieron argumentar sesudas y profundas razones en favor de sus respectivos representados. Y el Vaticano debió escucharlos para luego decir que sí, que bueno, que lo estudiaría sin prisas...

Pero la Santa Sede sabe que cuando calla jamás se equivoca, así que a día de hoy aún se aguarda su sabia respuesta. Y, mientras tanto, del castillo tan solo quedan unos pocos muñones de piedra.

ENTRAMOS EN PAMPLONA. LA TRAZA DE LOS ENCIERROS. EL PRIVILEGIO DE LA UNIÓN.

El Camino llega a la merindad de Pamplona a través de un magnífico puente de cinco ojos de raíces romanas que permite salvar el río Ulzama en Trinidad de Arre. Y a partir de ahí se sumerge en un entorno plenamente urbano para atravesar las poblaciones de Villava y Burlada, antesalas de Pamplona, donde el buen peregrino acostumbrado a pisos de tierra y piedra se siente un poco perdido.



El Portal de Francia, o de Zumalacárregui, conduce a la catedral

A la salida de la última citada población se divisa la capital justo al frente yalzada sobre una meseta. Y de nuevo el Camino sobrepasa el Arga por el puente románico de la Magdalena para subir a la ciudad atravesando sus antiguas murallas por el llamado Portal de Francia –también conocido como Portal de Zumalacárregui del que hablaremos en otra ocasión–. Tras él, la senda nos aúpa hasta el reducto del Redín –magníficas vistas sobre el valle del Arga– y de ahí a la puerta peregrina de la catedral, la de San José, que siempre está cerrada por lo que hay que continuar hasta la de la fachada principal para acceder al templo. Y no me extenderé en hablar de esta joya del gótico porque ya hay suficiente y docta literatura donde se explican con suficiente detalle sus particularidades y su larga historia. Un consejo, no se la pierdan. Pero a cambio sí describiré algunos detalles

bastante menos conocidos de la ciudad, famosa por sus fiestas tal como afirma el famoso vals de Astrain:

Porque llegaron las fiestas
De esta gloriosa ciudad
Que son en el mundo entero
Unas fiestas sin igual, ¡Riau-riau!



Fachada neoclásica de la Catedral

Tras dejar atrás la catedral, con su gran fachada neoclásica diseñada por Ventura Rodríguez, el Camino desciende por la calle Curia y acaba llevando a la archiconocida «curva de Estafeta», donde antes resbalaban toros y mansos y ahora no. A partir de ahí, y solo por un centenar de metros, avanza por el recorrido de los encierros, calle de Mercaderes, solo que en sentido contrario al usual de reses y corredores. Poco después entra en la Plaza Consistorial o del Ayuntamiento –donde el chupinazo–, en cuya parte alta existe una placa en el suelo que nos recuerda el llamado **Privilegio de la Unión**.

Muchos de los que se plantan a su lado para fotografiar el edificio de la alcaldía seguramente desconocen que el espacio que ahora mira oculta una amplia historia de enfrentamientos entre pamploneses, mejor dicho, entre sus antepasados. Porque no nos referimos a los empujones que se dan el seis de julio para poder asistir al lanzamiento del cohete con que demarran las fiestas, ni a los que se dan los corredores durante el encierro en los días siguientes, no.

Rememoremos la historia. Allá por el siglo XI la población del lugar estaba formada principalmente por simples y rudos labriegos. Pero los reyes de Pamplona tenían la necesidad imperiosa de desarrollar la

región consolidando una mayor y más preparada población. Y para ello atrajeron a francos, principalmente artesanos y mercaderes, bajo el atractivo de concederles fueros, derechos, del tipo de los de Jaca. Aquellos recién llegados se asentaron fuera de los muros del poblado ya existente, que era llamado la Navarrería, y así nacieron dos nuevos burgos adyacentes conocidos como San Cernin en el siglo XI y San Nicolás en el siglo XII. Ambos se rodearon de sus propias murallas y torreones, no ya buscando un esquema común de protección sino como elemento defensivo y disuasorio frente al vecino inmediato. Lo que da muestra evidente de que las relaciones entre unos y otros fueron malas desde inicio. Aún hoy, si se observan los remates de las iglesias de San Cernin y San Nicolás, puede verse que guardan restos de defensas almenadas y alguna saetera que otra.



El Privilegio de la Unión

Estos nuevos burgos privilegiados por el rey supusieron una fuente de agravios para los viejos pobladores. Así, a los que tenían origen en la Navarrería se les impedía vivir en San Cernin aunque sí podían hacerlo en San Nicolás. Y les estaba vedado el desempeño de ciertos oficios en los nuevos burgos que quedaban reservados para los recién llegados. Y las cargas reales no eran iguales para todos... Quedó claro que, aunque el obispado de Pamplona protegía a la Navarrería, los reyes capetos se inclinaban por los nuevos burgos por razón de su común origen franco. Aquello fue empeorando según pasaba el tiempo y, a pesar de ser vecinos y estar separados por unos pocos palmos de terreno, los cintarazos, puñaladas, virotos, dardos y flechas corrían como el viento por donde hoy transitan los encierros –Cuesta de Santo Domingo, Plaza del Ayuntamiento y calle de Mercaderes– porque en aquella época tan solo eran un descampado que separaba a los burgos enemigos. Hasta 1423 no se arregló aquello después

de múltiples enfrentamientos y devastaciones mutuas donde la Navarrería siempre llevó la peor parte.

Finalmente un rey sensato, Carlos III el Noble, obligó a fusionarse a los burgos enfrentados, les otorgó un nuevo fuero común y constituyó una nueva corporación municipal, Pamplona, para agruparlos. Ese marco legal recibió el nombre de **Privilegio de la Unión**. Y, como muestra de la decidida voluntad real, el rey impuso que la sede corporativa de la nueva unión estuviera precisamente en esa tierra de nadie que antes fue escenario de enfrentamientos y muertes. Así se hizo y ahí mismo sigue emplazada hoy en día la actual casa consistorial.

Las pequeñas historias de la gran historia.

UN CRUZADO EN LA IGLESIA DE SAN CERNIN.

Nada más dejar atrás la Plaza del Ayuntamiento, apenas a cincuenta metros, el Camino gira hacia la derecha a fin de esquivar la mole de la **iglesia de San Cernin**, San Saturnino, quien según la tradición trajo el cristianismo a estas tierras. Y allí, justo frente a su nártex de entrada, está el llamado «pocico» del santo oculto bajo una tapa en el suelo de la misma calle. Dicen que su agua sirvió para bautizar a los primeros cristianos. El templo, aparte de su rico gótico, muestra un curiosísimo bajo relieve de gran tamaño tras el muro de la entrada y encima de la portada. Pero muchos de los que visitan la iglesia no llegan a verlo porque cuando entran en el templo no suelen mirar hacia atrás y, al salir, ya van pendientes solo de la puerta y no levantan la vista.

Representa dicho bajo relieve a un cruzado bien armado, presto para el combate y cabalgando a un enjaezado corcel, que abandona una ciudad amurallada siguiendo una orden divina representada por una enérgica mano que le señala decidida el camino a seguir. ¿La mano de Dios?, seguramente. «Deus vult» y tu siervo obedece, este podría ser su mensaje. Justo al lado de esa mano se distingue claramente una cruz patada, el distintivo templario, inscrita en un círculo. Y viene la gran pregunta, ¿a quién representa?... Muchos apuestan por San Luis, rey de Francia. Y no es una apuesta loca, en mi opinión, porque esta iglesia de San Cernin fue cabeza del burgo del mismo nombre y recordemos que dicho burgo fue creado por francos.

Superada esta iglesia, el Camino recorre la calle Mayor de indiscutible trazado y sabor medieval, buscando salir del recinto ciudadano



Un cruzado en San Cernin

antiguo. Y justo al abandonarlo deja a su izquierda la iglesia de San Lorenzo donde, si el peregrino así lo quiere, puede visitar la capilla dedicada a San Fermín para venerar a la archiconocida pequeña imagen-relicario del santo. Por cierto, contra lo que muchos creen, él no es el patrono de Pamplona –a pesar de dar nombre a las famosas fiestas– sino que es copatrono de toda Navarra junto a San Francisco Javier. Corresponde solo a San Cernin esa distinción.

LA CIUDADELA.

Abandonado el casco antiguo y abocado el Camino a transitar por la ciudad moderna, se adentra primero en un espacio verde muy llamativo que se conoce como la Vuelta del Castillo.

–¿De qué castillo? –preguntará algún peregrino al no distinguirlo tras observar el entorno sin perder el paso.

–De la ciudadela –responderá un pamplonés–. Fíjese en esos remates de muralla que apenas asoman sobre el terreno y acérquese a ellos, se llevará una sorpresa.

Y es que la pendiente del terreno que la circunda, cuidadosamente estudiada, guarda de vistas un complejo e imponente sistema de defensa de tal forma que el potencial atacante tan solo divisa el remate de las murallas con sus troneras artilleras mientras se acerca, por lo

que puede ser batido desde ellas sin encontrar un solo refugio al fuego realizado por los defensores. Esta fortificación de planta pentagonal, la más destacada de las antiguas murallas que guardaban la ciudad, fue construida en el siglo XVI por mandato de Felipe II, quien quiso hacer de Pamplona una ciudad-fuerte que actuara de rompeolas ante posibles tentaciones francesas. Y hasta el siglo XIX estuvo encerrada por ellas hasta que, lentamente y tras sucesivos ensanches, se fue deshaciendo de su pétreo cinturón a fin de poder crecer. Afortunadamente nuestra ciudadela quedó casi intacta y hoy luce sus imponentes fosos, lienzos de muralla, transversas, contraguardias, revellines, caballeros, bastiones, casamatas y troneras con orgullo debido a cuidadas restauraciones. El grandioso patio de armas de su interior es hoy un bonito parque, y las antiguas instalaciones militares se usan como recursos para actividades culturales. Merece la pena visitarla.

La ciudadela se consideraba inexpugnable, pero en 1808 los franceses de la división de Darmagnac –los mismos que habían utilizado el «Camino de Napoleón» para llegar a Roncesvalles evitando el desfiladero de Valcarlos– la tomaron sin tan siquiera hacer uso de las armas porque recurrieron a un engaño inteligente y artero. Resultó que como el virrey y capitán general de Navarra, marqués de Vallesantoro, tenía orden de la Corona de España de asistir a las tropas francesas en sus necesidades debido a los pactos firmados, unos cuantos soldados galos iban a recoger cada mañana el pan a la ciudadela para el consumo de los suyos. El día de autos había caído una gran nevada en Pamplona, y los soldados franceses que fueron a tomar las raciones de aquella jornada se acercaron jugando entre ellos, arrojándose bolas de nieve y empujándose unos a otros. Al abrirles el portón principal de la fortaleza siguieron con la fiesta, que fue vista sin alarma por los centinelas españoles ya que los galos venían desarmados. Entre empujones y bolas de nieve, llegaron hasta el cuerpo de guardia y, en rápida sorpresa, cayeron sobre ella desarmándola. Inmediatamente una compañía de granaderos suizos equipada para el combate apareció desde una calle próxima, entró en tromba en el castillo y se hizo con su control.

Prueba de la inviolabilidad de sus muros fue que, tras la retirada de los franceses de España en 1813, la ciudadela resistió durante cuatro meses más el asedio de tropas inglesas, portuguesas y españolas sin ceder un metro. Y finalmente sus ocupantes pudieron pactar una rendición honorable tras la que se retiraron sin más acoso a sus tierras.

LA SIERRA DEL PERDÓN Y LA FUENTE DEL DIABLO

El Camino se olvida de la ciudadela y fija su rumbo hacia los terrenos de una de las universidades de Pamplona, los atraviesa, pasa el río Elorz y sube a Cizur Menor, años ha pueblo agrícola y hoy residencial. A partir de él, y sin pausas dignas de mención, se aúpa para salvar la Sierra del Perdón. Aunque debo aclarar que en las referencias antiguas se habla de la Sierra de la Perdonanza en evocación a los años de gran perdonanza en el Camino. Dichos años eran los jubilares, y con esta denominación se quería resaltar la gran importancia de las indulgencias concedidas en tal circunstancia, siempre plenarias, con las que se borraban las huellas de los pecados de los caminantes.

Y no mucho antes de alcanzar la línea de cumbres de esta sierra, el Camino pasa junto a una fuente situada a la izquierda de la senda que está enmarcada por un poyete semicircular corrido que hace las veces de banco. La llaman la Fuente del Diablo y es testigo de una leyenda.

Cuentan que un peregrino se sintió de pronto desfallecer tras haber superado ya los más fuertes repechos de la ascensión a la sierra. Y agobiado por una súbita sed abrasadora, tuvo que detenerse porque no podía dar un solo paso más, tal era su fatiga. Entonces echó mano a su calabaza de agua buscando calmarla..., y se dio cuenta de que había cometido un gravísimo error al no haberla rellenado al salir de Pamplona. Corría el mes de agosto, un sol implacable quemaba su piel y su debilidad aumentaba por momentos porque los oídos le zumbaban y apenas veía. Derrumbado finalmente en el suelo intuyó que, si alguien no lo ayudaba de inmediato, allí acababan sus días. Mas de pronto, aun estando ya sumergido en un delirio anunciador de su inmediato final, le llegó el refrescante sonido de agua cayendo sobre la reseca tierra justo a su lado al tiempo que una figura, apenas entrevista, se le acercaba.

–¿Tienes sed, peregrino?

–Agua, por caridad –le imploró.

–Por caridad, no. Pero te daré toda la que quieras si renuncias a tu fe cristiana.

–¡Eso jamás! –manifestó con firmeza nuestro hombre, que añadió– ¿Quién eres, maldito, que me niegas tan modesto socorro?

–Soy el Diablo, pobre infeliz. Y aquí mismo terminarás con tu vida si no aceptas ahora mi oferta.

–El apóstol Santiago me ampara y mi fe me sostiene. Si debo morir durante mi peregrinación, que así sea.

Hasta por dos veces más probó el Maligno a nuestro bravo peregrino que no cedió a la tentación y, encomendándose a Dios, se aprestó a morir en paz con Él. Visto lo inútil de su empeño, marchó el Diablo enrabiado por su fracaso con el rabo entre las piernas. Y al momento apareció el apóstol Santiago, siempre atento a las necesidades del romero, quien dando un golpe en el suelo con el regatón de su bordón peregrino hizo surgir un manantial allí mismo que calmó la sed del romero y lo hizo revivir.

Declaro mi admiración por aquellas sencillas almas del medioevo que se reconfortaban con estos relatos, por mucho que ahora nos resulten infantiles y alejados de nuestro retorcido mundo actual. No en todo hemos mejorado. Y con esto cierro la verdadera y exacta historia de la **Fuente del Diablo**, que quedó como ejemplo de fortaleza cristiana por los siglos venideros.



VALDIZARBE

La Sierra del Perdón hace frontera entre la cuenca de Pamplona y la comarca de Valdizarbe, que atesora hermosas historias que iremos relatando a renglón seguido. Pero, antes de ello, hay que señalar su especial significado caminero porque en ella se fusionan el Camino Francés, por el que venimos transitando, con el Camino Aragonés que partió de Somport, «Summus Portus», allá por Canfranc. Las dos grandes sendas del medioevo se harán una a partir de Obanos, según algunos, o de Puente la Reina, para otros, sin que haya acuerdo final entre sus respectivos partidarios a pesar de que las dos poblaciones distan apenas dos kilómetros. Y se entiende la pequeña disputa porque no es cosa pequeña detentar tal honor.



Alto del Perdón. La Vía Láctea guía a los romeros

El descenso desde el Alto del Perdón resulta complicado a pesar de que la senda está bien preparada. Pero es muy pina –sobre todo al inicio con una pendiente media del veinte por ciento–, y presenta un piso suelto, tipo garbancillo, propenso a regalarte un resbalón al menor descuido. Así que aconsejo bastones de apoyo, ojo avizor y detenerse de vez en cuando para poder disfrutar del paisaje, que no todo ha de ser avanzar enloquecido.



Valdizarbe

Venimos pisando campos de batalla porque la sierra que dejamos atrás y su entorno supusieron una dolorosa cruz para las tropas francesas durante la llamada Guerra de la Independencia. El francés se apalancó en Navarra agazapándose en la capital y en pueblos importantes fortificados, pero nunca controló del todo el campo abierto donde las huestes de Espoz y Mina campaban a su antojo y escapaban una y otra vez de los cincuenta mil hombres que, parece ser, dedicó Francia a su persecución. La movilidad de los españoles y su conocimiento del terreno los hacían invisibles, aunque aparecían oportunamente siempre que una columna francesa iba a relevar o aprovisionar alguna guarnición... Las emboscadas en el Alto del Perdón, en el flanco occidental de esta sierra, o en el Alto del Carrascal, en el oriental, fueron muy frecuentes. Y conviene destacar la valentía de aquella tropa porque, según relata el mismo Espoz y Mina en sus «Memorias de un guerrillero», su táctica era bien sencilla. Los hombres aguardaban tapados en el terreno hasta que, llegado el enemigo a su altura, se ponían en pie, apuntaban, hacían un solo disparo de mosquetón y de inmediato cargaban a la bayoneta. Y es que era tanta la escasez de medios que sufrían los guerrilleros que solo disponían de una bala por hombre para cada combate. El resto lo resolvía el acero y el

valor. Increíblemente, aquellos valientes sufrían muy pocas bajas en sus arriesgados asaltos porque su brutal carga causaba terror entre los franceses, que casi nunca acertaban a reaccionar por la sorpresa.

Durante las guerras carlistas esta comarca también tuvo protagonismo porque fue «limes» o frontera entre uno y otro bando ya que Pamplona se mantuvo siempre a favor del gobierno central, por lo que tuvo que sufrir sitio y hambruna por esta causa. El Camino nos permitirá profundizar sobre algunos hechos ocurridos por entonces a medida que avancemos.

SANTA MARÍA DE EUNATE

Tras descender el alto, el camino pasa por Uterga para dirigirse a Muruzábal, buenos vinos, que está situado prácticamente en la vega del río Robo que nos embocará a Puente la Reina. Pero antes es conveniente desviarse ligeramente del Camino Francés para ir en busca del ya vecino Aragón poco antes de la fusión de ambos. ¿La causa?, no se puede pasar por estas tierras sin visitar a uno de los grandes iconos de la andadura peregrina: la iglesia de Santa María de Eunate, esa joya del románico que tanto ha dado y dará que hablar por lo particular de su arquitectura y las leyendas que la arropan.



Santa María de Eunate

No me propongo glosar sus características arquitectónicas porque hay sobrada información disponible sobre ella, sin duda alguna. Solo dejo constancia de que siempre me sorprendió su irregular planta octogonal que me lleva a abrir un interrogante: ¿cómo unos habilísimos mazoneros, capaces de labrar arcos, volutas y capiteles con complicados encuentros en su interior, no supieron trazar un

octógono regular al planificar la planta del templo? ¿Un misterio más de esta iglesia o una simple manía mía? ¿Guarda algún mensaje escondido esa irregularidad?

Eunate siempre estuvo envuelta en un halo de misterio porque se decía que guardaba poderes ocultos. Su particular estructura y ubicación, la confirmación de su uso como campo santo de peregrinos, y su muy discutido y dudoso origen templario lo abonaron. Y en 1971 se convirtió súbitamente en uno de los santuarios del esoterismo moderno a partir de la publicación del libro de Louis Charpentier, «El misterio de Compostela», donde el autor mantiene que no es un monumento funerario y ni tan siquiera cristiano porque su existencia enraíza en la noche de los tiempos desde que fueron descubiertos sus poderes telúricos y taumatúrgicos por los antiguos esotéricos. En un mundo en crisis de ideales y creencias, la tesis imaginada por Charpentier obtuvo un éxito inmediato y recibió un decidido apoyo por parte de zahoríes, astrólogos, gurús, sectas diversas y demás mentes desbordantes y desbordadas que juran ahora que bajo el edificio discurren unas potentes corrientes magnéticas que lo inundan en su totalidad y son percibidas solo por ellos...

Me decía el ermitaño que guarda la iglesia que, sobre todo en verano, hay gentes que por las noches hacen vela en torno a ella, que bailan al son de panderos, que cantan y elevan mantras al cielo mientras giran en torno al octógono en espera de que se derrame sobre ellos la ansiada fuerza magnética de la madre tierra. En fin, como dijo Rafael Gómez Ortega “El Gallo”, «hay gente pa to»... Como debe ser.

EL MISTERIO DE SAN GUILLÉN Y SANTA FELICIA, OBANOS Y LA ERMITA DE ARNOTEGUI

Cuenta la leyenda que una bella, prudente y cristiana princesa aquitana, Felicia, peregrinó a Santiago de Compostela. Y que de regreso decidió abandonar su vida regalada y fastuosa empleándose como sirvienta en tierras navarras, concretamente en Amocain, en prueba de ascética humildad.

Al no retornar a sus lares, la alarmada familia encomendó a su hermano Guillén la búsqueda inmediata. Pero debe añadirse que no solo les movía un justificado afecto familiar, sino que también los empujaba la existencia de cierto compromiso matrimonial pendiente de Felicia con otro príncipe de augusta casa, y el no honorarlo hubiera

supuesto una gran deshonra. Así que su pundonoroso hermano no cejó en la búsqueda hasta dar con ella. Cuentan que el encuentro fue borrascoso porque ella le manifestó una y otra vez que se negaba a abandonar su ascética nueva vida, y tanto menos por causa de un matrimonio que no deseaba. Esto provocó un ataque de ira en su hermano, quien no podía aceptar que su hermana prefiriera ser una vulgar sirvienta abandonando sus obligaciones de princesa, y...

«...al no poder reducirla
le atravesó el pecho intacto
con una daga moruna
de puño damasquinado».

Estas estrofas forman parte del libreto del llamado “Misterio de Obanos”, un retablo escénico en torno al Camino y a la leyenda de Guillén y Felicia que fue creado en los años sesenta del pasado siglo. Se representa con todo lujo y detalle medieval al aire libre en la plaza mayor de Obanos hacia finales de julio, aunque no todos los años, contando con la nutridísima participación de los habitantes del pueblo y de unos pocos actores y actrices profesionales.



Ermita de Arnotegui

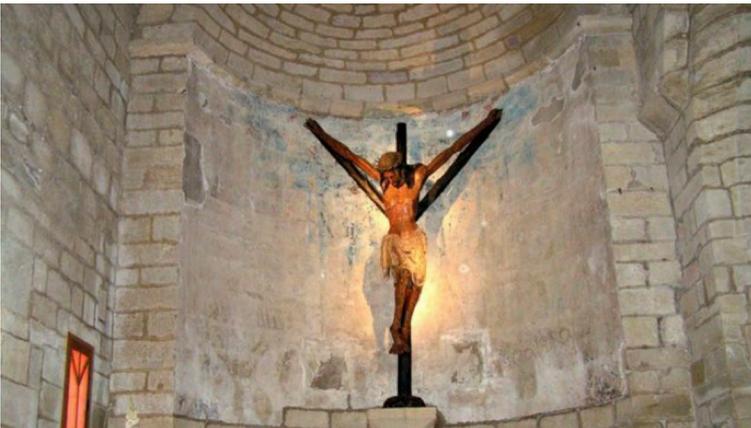
Pero la leyenda no acaba con tan luctuoso hecho. Felicia, tenida por mártir por la gente, fue enterrada por los señores de Amocáin en la iglesia del lugar. Pero su cuerpo, que dicen aún incorrupto, descansa hoy en la localidad de Labiano, también en Navarra, por razón de un traslado posterior que se produjo en medio de connotaciones y detalles de tinte casi milagroso. De todo aquello quedó una profunda devoción a la santa en aquella comarca, y añaden que si se pasa un pañuelo sobre su ataúd se previene y curan los males de garganta.

Guillén, tras el fratricidio, fue impulsado por un monje a peregrinar a Compostela en penitencia. Y a su vuelta decidió purgar aún más su grave pecado entregando su vida a Dios y haciéndose ermitaño en la ermita de Arnotegui, que justo está situada sobre un cerro frente de Obanos y en la ribera contraria del valle, por lo que la senda pasa a sus pies camino de Puente la Reina. Y allí vivió hasta su muerte entregado a la meditación y al auxilio de peregrinos hasta que fue martirizado en el mismo camino que sube a la ermita, donde existe una lápida que así lo indica. Hoy en día ambos hermanos son venerados como santos, aunque nunca fueron canonizados.

La ermita de Arnotegui presenta un detalle curioso fácilmente observable desde el pie del cerro: está rodeada de una tapia en la que destacan claramente toda una serie de troneras, lo que es impropio de un santo lugar de meditación. Y la razón es simple, desde este cerro se domina al unísono la población de Puente la Reina, la ruta que conduce a Pamplona y la que viene a lo largo de Valdizarbe desde el oriente navarro. Por ello fue punto fuerte para los invasores franceses primero y después para los carlistas a lo largo del siglo XIX.

PUENTE LA REINA

Es una villa caminera estratégicamente situada en guarda de su famoso puente sobre el río Arga con el que ya coincidimos entre Zubiri y Pamplona. Dicen que fue fundada por el rey Alfonso I el Batallador, quien dio Carta Puebla a una población de francos para que vinieran a establecerse en los márgenes del río sobre una antigua aldea vasca llamada Gares –trigales, según parece.



Iglesia de Santa María de las Huertas o del Crucifijo

La senda topa al acercarse al lugar con la Iglesia de **Santa María de las Huertas o del Crucifijo** que se comenzó a construir a mediados del siglo XII y que en principio constaba de una sola nave. Estuvo bajo tutela de la Orden del Temple desde sus inicios y, con la desaparición de esta, pasó luego a manos de la Orden de San Juan, quienes anexaron una segunda nave paralela a la primera en el siglo XIV. Se sabe con seguridad que fue templaria porque está perfectamente documentado el trasvase de propiedad, y esto alimenta la tesis de que Santa María de Eunate nunca lo fue porque, de haberlo sido, figuraría en los documentos de la época que lo regularon. Y también pone en crítica el aserto de que toda iglesia templaria tiene planta octogonal puesto que la del Crucifijo no la tiene, mientras que Eunate sí y no es templaria.

El nombre de Iglesia del Crucifijo viene dado por una talla, obra del siglo XIV, que se venera en la nave del Evangelio, la gótica construida por los sanjuanistas. Y su importancia radica en lo poco habitual de la forma de la cruz de Cristo en "pata de oca", símbolo que se asocia con el árbol de la vida. Se trata de una imagen probablemente originaria de la región alemana de Renania, y son muy escasas las parecidas que existen en el mundo; no más de cuatro o cinco, afirman.

Este crucifijo está lleno de significados ocultos para los esotéricos porque les recuerda a los templarios, los compañeros constructores, las marcas de cantero, los agotes, el juego de la oca... Dicen que este último juego era un mapa simbólico cifrado del Camino de Santiago para los Templarios y los Compañeros Constructores donde la senda de perfeccionamiento espiritual tiene una visualización simplificada en el tablero del juego. La dureza de la andadura se simula a través del hecho de que para alcanzar la meta hay que salvar toda una serie de dificultades. Y los masoneros dejaban ciertas marcas en sus obras relacionadas con los símbolos del juego que solo eran reconocidas por los templarios, lo que les permitía la trasmisión de mensajes aunque no hablasen el mismo idioma. En otras palabras, el Juego de la Oca era una guía simbólica del Camino que trascendía más allá del puro relato geográfico para los iniciados.

Tras dejar atrás esta iglesia, el Camino entra en el antiguo recinto amurallado de la población y, convertido ahora en su calle Mayor, la atraviesa camino del puente. A medio trazado de esta calle pasa ante la **Iglesia de Santiago**, gótica del siglo XIII. Y conviene al curioso romero entrar en ella no solo para admirarla sino para ver una imagen gótica del apóstol de tamaño casi natural que, ataviado de peregrino,

se hizo famosa en 1964 porque formó parte por entonces del pabellón español cuando la Feria Mundial de Nueva York. Desde entonces hay pocas guías del Camino que omitan poner una fotografía suya. Se la conoce como Santiago «Beltza», negro, por aquello del color oscuro de su tez producto del ahumado de las velas durante cientos de años. Y también existe una segunda imagen frente a la anterior, esta de San Bartolomé, de parecido tamaño y características aunque algo más moderna. Pero a esta pobre casi nadie le hace caso porque no fue llevada a Nueva York, lo que me parece una doble ofensa innecesaria.

El famoso puente situado al final de la calle Mayor fue realizado en el siglo XI y sorprende por su elegancia y esbeltez. Se desconoce exactamente quien lo mandó construir, aunque se atribuye su obra a doña Mayor, esposa del rey Sancho III el Mayor, o a doña Estefanía, esposa del rey García Sánchez III de Nájera. Dicen que tiene seis arcos, aunque solo se ven cinco porque uno quedó enterrado en la margen derecha del río Arga que corre caudaloso y rápido bajo él. Los pilares están aligerados y tienen parteaguas e incluso llegó a tener un torreoncillo central que desapareció en el siglo XIX que guardaba a la **Virgen del «txori»**.

Cuenta la leyenda que a refugio de ese torreoncillo central había una hornacina con una imagen en piedra policromada de la Virgen del Puy de estilo gótico. Y que esta imagen era cuidada casi todos los años por algún pajarillo, «txori» en euskera, en cuanto el buen tiempo lo permitía. El ave, tras quitar el polvo de la imagen con el batir de sus alas, solía tomar agua del río en su pico para lavar el rostro de la Virgen... Y los lugareños también comprobaron que la aparición del «txori» garantizaba un buen año de cosechas, por lo que este hecho se hizo famoso en la comarca. Cuando el torreón central del puente fue derribado, la imagen de la Virgen se trasladó a la parroquia de San Pedro, cercana al puente, y ahí sigue aunque ahora no tiene txori que acicale su rostro.

Y no podemos abandonar esta población sin mencionar a un puentesino ilustre, don **Rodrigo Jiménez de Rada**, quien nació aquí hacia 1170 y fue de armas tomar en sentido figurado y, también, en el estricto de la palabra. Tras ser ordenado sacerdote amplió estudios de filosofía y teología en Bolonia y París, y al regresar ejerció de consejero de reyes navarros y castellanos. Fue arzobispo de Toledo y primado de España, lo que no le impidió dirigir varias campañas contra los almohades en las que cambió casulla por coraza. Incluso fue pieza

fundamental en la batalla de Las Navas de Tolosa y en la posterior campaña contra los sarracenos. Cuenta la crónica de esta batalla que, situado al lado mismo de Alfonso VIII de Castilla, lo reconfortó cuando vio flojear su ánimo tras percibir el rey que la primera y la segunda línea cristiana cedían ante los sarracenos.

–¡Aquí morimos todos! –parece ser que exclamó el monarca.

–¡De eso nada, mi señor! ¡Carguemos todos al unísono que nuestra será la victoria! –le respondió un bravo Rodrigo.



Iglesia de Santiago en la calle Mayor

Y la tercera línea donde formaba la caballería pesada –con Pedro II de Aragón en el ala izquierda, Sancho VII el Fuerte de Navarra en el ala derecha y Alfonso VIII de Castilla en el centro–, acometió como un todo contra las huestes de Miramamolín decantando la batalla a favor de la cristiandad. No tenemos por qué dudar de que existió una conversación parecida a la arriba imaginada entre rey y arzobispo, pero debo matizar que fue el mismo Rodrigo quien escribió esa crónica con posterioridad y quizás se adornó un poco al hacerlo. En todo caso, su biografía deja bien claro que fue un personaje excepcional, hábil en la guerra y en la diplomacia, que llegó a dominar hasta diez idiomas. Ahí es nada.



CAMINO DE ESTELLA POR TIERRAS DE CARLISTADA

Entre Puento la Reina y Estella apenas existe un desnivel en ascenso de ochenta metros. ¿Camino fácil entonces? Nada de eso, porque hay que enfrentar un continuo sube y baja a lo largo de sus veintidós kilómetros. Por tanto es una etapa que deja huellas en las fuerzas del romero porque tendrá que salvar media docena de contrafuertes, si no muy extensos sí empinados, a fin de atravesar la complicada orografía de la zona. Y esta particularidad del terreno tuvo gran importancia cuando las Guerras Carlistas porque representó una formidable barrera para las tropas liberales en sus intentos de asaltar el santuario carlista de las Amézcoas y la capital rebelde de Estella viniendo desde el este.



El puente medieval en Puento la Reina

El Camino sube primero a Mañeru a fin de abandonar el valle del Arga y, tras un corto descenso, vuelve a trepar hasta lo más alto de Cirauqui –atención a su cerco medieval y a la magnífica portada románica polilobulada de su iglesia de San Román– para descender

de inmediato a la regata de Iguste por una calzada romana que en tiempos enlazaba Burdeos con Astorga... Y allí, tras salvarla por un puente de la misma época, tropecé por vez primera en mi experiencia peregrina con un bordonero del Camino.

BORDONEROS Y «COQUILLARDS»

Se llamaban bordoneros, por aquello del bordón o báculo peregrino, a los falsos romeros que mediante engaños y amenazas trataban de sacarles los cuartos a los pobres romeros. Por cierto, los franceses les llamaban «coquillards» por razón de la concha peregrina que llevaban a la vista para mayor disimulo frente al incauto.

Navegando entre lo pícaro y lo criminal, su comportamiento delictivo era muy amplio porque iba desde el aparente mendigo que pedía limosna mostrando falsas llagas purulentas o una exagerada cojera, hasta el asaltante avezado que no dudaba en sacar el acero para obtener por las malas un forzado donativo. También hubo mucho hospedero bordonero engañador de caminantes, y mesoneras torcidas que desplumaban al peregrino ofreciéndole favores... Casi nunca actuaban en solitario porque los romeros aprendieron pronto que debían caminar agrupados para defenderse de ellos. Aun así les sorprendían con múltiples añagazas que tenían por objeto frenarlos primero en su avance para luego caer sobre ellos. Uno muy socorrido era presentarse de improviso en medio de la senda totalmente desnudos dando gritos y pidiendo ayuda a fin de distraer a las víctimas permitiendo que sus cómplices cayeran por la espalda sobre ellos. Otras veces se integraban disfrazados en los grupos de romeros para, en algún lugar recóndito de la vereda, robarles hasta las ropas. Y era oficio peligroso si usaban la violencia porque la pena era de muerte sin remisión, ya que los reyes de la época mostraron siempre un gran interés en la protección del caminante. Por ello muchos acabaron ahorcados, o degollados y descuartizados, con sus restos colgados de los garfios de una picota para dar ejemplo.

En mi caso tropecé con un bordonero de marcado tinte cultural, lo que supone un gran avance sobre los usos violentos de antaño y debe ser valorado como positivo. Tras salvar la regata antes citada por el puente y seguir caminando bajo una lluvia abundante sobre los cantos rodados ya no muy firmes de la calzada romana, llegué a una bifurcación. Por un lado se abría una senda moderna perfectamente

cómoda y preparada, pero la flecha amarilla me marcaba continuar por la calzada romana... Obediente y disciplinado seguí lo que indicaba la flecha sobre un piso ya claramente medio inundado y fangoso donde las viejas piedras romanas comenzaban a brillar por su ausencia. Y entonces vi una serie de letreros en diversos idiomas enmarcando aquel barrizal. Demandaban ayuda monetaria para restaurar el piso de la calzada... Y también vi a un joven mocetón –con rastas, cadenas y piercings– aguardando la generosa respuesta a su cultural demanda. ¡Ahí es nada contribuir a la restauración de una calzada romana!, debía pensar. Eso sí, estaba cómodamente sentado bajo un chamizo que lo protegía de la lluvia esperando el maná pecuniario y no parecía preocupado por la desastrosa situación de la calzada y los apuros de los romeros que por allí pasábamos... No tengo nada contra las rastas salvo una cierta suspicacia higiénica, pero sí contra la vagancia y el engaño porque la vereda buena discurría en paralelo al barrizal a un metro de distancia tras un seto, pero eso lo vi luego. El avispaado bordonero había cambiado la flecha amarilla en beneficio propio..., que Santiago lo juzgue.

EL RÍO SALADO Y LOS ODIOS DE AYMERIC PICAUD HACIA LOS NAVARROS.

Aymeric Picaud fue un monje benedictino francés que vivió en el siglo XII. Y es famoso porque tradicionalmente se le atribuye la autoría del Códice Calixtino, o al menos la de su quinto libro reputado como la primera guía del peregrino del Camino de Santiago. Supuestamente efectuó el peregrinaje a caballo y luego dejó memoria escrita de la ruta, sus pueblos, los monumentos y sus gentes. Y en general no trató muy bien a los pobladores de las tierras hispanas de aquellos días, pero fue particularmente agresivo con los navarros dejando para la posteridad estos sorprendentes comentarios:

«Este es pueblo bárbaro, distinto de todos los demás en sus costumbres y naturaleza, colmado de maldades, oscuros de color, de aspecto innoble, malvado, perverso, pérfido, desleal y falso, lujurioso, borracho, agresivo, feroz y salvaje, duchos en toda suerte de violencias, silvestre, réprobo, impío y rudo, cruel y pendenciero, desprovisto de cualquier virtud y enseñado en todos los vicios e iniquidades; parejo en maldad a los getas y los sarracenos, y enemigo frontal

de nuestra nación gala. Por un sólo dinero, un navarro o un vasco mata si puede, a un francés. En algunas de sus comarcas, sobre todo en Vizcaya y Álava, los navarros mientras se calientan, se muestran mutuamente sus vergüenzas, el hombre a la mujer y la mujer al hombre. También usan los navarros de las bestias en impuros ayuntamientos, fornican incestuosamente al ganado. Pues se dice que el navarro cuelga un candado en las ancas de su mula y de su yegua, para que no las pueda acceder más que él mismo. Además, da lujuriosos besos a la vulva de su mujer y de su mula. Por todo ello, los navarros han de ser censurados por todos los discretos.»



Puente románico sobre el río Salado

Se quedó a gusto Aymeric... Con una declaración así es difícil entender cómo todavía nos llegaban peregrinos del norte. Pero pronto encontré una posible explicación, sin duda parcial, a la fobia hacia los navarros de tan imprudente y engreído monje. En el mismo libro V aparece la siguiente reseña:

«Por el lugar llamado Lorca, en su parte oriental, pasa el río que se llama Salado. ¡Allí guárdate de beber ni tú ni tu caballo, pues el río es mortífero! En nuestro viaje a Santiago, encontramos a dos navarros sentado a su orilla, afilando sus navajas, con las que solían desollar las caballerías de los peregrinos que bebían aquella agua y morían. A nuestras preguntas contestaron, mintiendo, que aquel agua era buena para beber. Por lo cual abrevamos en ella a nuestros caballos, de los que al punto murieron dos, que los navarros desollaron allí mismo.»

El río Salado separa a Cirauqui de Lorca y le costó a Aymeric Picaud un par de monturas... Hoy día el río, afluente del Arga, se muestra manso y habitualmente escaso de caudal porque lo regula aguas arriba el pantano de Alloz y la contrapresa correspondiente. Y no queda rastro de aquellas saladas y nocivas aguas porque le vienen ya diluidas desde el embalse. Pero, si miramos con atención un mapa, veremos que existe un pueblo, Salinas de Oro, en la cabecera de ese curso de agua por encima del pantano. Ahí podría residir la explicación a lo salubre del agua en tiempos, pero no encuentro ninguna otra para aclarar su toxicidad.

LA TERCERA GUERRA CARLISTA

Este tramo del camino huele a carlistada. Particularmente a los hechos ocurridos durante la llamada Tercera Guerra. La revolución liberal había conseguido la expulsión de Isabel II de España en 1868 y, tras diversos avatares, primero instauró a Amadeo de Saboya como rey y luego acabó trayendo la república. Aprovechándose de ese marco político inestable y débil, Carlos VII, el pretendiente carlista del momento, y sus correligionarios reverdecieron las viejas aspiraciones en 1873 e impulsaron numerosos levantamientos por España. Pero, a pesar de dominar claramente en las zonas rurales del País Vasco y Navarra, el carlismo fue incapaz de conquistar Bilbao, San Sebastián, Vitoria o Pamplona –ciudades liberales– con el fin de convertir a alguna de ellas en su capital. Y ese papel pasó a desempeñarlo la ciudad de Estella como en pasados levantamientos. Y no tan solo por su decidido apoyo de siempre a la causa, sino porque la comarca de las Amézcoas –que la limita al norte y queda abrigada por las sierras de Lóquiz, Urbasa y Andía–, suponía un magnífico refugio para las ágiles y motivadas tropas carlistas.

El mando liberal tuvo siempre claro que debía controlar el núcleo de resistencia de las Amézcoas para poder acabar con la presencia del carlismo en la ciudad de Estella. Lo que no era tarea simple. Apalancados en lo que denominaron la línea del Ebro con centro en Logroño, los liberales dejaron el territorio vasco-navarro al carlismo, excepto las capitales, limitándose a estar presentes en el campo mediante acciones concretas de sus tropas. Pero fracasaron con harta frecuencia o se quedaron a medio camino de sus objetivos en distintas

ocasiones. Y varios de esos intentos tuvieron lugar sobre el mismo Camino que venimos pisando, referiremos alguno.

EN MADRID HAY UNA CALLE QUE SE LLAMA MONTE ESQUINZA

Tras pasar el río Salado y alzarse de nuevo el Camino para llegar a Lorca, puede divisarse por la izquierda de la senda un macizo montuoso llamado Esquinza. Y sí, tiene que ver mucho con el hecho de que exista una calle en Madrid con tal denominación porque rememora ciertos hechos. De ese monte, cuya mayor altura es el llamado alto de San Cristóbal donde existe una ermita, fueron expulsados los carlistas por el ejército liberal durante una memorable jornada que tuvo lugar el 25 de junio de 1874. Eran los preliminares de un ataque a Estella minuciosamente diseñado por el general Manuel Gutiérrez de la Concha e Irigoyen, Marqués del Duero. Viniendo desde Logroño, la línea del Duero, su plan consistía en rodear las defensas de Estella deslizándose con su ejército liberal hacia el norte por Lorca en dirección al pueblo de Abárzuza para impedir la potencial huida de carlistas a sus santuarios de las Amézcoas y de las sierras de Lóquiz, Urbasa y Andía. Al tiempo otra fuerza presionaba la zona desde el sur hacia Tafalla haciendo pinza. Fue bien al principio, se tomó San Cristóbal y se llegó a Abárzuza, pero ahí comenzó a torcerse todo. Hacía un tiempo infernal, las tropas atacantes estaban ateridas y se encontraban escasos de municionamiento y provisiones. Curiosamente los convoyes de intendencia se habían perdido por los caminos y aún tardaron dos días en abastecerlos. Dándose cuenta de la debilidad del contrario, el general carlista Dorregaray ordenó un ataque sobre Abárzuza que puso en grave riesgo a los liberales, a lo que respondió el general Concha ordenando un contrataque que dirigió él mismo contra las posiciones carlistas en Monte Muro, frente al pueblo... Y allí recibió el general liberal una descarga que lo llevó a la muerte en pocas horas.

A la derecha de la carretera que lleva de Estella a Abárzuza, justo cuando casi se ha terminado de bajar del Monte Muro y queda a la vista la meta, existe un sencillo monumento al general Concha consistente en una columna truncada a la que rodea una pequeña verja. Sobre el pie de la columna hay una lápida recordando su muerte que apenas es legible porque la han machacado con puntero y mazo... Aún están abiertas las heridas de aquellos días, ¡qué trabajo nos cuesta olvidar!

Esta derrota supuso un duro golpe para los republicanos, y Carlos VII trató de tomar una gran plaza de nuevo. Sitiaron los carlistas Vitoria, Irún, San Sebastián y Pamplona. Pero ninguna de estas ciudades cayó y las tropas liberales, por entonces bajo la batuta republicana, hubieron de retirarse otra vez a la línea del Ebro esperando a mejor ocasión.

Y todo esto a poca distancia del Camino, la historia que no cesa. Pero hay que mirar y ver para no perdersela.

LORCA Y LA SORPRESA DE LÁCAR

Y la nueva ocasión surgiría un año después. El general Arsenio Martínez-Campos había proclamado rey de España a Alfonso XII, hijo de Isabel II, perfeccionando así una maniobra orquestada por Cánovas del Castillo para restaurar la monarquía. Recién llegado a España en enero de 1875, e impulsado por Cánovas, el nuevo rey tomó inmediatamente el mando del ejército con el objetivo de romper el cerco de Pamplona y castigar de una vez por todas al núcleo carlista con base en Estella.



¡Qué vergüenza, Bargés!

El general Moriones había diseñado un plan muy complejo, demasiado, que planeaba atacar a la línea carlista que cerraba el cerco de Pamplona por el sur para envolverla mediante una nueva pinza llegando desde el este, por un lado, y desde la línea del Ebro por el otro, a fin de acabar cayendo ambas sobre Estella y las Amézcoas.

El 3 de febrero de 1875, el Monte Esquinza y la ermita de San Cristobal fueron tomadas rápidamente de nuevo por los liberales viniendo desde el sur. Lo que les permitió romper la larga línea defensiva carlista al penetrarla por Lorca, amenazando así con envolver al enemigo dado que existía un ataque en paralelo del general Moriones viniendo desde el este. En Lácar, población situado a poca distancia de Lorca y a la derecha del Camino, la vanguardia liberal quedó en espera de la llegada de esas otras columnas.

Entretanto, Carlos VII se retiraba precipitadamente hacia Estella desde Puente la Reina –otra vez el Camino de Santiago– para evitar el cerco que le amenazaba. Al llegar cerca de Lácar divisaron a la vanguardia liberal vivaqueando... Sus generales le aconsejaron continuar la huida a Estella pero él dijo que no, que debían atacar. Y los liberales acampados en el pueblo vieron entonces llegar a una fuerza en orden de combate y pensaron que eran las columnas que esperaban de ayuda y no se alarmaron. Los carlistas cargaron entonces, y los liberales sorprendidos se deshicieron en desbandada. Según la épica carlista, el joven Alfonso XII debió retirarse a uña de caballo de Lácar ante el riesgo de captura, lo que no es cierto porque había sido apartado de la vanguardia y estaba alejado del combate en la ermita de San Cristóbal, en lo alto de Monte Esquinza.

Así relata la acción Antonio Pirala en su «Historia Contemporánea» describiendo el encuentro entre el coronel Bargés, que mandaba la vanguardia liberal en Lácar, y el general Fajardo que había corrido en su ayuda desde Lorca para tratar de impedir la retirada.

—¡Qué vergüenza Bargés!

—¡Mi general, es inútil todo! No es posible dominar el pánico de esta gente, voy herido, pero seguiré á V. adonde vaya.

—Retírese V. si está herido — le repliqué.

El coronel Bargés había desencadenado involuntariamente el pánico. Al galopar para contener la fuga de los primeros soldados sorprendidos por los carlistas en su ataque por sorpresa, desató el desorden total entre el resto de sus propias filas que también huyeron al creer que su coronel abandonaba la batalla. El general Fajardo, con un puñado de hombres, contuvo luego la retirada en Lorca sosteniendo el pueblo durante toda la siguiente noche, impidiendo así que los carlistas se aprovecharan del éxito obtenido.

Pero este favorable combate resultó insuficiente para las aspiraciones del pretendiente. Alfonso XII había realizado el llamado «Manifiesto de Sandhurst» desde la academia militar inglesa donde estudiaba antes de volver a España. Y en él se había manifestado como un «príncipe católico, español, constitucionalista, liberal y deseoso de servir a la nación». Lo de católico debió tranquilizar a los carlistas moderados –«Dios, Patria y Rey» era el lema de su causa en esos momentos– por lo que lentamente fueron abandonando al pretendiente para pasarse al bando alfonsino. Y con ello se comenzó a fraguar el final de la Tercera Guerra Carlista porque la presión militar central continuó sin descanso. En febrero de 1876, Carlos VII se retiró a Francia.

Una reflexión gratuita que no conduce a nada y que solo planteo como diversión: si Carlos VII hubiera apresado a Alfonso XII en Lácara, tal como soñaron los carlistas... ¿se habría acabado la Restauración monárquica? ¿O acaso Carlos VII hubiera sido el nuevo rey? Pura historia ficción.

SAN VEREMUNDO, MIRAR Y VER.

Tras Lorca, el Camino enfila hacia Villatuerta, población aledaña a Estella, exigiendo al romero una nueva subida como en el caso de Mañeru y Cirauqui aunque con pendientes mucho menores y más cortas, ¡loado sea Dios! La razón está en que por causa de la raíz guerrera de tantas villas de España, y particularmente de muchas de Navarra, el lugar se encuentra en lo más alto de un cerro para propiciar su defensa. Y el templo en su cima. ¿Para qué me hacen subir hasta allá arriba?, se pregunta el sufrido peregrino que ya lleva unos veinte kilómetros en las piernas..., pues para volver a bajar de inmediato. Personalmente no he encontrado otra explicación a esta manía del Camino y quizás solo obedezca a la aviesa necesidad de mortificar adecuadamente al romero. ¡Santiago y cierra España!

Pero en el caso de Villatuerta encontré un aliciente a la subida al tropezar con un monumento a San Veremundo en las cercanías de su iglesia. Nacido en el lugar, fue monje benedictino y abad del monasterio de Santa María la Real de Irache –del que hablaremos pasado Estella– importante abadía que antaño dio abrigo, comida y descanso a los peregrinos del medioevo. Cuentan las crónicas que Veremundo era muy generoso y, desde que fue simple monje,

acostumbraba a dar sustento a los peregrinos que se paraban en el hospital del monasterio. E incluso hizo brotar vino de una fuente que había cerca del mismo, lo que acrecentó enormemente su popularidad como no podía ser menos.

*Bebed agua peregrino
Tomad descanso y dejad sed
Y en próxima etapa sabed
Que os dará fuerza un buen vino*

Me cae muy bien San Veremundo, y no tan solo por lo del vino, porque de él cuentan además una historia que apoya a mi pequeña manía del mirar y ver. Dicen que, siendo ya abad, Veremundo preguntó a unos peregrinos de dónde venían y qué habían visto de interesante por el Camino. Y estos no supieron qué contestar a lo segundo, ya que no se habían fijado en nada... Y Veremundo, dolido ante esa tontuna, los convirtió en molinos de viento como castigo, condenándoles así a girar continuamente en el mismo lugar sin llegar jamás a ningún sitio. Apoyo su dura decisión, ¡hacer el Camino sin enterarse de nada!



San Veremundo en Villatuerta

Debió ser hombre muy caritativo pero duro de carácter y con valores sólidos, a la vista queda. Muestra de esa reciedumbre la da un dicho que quedó en la villa como anuncio de que lo inalterable jamás debe ser cambiado:

«Mientras el mundo sea mundo, el ocho de marzo San Veremundo»
Se cierra este tranco con la entrada en Estella. Tras repasar el río Ega, el Camino rodea en alto el solar de la primera empresa en la que trabajé..., hoy convertido en verde pradera. ¡Malditas crisis! Y entonces uno remeda para su coleteo aquello de

*Estos, Fabio, ¡ay dolor!, que ves ahora
campos de soledad, mustio collado,
fueron en tiempos fábrica famosa...*



ESTELLA

Estella es una gran desconocida y merece una visita por sus muchas prendas, algunas de las cuales paso a enumerar muy sucintamente. Nació como una aldea llamada Lizarra –lugar de fresnos– donde existió un pequeño castillo avanzado del por entonces naciente reino de Pamplona. La zona interesó a Sancho Ramírez que otorgó fueros a la población con lo que consiguió atraer a numerosos francos –por extensión también, los extranjeros que venían a asentarse al amparo del Camino y de las ventajas reales– convirtiéndose así en el centro comercial de la comarca. Entre ellos llegaron numerosos judíos que se agruparon en una aljama cuyos restos pueden visitarse a la entrada de la villa viniendo desde Pamplona. Fue ciudad rica, hacendosa y muy destacada del reino navarro por razón de su comercio, sus curtidores y sus cordeleros, así como por su rica actividad agrícola.



Iglesia del Santo Sepulcro

Al alcanzarla el Camino, primero topa con la iglesia del Santo Sepulcro, siglos XII y XIII, que parece inacabada por carecer de torre

campanario, pero que muestra una espléndida fachada de la misma época que merece ser contemplada con gran detenimiento. Le sigue a poca distancia un magnífico puente medieval reconstruido sobre el río Ega que emula a otro anterior, el llamado de «la Cárcel», que se perdió porque fue volado cuando las guerras carlistas. Recién alzado, constituyó una trampa para coches despistados que osaban pasar por él, aun estando prohibido, porque el ángulo de la calzada en la cúspide es tan agrio que actuaba de cepo y dejó a algún vehículo clavado por sus fondos allá en lo alto. Conclusión, las carretas del medioevo debían tener los ejes bastante más altos que los coches actuales.

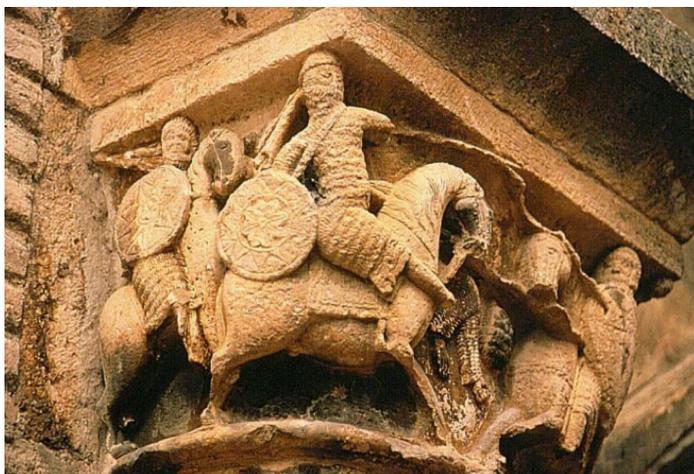


Palacio de los Reyes de Navarra

Tras dejar atrás la aljama hebrea frente al citado puente, el Camino enfila la calle de Curtidores, antiguamente llamada de los peregrinos o de las tiendas. Y al final de ella llega a una plaza donde se encuentra el elegante Palacio de los Reyes de Navarra, aunque jamás fue habitado por ellos dicho sea de paso. Construido hacia la segunda mitad del siglo XII e inicios del XIII, es uno de los dos únicos edificios civiles románicos existentes en Navarra. En su exterior se puede ver el famosísimo capitel, icono del Camino, que relata el combate entre Roldán y Ferragut descrito en el Libro de Carlomagno o «falso Turpin» del Códice Calixtino. Ferragut era un gigante de origen asirio descendiente de Goliat que solo podía ser vencido mediante una herida en el ombligo y que trajo de cabeza, según la leyenda, a las huestes carolingias hasta que hubo de enfrentarse a Roldán... Pero describiremos ese fabuloso combate en los aledaños de Nájera, de aquí a unos trancos, pues ahí fue donde tuvo lugar el combate.

SAN PEDRO LA RÚA Y EL MALVADO CARDENAL CISNEROS

Frente al palacio, aupada sobre la roca, está la iglesia de San Pedro la Rúa, otra de las joyas del románico navarro. Fue iniciada en el siglo XI y llegó a ser iglesia mayor de Estella. Sufrió diversas restauraciones a lo largo de su historia, la última en el pasado siglo, y sorprende ver en ella algún símbolo masónico moderno en su interior.



Combate entre Roldán y Ferragut

De su muy alabado claustro tan solo quedan dos alas con las habituales escenas bíblicas y motivos geométricos. ¿Por qué razón? Tras la incorporación del reino de Navarra a la corona de Castilla, el regente Cardenal Cisneros tomó especial interés en descabezar cualquier castillo o fortaleza navarra que pudiera suponer un punto de resistencia contra la impopular presencia castellana. Y dio la triste coincidencia de que sobre la cumbre del peñasco en el que se asienta la iglesia existía por aquel entonces el llamado castillo de Zalatambor... Y al coronel Villalba, encargado del tema, se le fue la mano en la pólvora cuando la voladura, causando al tiempo graves daños en el templo y en su claustro situado más abajo. Obviamente, Cisneros y Villalba no gozan de la menor simpatía entre las gentes de Estella.

EL REPINTE DE UN SAN JORGE

Del otro lado del Ega conviene visitar la iglesia de San Miguel, caso de encontrarla abierta, lo que no es fácil. Está aupada sobre una mota,

y presenta una estructura compleja y algo confusa en sus masas debida a las limitaciones que le impone el terreno sobre el que se asienta. Es románica tardía apuntando ya al gótico y, aunque esté cerrada, merece la pena realizar una visita a su exterior por dos razones.

Primera, porque su portada norte muestra una muy destacada representación del Juicio Final, donde aparece Dios en Majestad rodeado por el Tetramorfos y flanqueado por la Virgen María y San Juan que ruegan por las personas que van a ser juzgadas. Y segunda, porque en una capilla exenta de la iglesia existe un San Jorge de rostro adolescente que fue maltratado por una restauración infame hecha por atrevidos incompetentes allá por el 2018... Hay que reconocer que la imagen, del siglo XV o quizás XVI, estaba bastante abandonada. Pero no carecía de valor porque, entre otras cosas, muestra al santo con unas vestiduras de guerra típicas de esa época, lo que supone un claro referente histórico.

La prensa difundió ampliamente el desatino. Al parecer hicieron todo lo que jamás se debe hacer en una restauración decente, y dejaron al bueno de San Jorge como una muñeca pepona vestida de colorines. Afortunadamente, el Servicio de Patrimonio Artístico de Navarra salió al rescate y lo ha recuperado en su mayoría aunque perdiendo pelos en la gatera... Cosa lógica, por otra parte, porque tras cepillarla a modo le habían incorporado yesos, pinturas acrílicas, plásticos, fibra de vidrio y hasta papel de aluminio... Lo dicho, dejaron la imagen reluciente como un caballito de feria con jinete incluido.

ESTELLA CAPITAL DEL CARLISMO, ¿CÓMO SE INICIÓ EL CONFLICTO?

Invito ahora a observar el cuadro conocido como «La familia de Carlos IV» de Francisco de Goya. El joven infante de la izquierda, Carlos María Isidro, fue durante muchos años aspirante a detentar la corona de España dado que su hermano, el rey Fernando VII no había tenido hijos en sus primeros tres matrimonios y él era el inmediato varón de la familia.

Dando un repaso a las leyes que regían la sucesión española, vemos que desde Alfonso X el Sabio se venía respetando la norma de que una mujer podía heredar la corona siempre que no tuviera hermanos varones. Y así estuvo la costumbre hasta la llegada de Felipe V, el primer borbón, que estableció la Ley de Sucesión Fundamental por

la que se anteponía el derecho al trono de los varones sobre el de las mujeres tanto en el caso de sucesores directos, hijos, como laterales, hermanos y sobrinos. Y así siguió hasta que con Carlos IV se aprobó la Pragmática Sanción de 1789 por la que se volvió a los usos de las Siete Partidas de Alfonso X el Sabio: una mujer podía volver a detentar la corona. Pero esta pragmática nunca llegó a entrar en vigor por razones de política exterior, según dicen, y quedó en reserva.



Carlos María Isidro de Borbón (Vicente López Portaña)

Y llegamos a 1829. Fernando VII, tras enviudar por tercera vez sin tener descendencia, decidió casar por cuarta vez con una sobrina, María Cristina de Borbón Dos Sicilias. La reina quedó enseguida embarazada y, ahora sí, el rey impulsó en 1830 la publicación por las Cortes de la Pragmática Sanción. Era la misma ley aprobada en 1789 que estaba, por así decirlo, guardada en el armario legal. El rey conseguía así que el nasciturus, fuera niño o niña, le sucediera en el trono pasando por encima de los derechos pretéritos del hermano.

Finalmente nació una niña, Isabel, quien habría de ser la reina a la muerte de Fernando, y Carlos María Isidro calló y aceptó inicialmente esa nueva situación. Pero en 1832 el rey enfermó gravemente y todos lo dieron ya por muerto. Aprovechando el momento, Carlos María y sus partidarios presionaron a la reina María Cristina y consiguieron de ella que hiciera firmar a un Fernando VII postrado y decaído la anulación de la Pragmática Sanción... Carlos María ya se veía otra vez en el trono.

Pero Fernando revivió, tomó conciencia de lo ocurrido y derogó el decreto de anulación de la Pragmática. Isabel podría ser reina de nuevo... Pero esta vez Carlos María ni calló ni aceptó y se enfrentó a Fernando reclamando sus derechos. Como resultado, recibió en marzo de 1833 la orden de abandonar España junto a su familia para fijar su residencia en los Estados Pontificios. Tenía que hacerlo por Cádiz, pero a causa de la peste que había en esa ciudad le autorizaron a hacerlo por Lisboa. Y allí, al estar casado con una infanta de Portugal, recibió gran apoyo y decidió retrasar una y otra vez su salida. Poco después murió Fernando y Carlos María se negó a volver a Madrid para jurar fidelidad a la nueva reina, Isabel II. Y acabó comunicando a los principales gobiernos europeos su decisión de no renunciar al trono de España. Entonces agrupó tras de sí a los añorantes del Antiguo Régimen, a las clases conservadoras rurales y a buena parte de la Iglesia –todos temerosos del liberalismo imperante– bajo el lema «Dios, Patria y Fueros», dando pie a una serie de levantamientos en diversos lugares de España, y al inmediato inicio de la primera de las guerras carlistas. El conflicto habría de durar algo más de cuarenta años asolando la tierra española.

EL PRIMER LÍDER MILITAR CARLISTA, TOMÁS DE ZUMALACÁRREGUI.

Las primeras acciones bélicas tuvieron preferentemente lugar en el norte, en el País Vasco y Navarra, bajo la batuta de un hombre carismático para los suyos, Tomás de Zumalacárregui.

Guipuzcoano, penúltimo de los once hijos del matrimonio, iba para escribano hasta que llegó la guerra de la Independencia, 1808 a 1814, en la que se hizo con el grado de capitán. En 1820, al iniciarse el Trienio Liberal, fue apartado del servicio al ser tachado de absolutista. Pero volvió a la milicia en 1823 con el inicio de la llamada Década Ominosa, y pasó a formar parte de una comisión militar creada para reprimir los delitos políticos de los liberales. Era pues un reconocido ultra conservador que en los azarosos meses de 1833 quedó retenido en Pamplona dadas sus ideas extremas tras el fallecimiento de Fernando VII.

En cuanto pudo huyó de Pamplona para unirse a la causa del pretendiente Carlos María Isidro de Borbón. Y lo hizo, según la pequeña historia, por el anteriormente citado Portal de Francia

que hoy muchos también llaman Portal de Zumalacárregui. Se refugió en Estella, agrupó correligionarios y, tras unos primeros combates exitosos, fue aclamado por los voluntarios carlistas como su comandante en jefe en Los Llanos, una planicie creada por un meandro del río Ega que atraviesa la ciudad. De ahí pasó a organizar el ejército carlista del norte y los triunfos se sucedieron. Venció a los mejores generales liberales en diversos combates, incluido Espoz y Mina, y en 1835 controlaba ya toda Navarra y el País Vasco a excepción de algunas pocas plazas.



Tomás de Zumalacárregui

En esos momentos de euforia su estrategia personal pasaba por partir contra Madrid tomando primero Vitoria. Pero tuvo que cambiar sus objetivos, ya que don Carlos le ordenó asaltar Bilbao en contra de su criterio. Obediente, cercó Bilbao y el 15 de junio de ese año, mientras se encontraba en el balcón de una mansión próxima a la Basílica de Begoña observando los combates, una bala le hirió en la pierna derecha. Casualidad, dicen que el proyectil fue disparado por un soldado liberal del Regimiento de Santiago... Pero se negó a dejar el mando, permaneció en acción unos días más y, como desconfiaba de los médicos militares, se puso en manos de un curandero que decidió no extraer la bala. Craso error, la herida se infectó causándole la muerte al cabo de nueve días.

De personalidad controvertida, adorado por sus hombres, se mostró sanguinario e inmisericorde con el contrario llegando a fusilar con harta frecuencia y sin piedad a las guarniciones que se rendían a sus tropas. Nada que ver con la imagen de héroe romántico y patriótico que de él se quiso dar en el pasado siglo XX. La pérdida de su gran capitán, al que ningún otro pudo sustituir con igual eficacia, forzó al pretendiente a abandonar una de sus más queridas aspiraciones: conquistar una capital del norte para convertirla en la primera sede de su incipiente reinado. Y así Carlos María Isidro, Carlos V para sus partidarios, se tuvo que conformar con Estella... En la Plaza de los Fueros aún se puede ver una estela sobre una de las casas donde se señala que allí vivió el pretendiente. Sus sucesores Carlos Luis de Borbón, Carlos VI, y Carlos María de Borbón Austria-Este, Carlos VII, mantuvieron esa misma decisión a falta de mejor baza haciendo de Estella la capital del carlismo.

UNA HISTORIA PÍCARA.

Todo no va a ser arte, historia y Camino. Antes apuntaba que Estella fue sobre todo lugar de comercio y de artesanos, y citaba en particular a curtidores y cordeleros. Pero también fue sede de otros oficios por lo que ahora hablaré de uno muy poco frecuente: la producción de utensilios para el juego de pelota.

Me contaron que antaño existieron en la calle Fray Wenceslao de Oñate, que une la Plaza de los Fueros con la de Santiago, dos tiendas casi enfrentadas a uno y otro lado de la rúa regentadas por dos hermanos. Tocaban todo lo que estuviera ligado al cuero y al esparto, pero su especialidad era la confección de pelotas, palas, cestas y lo que fuera necesario para la práctica de este espectacular deporte. La fraternal competencia debía ser muy dura, así que uno puso la siguiente leyenda en el escaparate a fin de atraer a la clientela:

–«Se trabaja en cueros y en pelotas».

A lo que respondió de inmediato su fraternal contrincante exponiendo otro letrero donde se podía leer:

–«Mis pelotas son mejores que las de mi hermano».

Puro marketing. Ambas han desaparecido ya, pero estas pequeñas historias merecen conservarse para la posteridad, dando prueba en este caso de la socarronería de los estellese.

UN APÓSTOL, Y NO ES SANTIAGO, ES EL PATRÓN DE ESTELLA.

La patrona de Estella es la Virgen del Puy. Virgen que goza de gran predicamento entre la población y cuyo templo se encuentra, como no podía ser menos, sobre la colina del puy que da respaldo a la ciudad. Además es una virgen autóctona, lo que justifica aún más su arraigo, ya que fue descubierta su imagen en ese mismo monte por San Veremundo en persona. En resumen, que no cabe la menor duda de que la Virgen del Puy es estellica.

Y a la vista de lo anterior sorprende el hecho de que el patrono de la ciudad sea San Andrés apóstol, quien jamás apareció por estas tierras y que fue crucificado sobre una cruz en forma de aspa en Patras, ciudad situada al oeste de Grecia en la península del Peloponeso.

Pero todo tiene su explicación. Dice la leyenda que hacia el año 1270 llegó a Estella un peregrino que estaba muy enfermo por causa de los achaques y de la dureza del Camino, por lo que falleció a los pocos días. Y su cuerpo fue enterrado en el claustro de la Iglesia de San Pedro de la Rúa –el mismo que más tarde machacaría el coronel Villalba–. Días después el sacristán de San Pedro observó que de aquella tumba salían lucécitas durante la noche, por lo que inmediatamente decidieron desenterrar aquel cuerpo para aclarar el extraordinario misterio. Investigaron los restos y entre las ropas del difunto descubrieron unas credenciales que lo acreditaban como obispo de Patras y, en añadido, otro escrito donde declaraba la razón de su peregrinar: llevaba oculto a Compostela, pegado a su cuerpo, nada menos que un relicario con el omoplato de San Andrés, el apóstol de Jesús que había sido crucificado en su ciudad. Las reliquias tenían por entonces un enorme valor, y aquella quedó para siempre expuesta para su veneración en Estella porque se entendió que la voluntad de San Andrés era que permaneciese allí para siempre... Y Santiago se quedó sin la reliquia.

Pero ahí no acaba todo. Otra noche, hacia el 1626, apareció sobre la torre de San Pedro un aspa luminosa que describieron como

“una cruz de San Andrés de tamaño y grandor como de ochenta pies cada brazo y de color y visos de arco iris, las puntas derechas al cielo y bien abierta el aspa hacia la mano derecha de dicha iglesia, entre el medio y el poniente, y estuvo fija por espacio de dos horas, despidiendo de sí

muchos resplandores, con admiración de todos los vecinos que la vieron”...

Como no podía ser menos, tras este espectacular fenómeno que se consideró un milagro, San Andrés fue declarado patrón de Estella aquel mismo año.



CAMINO DEL RÍO EBRO

UNA FUENTE DE VINO A LOS PIES DEL SAGRADO MONTEJURRA

El Camino abandona Estella en dirección a La Rioja enfilando por una falsa llanura ascendente flanqueada por dos montes. El más alto, a la izquierda, es Montejurra, lugar sagrado para el carlismo, a cuyos pies se encuentra el **Monasterio de Irache**.



Montejurra y Monjardín

De origen muy antiguo, posiblemente con raíces anteriores al siglo X, evolucionó desde el rito mozárabe a la reforma gregoriana de la mano de los monjes negros de Cluny. Y la mayor parte de su fábrica

muestra la transición del románico al gótico, ya que se terminó en el siglo XIII por lo que también muestra influencias claras del Císter. Tuvo una vida azarosa porque, además de cenobio, fue Colegio de Artes en el siglo XVI y Universidad Pontificia en los siglos XVII y XVIII. También fue hospital de sangre para los franceses, tras lo que volvió a ser cenobio por unos pocos años y de nuevo hospital de sangre durante la tercera carlistada. Luego llegó su práctico abandono con la desamortización y más tarde pasó a poder del Estado a finales del XIX, que lo cedió por un tiempo a las Escuelas Pías que lo usó como colegio y noviciado. Con la democracia ha estado un tiempo en manos de la Comunidad Foral de Navarra, pero lo retornó al Estado a principios del siglo XXI... Hoy día planean hacer de él un parador de turismo, pero no parece que ese proyecto avance.

Esos diferentes usos modificaron y ampliaron su estructura, por lo que la parte monástica presenta importantes añadidos hechos en los siglos XVII y XIX. Su tesoro más destacado es, o mejor dicho fue, la imagen de Santa María la Real de Irache considerada como la más destacada escultura románica española y una de las primeras de Europa. Lo de «fue» viene forzado porque, al llegar la desamortización, la trasladaron para salvarla al próximo pueblo de Dicastillo y allí permanece. En el monasterio solo queda una copia.

La mayoría de los romeros no visitan el monasterio por aquello de que acaban de iniciar la etapa, pero pocos dejan de catar el vino de la fuente que en sitio muy cercano mantiene Bodegas Irache a disposición del romero durante el día. Rememora así generosamente la tradición de hospitalidad de San Veremundo con los peregrinos en su tiempo y muestra el siguiente mensaje en su frontal:

*¡Peregrino!
Si quieres llegar a Santiago
con fuerza y vitalidad
de este gran vino echa un trago
y brinda por la felicidad*

Está perfectamente preparada en acero inoxidable y muestra dos espitas, la de la izquierda sirve vino y la de la derecha agua para los abstemios. Incluso hubo una época en que además ponían vasos para mayor comodidad del peregrino pero, cansados de que desaparecieran, los han sustituido por una máquina que los suministran «cotizando». Una cosa es ser caritativo con el vino y otra con los vasos.

¿QUÉ FUE DEL CARLISMO?

La llanada antes mencionada que nos encamina hacia el Ebro guarda memoria de múltiples enfrentamientos entre carlistas y liberales. De todos ellos destacan por su importancia las llamadas batallas de Montejurra de la Tercera Guerra. La primera de ellas tuvo lugar entre tropas de la Primera República y carlistas en 1873 y se saldó con una importante victoria de los partidarios de Carlos VII. Pero la segunda, que ya se mantuvo en 1876 contra las tropas de Alfonso XII, acabó con una muy dura derrota para ellos. El carlismo estaba en declive.

De esos dos combates tan solo quedó la añoranza y desde entonces el monte pasó a ser la cima sagrada de los carlistas. Hasta el punto de que muchos años después, a mediados del siglo XX, se celebraba un viacrucis en honor de sus soldados muertos en guerra. Viacrucis que tuvo un desastroso final en 1976 del que luego hablaremos. ¿Pero qué fue de aquella poderosa fuerza política que condicionó la vida española en pasados siglos? Recordemos muy brevemente lo sucedido.



Fuente del Vino

Vencido en batalla en 1876, pasó a convertirse en partido político minoritario porque nunca tuvo una representación de peso en las Cortes. Pero sus ideas sí se mantuvieron vivas entre el pueblo gracias a que se realimentaban a través de las tradiciones locales, sobre todo en el norte, y por medio de la fuerte influencia religiosa de la Iglesia Católica. Ejemplo destacado de ello fue el folleto escrito por Félix Sardá y Salvany en 1884, «El liberalismo es pecado», donde se le condenaba desde una postura católica conservadora, llamada por entonces neocatólica, de la que siguieron nutriéndose tradicionalistas e integristas. Y esa postura contó con el apoyo de la jerarquía religiosa,

prueba de ello es que la Congregación del Índice de la Iglesia Católica alabó el texto de la siguiente forma:

«Nada halló contra la sana doctrina, antes su autor don Félix Sardá y Salvany merece alabanza, porque con argumentos sólidos, clara y ordenadamente expuestos, propone y defiende la sana doctrina en la materia que trata».

Mostró luego su fuerza en la Guerra Civil de 1936-39 aportando una gran masa de voluntarios al llamado bando nacional y a partir de ahí acabó dividido en tres tendencias principales. Una rama integrista o «tradicionalista» en lo político-religioso; una segunda rama que finalmente predominó y que se puede definir como carlismo de izquierdas, socialista y federal que aspiró a convertirse en partido de masas; y una tercera línea, la del nacionalismo vasco, que acabó diluyéndose en el PNV.

Las dos primeras tendencias acabaron a la gresca y minando el prestigio del otrora importante movimiento político, de tal forma que solo contaban con siete mil afiliados en la segunda rama al llegar la democracia. En 1976, con ocasión de la celebración anual del antes citado viacrucis, sectores integristas próximos al franquismo, que promovían como cabeza a Sixto Enrique de Borbón, se enfrentaron en los aledaños de Montejurra a seguidores de su hermano Carlos Hugo, el llamado príncipe socialista. El choque tuvo lugar en la subida al monte y sus aledaños, dando lugar a dos muertos por armas de fuego. Desde entonces, lenta pero inexorablemente, el carlismo se fue hundiendo en el olvido.

EL ALJIBE DE LOS MOROS Y VILLAMAYOR DE MONJARDÍN

Monjardín es el otro monte que enmarca la bélica llanada por la que avanza el Camino. Visto de lejos parece un pequeño volcán o uno de esos montecillos que hacen los niños con la arena de la playa por su casi perfecta forma cónica. En su cima está el Castillo de San Esteban de Deyo, o de Monjardín, que fue tomado a la morisma en el 908 por el rey de Pamplona Sancho Garcés I.

Dado lo extraordinario de su atalaya –dominadora de la comarca de Estella y vigilante de las Amézcoas y las sierras de Lóquiz, Urbasa

y Andía que fueron guarida del carlismo– siempre fue muy deseado y anduvo en buenas manos. Primero perteneció al próximo Monasterio de Irache, más tarde al obispado de Pamplona y mucho después al Duque de Alba, que debió recibir tal propiedad como premio a su buen hacer al dirigir la invasión de Navarra y su anexión a la Corona de Castilla en 1512. Finalmente tuvo una segunda y ajetreada vida con las guerras carlistas, en que cambió con frecuencia de manos por razón de su relevante posición estratégica.



Monasterio de Irache

El Camino llega hasta su pie y tropieza, antes de subir al pueblo, con un aljibe llamado «de los moros», que deja a uno pensativo porque presenta una perfecta estructura románica tardía lindando ya con el gótico. Es presumible por tanto que lo que hoy se ve sea fruto de una segunda construcción tras la marcha de los sarracenos.

De Villamayor de Monjardín se dice que es el pueblo de las cuatro mentiras porque ni es villa, ni es mayor, ni tiene monjas y tampoco tiene jardín... Pero sí tiene una iglesia bastante destacada, la de San Andrés, románica que apunta ya su transición al gótico, y dos detalles remarcables en ella. Por un lado un crismón que algunos califican de excepcional en el Camino por ser tal vez el único en el que la «S» del monograma de Cristo se representa con una serpiente. ¿La razón?, vaya usted a saber porque la serpiente no genera ternura sino rechazo y aparece reñida con la figuración religiosa cristiana por ser la inductora del pecado original y representar al Maligno. Pero, se quiera o no, es un símbolo compartido por civilizaciones y religiones distintas y distantes. Y se le asocian múltiples significados como anunciadora de fertilidad y vida, de sabiduría, del bien y del mal, del orden y del caos, e incluso está presente en el origen del hombre...

Hasta en el Nuevo Testamento se nos aconseja mediante ella: «Los envió como ovejas en medio de lobos. Por tanto, sean astutos como serpientes y sencillos como palomas», (Mateo 10:16).

Y, por otro lado, también contiene la iglesia un capitel réplica del de Estella mostrando el combate entre Ferragut y Roldán, aunque es notoria su factura más tosca. Teniendo en cuenta que el verdadero Roldán vino a estas tierras para sojuzgar a navarros y vascones, resulta sorprendente el culto que se le rindió al héroe en ellas. La respuesta quizás esté en el políticamente correcto e interesado mensaje que oculta el «Libro de Carlomagno» del Códice Calixtino. Sospecho que por la vía de alimentar el ego franco y, por tanto, el de la poderosísima abadía de Cluny, Compostela esperaba recibir en reciprocidad favores.

LOS ARCOS

Tras Villamayor de Monjardín, Santiago auxilia al peregrino y el Camino abandona durante unos kilómetros el usual sube y baja. ¡Terreno llano en ligero descenso hasta Los Arcos! Momentáneamente desaparecen las viñas y reaparece el cereal –los misterios de la calidad de las tierras–, pero La Rioja está ya cerca y reaparecerá el viñedo.

Tras una larguísima entrada entre casonas hidalgas, el camino alcanza el centro de esta población de algo más del millar de habitantes que posee una iglesia sorprendente, la de Santa María. Con portada, campanario y claustro góticos presenta un interior barroco que, de puro fastuoso y recargado, llega a producir un cierto agobio visual.



Los Arcos. Portada del recinto amurallado

El barroco nos envuelve, sorprende y oprime por causa de la plétora de elementos decorativos que la inundan. No hay un palmo de lienzo de muro o bóveda o tímpano que no esté decorado con frescos y grisallas, pero aun así merece la pena visitarla.

Debió ser pueblo rico antaño viendo lo que gastó en su templo... Y también guerrero a la fuerza porque habitualmente estuvo en manos de los carlistas cuando las guerras, actuando como puesto avanzado para observación de los centralistas de la línea del Ebro.



ÚLTIMOS PASOS SOBRE LA TIERRA NAVARRA

Camino llano al salir de Los Arcos y sin nada digno de mención hasta la llegada a Sansol. Esta es una población nacida hacia el siglo XII, quizás el XIII, que cambió varias veces de manos cuando las guerras navarro castellanas durante el medioevo hasta que finalmente quedó incorporada a los fueros navarros. El Camino la bordea casi sin entrar para luego dirigirse a salvar una vaguada que le permite llegar a la aldea de Torres del Río ubicada a corta distancia.

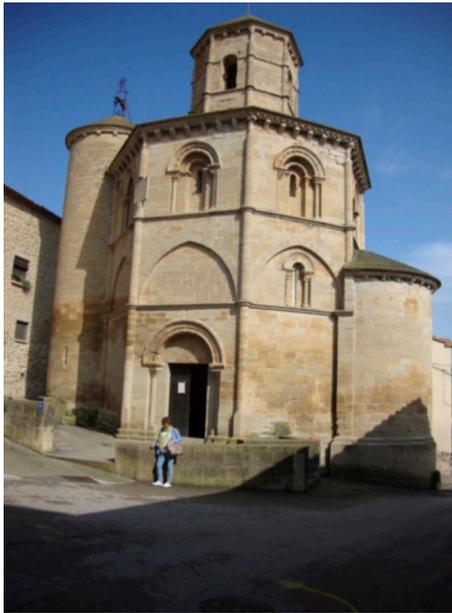
TORRES DEL RÍO Y SU TESORO ROMÁNICO, LA IGLESIA DEL SANTO SEPULCRO.

Pueblo en pendiente, silencioso, pequeño y recogido, guarda una iglesia construida hacia el siglo XII o inicios del XIII que, según muchos, es de origen templario. Pero algunos mantienen que fue hecha por iniciativa de la Orden Ecuéstre del Santo Sepulcro y a semejanza de la del templo que fue su sede en Jerusalén.

En mi opinión, no hay que dar crédito a esta última hipótesis porque no guarda el menor parecido estructural con su homónimo de Jerusalén. Además, su planta octogonal sí muestra evidente correlación con la muy conocida mezquita de Al-Aqsa, ubicada en la explanada del templo de Salomón, que sí fue sede de la orden de los caballeros templarios.

Curiosamente, dicen que el templo no fue reconocido como una joya por la comunidad científica hasta principios del siglo XX, siendo

restaurado en su segunda mitad en tres ocasiones. A pesar de que no carece de ninguno de los elementos decorativos clásicos del románico, el templo da la sensación de simplicidad, equilibrio y sobriedad por encima de todo. Su estructura vertical en tres niveles invita a elevar la mirada hacia las alturas donde se halla una bóveda de tipo hispano-mahometana que ha dado lugar a diversos estudios. Es evidente para expertos y profanos su correlación con la cúpula que cubre el mihrab en la mezquita de Córdoba a nada que se contemplen fotografías de ambas. Lo que apunta hacia la intervención de mazoneros de origen mudéjar en su obra y permite calificar a este templo como un particular ejemplo del románico mudéjar.



Iglesia del Santo Sepulcro de Torres del Río

A algunos les podrá sorprender el hecho de que veamos en estas tierras hispanas del norte, que con frecuencia se declaran a sí mismas incontaminadas por aquella invasión sarracena, abundantes trazas de que no fue así. Hagamos un repaso:

Los reyes de Pamplona, y luego de Nájera-Pamplona, mantuvieron estrechas relaciones con el Islam durante los siglos VIII a X. Así el conde Casio, noble visigodo con gran ascendiente en el valle del Ebro, se convirtió al Islam tras la invasión dando lugar a la rama Banu Qasi, hijos de Casio, que habrían de dominar desde La Rioja hasta Zaraqusta durante años. En esa línea apuntada, Oneca, –viuda de Íñigo Jiménez que fue hermano del rey Íñigo Arista de Pamplona– contrajo matrimonio con Musa ibn Fortún, de los banu Qasi, en el

siglo VIII. Y una hija de Íñigo Arista, otra Oneca, casó con su tío Musa ibn Musa el Grande –hijo de la anterior Oneca y Musa ibn Fortún– en el siglo IX. Su hermano, Galindo Íñiguez, fue capturado en batalla por los cordobeses y se convirtió al Islam. Llegó a ser walid, gobernador, de Huesca en el siglo IX con el nombre de Musa ibn Galind...

Por si fuera poco, Oneca Fortúnez casó con el emir cordobés Abdallah I y fue madre de su sucesor, Muhadmad I. Tras la muerte de su esposo regresó a Navarra y casó con Aznar Sánchez de Larraún, estamos ya en el siglo X. Y tuvieron una hija, Toda Aznar, que sería conocida como la reina Toda tras casar con el rey de Pamplona Sancho Garcés I... Así que ella era también la hermanastra de Muhamad I y tía de su hijo, el gran Abderrahmán III... Dicen que a causa de la mezcla de sangre norteña, Abderrahman III tenía los ojos claros y el cabello rubio. Y, a fin de dar la imagen de un árabe de pro, teñía sus cabellos para hacerlos tan oscuros como fuera posible.

Y no debió ser flor de un día esa relación, con lo que también queda justificada la presencia de esos arcos interiores polilobulados con sabor cordobés en las portadas de templos en Cirauqui, en Puente la Reina, en San Pedro la Rúa en Estella y en otros templos navarros.

Merece también la pena detenerse en la contemplación de la única imagen presente en el templo, un Cristo tardo románico de cuatro clavos del siglo XIII, que se muestra suspendido en el aire en la capilla absidal del altar. Y también conviene observar la linterna que remata la cúpula. Al parecer fue construida con posterioridad al grueso del templo y se la considera una linterna funeraria que debía encenderse para anunciar la muerte de los peregrinos que fallecían en las proximidades del lugar o tras refugiarse aquí. Y también debió utilizarse, junto a la campana, como guía y faro del romero en las noches de mal tiempo y oscuridad, al igual que ocurría en el desaparecido monasterio de San Salvador en el Alto de Ibañeta.

LA ERMITA DE LA VIRGEN DEL POYO TAMBIÉN TIENE SU HISTORIA

En el Camino hay que estar atento a las pequeñas o grandes huellas del paso de otros. Tras subir el repechón que conduce desde la iglesia de Torres del Río al cementerio de la aldea, la senda suaviza. Y pocos metros más adelante, a la derecha, advertí casi de casualidad una roca

de no menos de 100 kilos de peso, que mostraba un extraño dibujo. Grabado en la piedra con sus bordes perfectamente perfilados, sin duda con cincel fino, nos muestra una extraña figura, parecida a la de algunos grafiti que inundan los muros de nuestras ciudades... ¿Un dragón, un grifo...? En mi opinión su dorado y brillante acabado se debió realizar con pan de oro y esmalte de protección. Y el trabajo debió hacerse in situ dadas las dimensiones del soporte. ¿Quién la hizo?, ¿tiene algún significado el dibujo? Los pequeños misterios del Camino.



Ermita de la Virgen del Poyo

Unos pocos kilómetros más adelante topamos con la Ermita de la Virgen del Poyo en un alto. El edificio es poco más que un cubo de piedra con mínimas aberturas al exterior y todos los peregrinos que la citan en sus escritos coinciden en un extremo: nadie la ha visto jamás abierta. Yo tampoco.

El Camino la deja a la izquierda justo donde se abre una pequeña pradera. Casi ningún romero sabrá de su importancia y la tiene porque durante la 1ª Guerra Carlista fue testigo de los intercambios de prisioneros tras la firma del llamado Convenio de lord Eliot. Los inicios de aquella guerra fueron brutales porque ninguno de los dos bandos mostró misericordia con el contrario, aunque parece ser que Zumalacárregui se distinguió particularmente en su obsesión de asesinar a prisioneros. A tanto llegó la cosa que propició la intervención extranjera bajo la batuta de un lord inglés, Eliot, quien consiguió hacer entrar en razón a los dos bandos con la firma de un convenio que incluso llegó a respetarse.

A partir de entonces, hubo intercambio de prisioneros justo en los alrededores de la ermita. Los cautivos carlistas procedían de la cárcel liberal de Logroño y los liberales presos de la carlista en Estella. El intercambio era de hombre por hombre, pero ante el mal estado con que llegaban los prisioneros de Estella, famélicos y enfermos, un oficial isabelino exclamó en cierta ocasión:

—¡La próxima vez no haremos intercambio de hombre por hombre, sino al peso!

BARGOTA, EL CURA IOANES O JUAN, Y UN ARRIERO.

Algo más allá de la ermita el Camino atraviesa una carretera que conduce a Bargota. Pero no entra en ella, aunque sí hablaremos de dos de sus vecinos de antaño: un cura de trayectoria más que dudosa y un arriero.

De Ioanes, Juan, de Bargota, que fue cura párroco en este pueblo, anunciaba lo siguiente Angel Irigaray en «Noticias y viejos textos de la Lingua Navarrorum»:

“Dicen que era brujo: como los vecinos del pueblo la notasen, no quisieron recibirle en ninguna casa; por eso tuvo que hacérsela él. Dicha casa la hizo con tejado de pizarra (de la noche para la mañana), por la que se distinguía de las demás; tenía unas viñas encima de las colmenas. Un día de fiesta que estaba anunciada la misa para las ocho, estaban reunidos los hombres en el atrio; y como pasara la hora señalada, se impacientaron y preguntaron al ama. Esta les dijo que si estaba anunciada para las ocho, ya vendría el cura, pues a ella le solía avisar en caso contrario; como le preguntasen dónde estaba, les contestó que faltaba de casa desde la noche anterior. En esto llegó un bulto negro por los aires con gran estrépito y vino al suelo en el mismo atrio; era el cura Ioanes que sacudiéndose la nieve que tenía encima, dijo: ¡Cómo nieva en Montes de Oca!”

Fue hombre ilustrado, nacido a mediados del siglo XVI, que estudió en Salamanca y aprendió allí técnicas de prestidigitación que luego empleaba ante sus vecinos y feligreses. Gracias a ellas se le atribuyeron

poderes mágicos. Y acabaron tomándole por brujo porque decían que era capaz de quitarse la cabeza o distintos miembros del cuerpo cuando le convenía, o que era capaz de trasladarse volando a través de las nubes. La leyenda también le atribuye el haber ayudado a un bandido a convertirse en gato para huir de la justicia. Fue denunciado en 1599 a la Inquisición, y en el juicio confesó haber acudido a un aquelarre en Viana. Finalmente fue condenado en un auto de fe en Logroño en 1610 donde mostró arrepentimiento obteniendo una sentencia leve –al pasar por Viana veremos porqué– por lo que pudo continuar con su vida muriendo pocos años después.

Martín de Echaide era arriero de Bargota cuando la Primera Guerra Carlista. Y al parecer transitaba con sus acémilas de uno a otro campo enemigo llevando mercancías con bastante libertad porque debía tener buenos contactos en ambos bandos. Y al amparo de este tránsito llevó notas entre los generales Baldomero Espartero y Rafael Maroto para iniciar conversaciones con las que finalizar aquella Primera Guerra Carlista. En resumen, un humilde arriero del entorno del Camino también fue protagonista de la historia de España actuando de correo a fin de posibilitar el llamado Convenio de Oñate en 1839, que también conocemos como Abrazo de Vergara, con el que se dio fin a aquel primer capítulo de las carlistadas.

VIANA. CÉSAR BORGIA Y ENDROGOTO, LA CIEGUECITA.

Tras atravesar una sierrecilla aparentemente inocente que escondía pendientes de subida y bajada cortas pero muy severas, avistamos la villa de Viana abalconada sobre el valle del Ebro. De larga historia guerrera y alzada sobre un promontorio a la vista de Logroño, cuando las guerras castellano-navarras fue vigía y espolón del reino de Navarra contra las ambiciones expansionistas de Castilla.

Pero seguramente es más conocida la villa por ser la cabeza del principado de aquel antiguo reino, ya que Príncipe o Princesa de Viana es el título que ostenta el heredero o heredera de su corona. Fue instituido por Carlos III el Noble para su nieto Carlos, nacido del matrimonio entre su hija Blanca y Juan de Aragón en 1423. Y tras la conquista del Reino de Navarra por Castilla en 1512, el título se transmitió a esta corona y posteriormente a los príncipes herederos

de la española junto con los de príncipe de Asturias, príncipe de Gerona, duque de Montblanc, conde de Cervera y señor de Balaguer.

El principal monumento de esta villa es la **iglesia de Santa María**. Un majestuoso templo gótico de tres naves de cuatro tramos cubiertas por bóvedas de crucería. Fue construida entre los siglos XIII y XIV gracias a la buena situación económica de la villa y a la ayuda recibida de los monarcas navarros que la sabían baluarte de su reino. Enfajada entre contrafuertes, fue recibiendo modificaciones importantes en siglos posteriores dándole finalmente un aire muy particular no exento de esbeltez.



Iglesia de Santa María en Viana

La portada meridional y principal de la iglesia es manierista, mostrando un gran derroche de ornamentos y esculturas. Y es conveniente no distraerse demasiado con ella al acceder al templo y mirar al suelo del umbral porque guarda una sorpresa: una lápida cubriendo el cuerpo de un personaje universal.

«César Borgia, general de los ejércitos de Navarra y Pontificios. Muerto en Campos de Viana el XI de marzo MDVII»

Sí, ahí yace el famoso César, destacado miembro de la casa de los Borgia que tuvo su origen en el pueblo aragonés de Borja, pero que luego se estableció en Játiva y posteriormente en Gandía para finalizar en Italia. Esta familia ostentó un gran poder durante el Renacimiento italiano y tuvo un par de papas entre sus filas: Calixto III y Alejandro VI.

César fue hijo natural del cardenal Rodrigo Borgia, más tarde conocido como el papa Alejandro VI. E inicialmente siguió la carrera religiosa porque su padre lo libró de la mancha de ilegitimidad, cualquiera sabe cómo, llegando a acumular de inmediato altos cargos y dignidades eclesiásticas. Entre ellos la titularidad del arzobispado de Valencia e incluso el cardenalato. A pesar de tan cuidada tutela que hacía presagiar una altísima carrera eclesiástica, César decidió en 1498 que no tenía vocación y pasó a dirigir los asuntos políticos del papado. Allí se distinguió por su hábil gestión y su falta de escrúpulos, ya que utilizó toda clase de medios para conseguir sus fines, según sus biógrafos, desde la guerra y la traición hasta el asesinato.

Al liberarse del capelo casó de inmediato, en el mismo 1498, con Carlota de Albret, o Labrit que era hermana del rey Juan de Navarra. Y todo le iba de maravilla hasta que el repentino fallecimiento de su padre Alejandro VI le hizo caer en desgracia porque se había ganado la enemistad de casi todos. El siguiente papa, Julio II, le arrebató sus posesiones y lo envió a España donde fue apresado por Fernando el Católico que lo puso entre rejas. Pero escapó en 1506, o lo dejaron escapar, y entró inmediatamente al servicio de su cuñado Juan que lo nombró general de sus ejércitos. Pero esa nueva bonanza le duró bien poco porque murió en 1507, cerca de Viana, como consecuencia de las heridas recibidas en una refriega con rebeldes navarros del conde de Lerín, quien era cabeza del llamado partido pro castellano.

Cuentan que inicialmente fue enterrado en la iglesia de Santa María de Viana con toda pompa y en un lujoso catafalco. Pero pocos años después un obispo quisquilloso lo apeó de tal distinción dada su trayectoria vital de dudosa moralidad, dejándole tan solo hueco bajo el enlosado del umbral de la iglesia para que todo el mundo lo pisase al acceder.

Otro personaje destacado de la villa fue **Endrogoto, la ciegucecita de Viana**, que a pesar de no ver fue famosa curandera y sanadora. Pero avanzó más allá de lo que la buena razón aconsejaba en su oficio de quiropráctica porque dio el salto hacia las ciencias ocultas, ya que estaba profundamente convencida de sus excelsas cualidades taumatúrgicas. Y poniéndose al mundo por montera pasó a organizar en su casa reuniones en las que se invocaba al diablo. En una de ellas convenció a un noble de Viana, el marqués de Aguilar, de que podría alcanzar la inmortalidad si se sometía a un tratamiento particular con una pócima que ella habría de fabricar con la inclusión de partes de su aristocrático cuerpo... El conde no debía andar muy largo de entendederas y accedió, con lo que acabó descuartizado en medio de

un aquelarre. Y se fabricó la pócima, sí, pero nuestro buen hombre jamás resucitó. Como resultado, ella terminó frente al tribunal de la Inquisición de Logroño, quien la condenó a la hoguera. Y, según dicen, no tanto por su diabólico curanderismo y su propensión a la brujería, sino más bien por el asesinato del pobre, tonto e infeliz marqués.



César Borgia murió en Viana

Uno de sus denunciantes fue Juan de Bargota quien, juzgado en paralelo porque participó en alguna de aquellas particulares reuniones, salvó el pellejo por esta vía y aún pudo regresar a su parroquia de Bargota para acabar más o menos tranquilo sus días.



DE LOGROÑO A NÁJERA

El paso entre Viana y Logroño no tiene un gran atractivo porque se hace a través de una larga recta que cruza el valle del Ebro y está flanqueada con frecuencia por zonas industriales y comerciales que aportan poco al caminar. Lo único destacable es recorrer el puente sobre el Ebro, ya en la ciudad, porque en sus pilares dicen que se esconden las primitivas piedras del levantado por San Juan de Ortega en el siglo XI. Tanta importancia tuvo la obra en su día que aseguran que Logroño se creó al amparo de la misma y no al revés.



Concatedral de Santa María de la Redonda

Y sobre el tránsito por la capital, bien conocida por ser patria del buen comer y mejor beber, tampoco me extenderé. Pero sí referiré dos pequeñas historias sobre ella que son poco conocidas.

LA CATEDRAL DE SANTA MARÍA DE LA REDONDA Y EL CALVARIO DE LA RIOJA.

El templo de Santa María de la Redonda es una de las tres sedes de la diócesis eclesiástica de Calahorra y La Calzada-Logroño. Se le llama «la redonda» porque en sus inicios fue un templo románico de planta octogonal, al estilo de los que dejamos atrás en Eunate y en Torres del Río, pero lo que vemos hoy en día procede de los siglos XVI a XVIII, aunque su cuerpo principal está dentro del denominado gótico Reyes Católicos.



El Calvario de la Rioja (atr. Miguel Ángel)

En este templo existe un cuadro destacado, y no precisamente por su tamaño dado que es mínimo, ubicado a espaldas del altar mayor en la girola. Se le conoce como el **Calvario de la Rioja** y, como su nombre indica, muestra una imagen de la crucifixión de Cristo. ¿Cuál es su origen? Está documentado que cierta dama, Vittoria Colonna, esposa del Marqués de Pescara vencedor de la batalla de Pavía conduciendo las armas imperiales, entabló una gran amistad con Miguel Ángel Buonarrotti siendo ya viuda allá por los inicios del siglo XVI. Era mujer muy piadosa y encargó al pintor un cuadro con una crucifixión para poderlo tener como referente en sus oraciones privadas. En 1627 este cuadro aparece de pronto catalogado por el obispo Pedro González del Castillo entre el patrimonio de la catedral

con motivo de unas obras. ¿Cómo llegó a Logroño?, probablemente lo compró en Italia el mencionado obispo... ¿Pero es copia u original?... No se sabe y no está firmado, pero podría ser el único cuadro de Miguel Ángel existente en España.

Como antes avanzaba, es de pequeño formato, está cubierto por un cristal en el trasaltar del templo, en plena girola, y la deficiente iluminación y colocación no facilitan su visión en absoluto. Muestra a Cristo crucificado y, en su parte inferior, a Santa María, San Juan y Santa María Magdalena en torno a la base de la cruz. De esta última se dice que Miguel Ángel la representó con el rostro de Vittoria Colonna, y puede que sea verdad porque señalan los expertos que aparece con un paño blanco sobre los hombros en señal de su viudez... ¿O pudo ser una picardía del pintor para dejar huella simbólica de la posible proximidad afectiva de Jesús y María Magdalena?

LIBERALES EN LOGROÑO Y UNA VENGANZA RIDÍCULA

Y ahora seguimos con otra pequeña anécdota olvidada que da buena muestra de la afición hispana a tomarse venganza contra la historia como ya vimos con el pequeño monumento al Marqués del Duero en la falda del Monte Muro en los aledaños de Abárzuza. Hurgando en torno a la vida de algunos personajes ligados a Logroño tropecé, como era casi obligado, con don Baldomero Espartero y con don Práxedes Mateo Sagasta. Ambos tienen sendos monumentos en la capital como reconocimiento a lo vivido y aportado a ella. El primero no tan solo por haberlo sido todo en la España del siglo XIX, sino también por haber sido diputado por la provincia y haberla tomado como lugar de retiro para acabar allí sus días. Y el segundo, no menos trascendental en nuestra historia, por ser riojano de Torrecilla de Cameros y llenar de orgullo a la gente de aquellas tierras con su quehacer político. Vayamos con el segundo.

Práxedes Mateo Sagasta, fue ingeniero de caminos, canales y puertos y contribuyó con su buen hacer en Obras Públicas a la construcción de diversas infraestructuras en el norte y oeste de la península antes de volcarse en la vida política del siglo XIX dentro del progresismo liberal, del que fue cabeza indiscutida. Y con aquello del

turnismo, que incluso fue bendecido por Alfonso XII en su lecho de muerte cuando aconsejó a la reina María Cristina,

«Cristinita..., guarda el coño. Y ya sabes, de Cánovas a Sagasta y de Sagasta a Cánovas»

llegó a ser Presidente del Consejo de Ministros hasta en siete ocasiones.

Nació en Torrecilla de Cameros, en La Rioja, y fue nombrado hijo predilecto de Logroño de cuya provincia también fue diputado. En 1908 se le homenajeó con una estatua que se situó en el conocido y céntrico Paseo del Espolón de la ciudad. Pero en 1938, en plena guerra civil, la estatua fue exiliada de tan destacado lugar y llevada hasta un nuevo emplazamiento en las afueras ante la puerta de las Bodegas Franco Españolas. El liberalismo volvía a ser pecado mortal en aquellos momentos. Pero no acabó ahí el problema, en 1941 la estatua fue derribada por un grupo de personas «afectas al régimen» durante una noche quizás borrascosa por la ingestión de alcohol. Y hubo de acabar en un depósito municipal porque además la dejaron sin cabeza, que quizás duerma aún en el Ebro porque jamás apareció... Años después, la sensatez llevó a repararla y regresó a su primitiva ubicación central en el paseo haciendo compañía a la ecuestre de Baldomero Espartero.

NAVARRETE Y EL HOSPITAL DE SAN JUAN DE ACRE

Caminando siempre hacia el este, al poco de abandonar Logroño por una verdadera autopista peregrina dado lo ancho y regular del piso, llegamos hasta una extensa zona verde donde tropezamos con un embalse construido en el siglo XIX, el de La Grajera, que salvamos andando sobre su presa. El paisaje resulta sencillamente espectacular en las primeras horas de la mañana y, tras dejarlo atrás, el Camino comienza a discurrir entre viñedos porque ya estamos en plena Rioja.

Navarrete, cercado de vides, nos aguarda y conviene detenerse a su entrada para observar los basamentos de la iglesia del antiguo Hospital de San Juan de Acre. Fundado inicialmente como monasterio hacia el año 1185, evolucionó luego a hospital de peregrinos ateniéndose a

una obra gótica con recuerdos románicos realizada ya en el siglo XIII. Y ganó fama en su día por su buen trato al peregrino, aunque todo lo que hoy resta en la primitiva ubicación se reduce a unos muñones de piedra sobre el terreno. Y para ello aún se tuvieron que realizar unas excavaciones en 1990 porque los restos estaban semi cubiertos por cultivos.



Basamentos del Hospital de San Juan de Acre en Navarrete

Pero afortunadamente sabemos más o menos cómo era por dos razones. De un lado, lo que quedaba en pie fue pintado por Valentín Carderera y Solano, escritor y pintor español del siglo XIX que lo fue de cámara de la reina Isabel II. El cuadro se encuentra hoy en los fondos de la Fundación Lázaro Galdiano de Madrid, y se supone que lo realizó cuando pasó por Navarrete haciendo el Camino de Santiago. En la pintura se aprecia el mal estado en el que se encontraba por entonces. Y debido a ese profundo deterioro, a finales del siglo XIX decidieron demolerlo..., pero trasladaron al cementerio de Navarrete muchas de sus piedras. Su portada y los ventanales conforman hoy la entrada del camposanto y merece la pena detenerse a admirarlas, aunque se interrumpa el andar peregrino, al salir del pueblo.

El monumento más destacado de Navarrete, de los que quedan enteros, es la iglesia parroquial de Santa María de la Asunción. Renacentista aunque con el altar mayor de estilo barroco. Merece la pena una corta visita, aunque solo sea para descansar unos instantes sobre alguno de sus bancos porque ya se llevan recorridos once kilómetros desde Logroño. Y a la salida de la población se encuentra el mencionado cementerio al borde mismo del Camino, por lo que no

hay que desviarse para poder admirar la portada y los dos ventanales antes mencionados. Aparte de su decoración geométrica, destacan entre sus figuras la de un hombre matando a un dragón con cuerpo de serpiente, ¿San Jorge?, y las de una mujer y hombre que aparecen estrangulados por un vegetal. El simbolismo románico que siempre sorprende.

VENTOSA, UNA TRAMPA PARA PEREGRINOS

Desde Navarrete, la senda nos lleva a toparnos con la denominada autovía del Camino, A-12, en su tramo de Logroño a Burgos para recorrer por un camino de servicio un buen tramo en paralelo a ella. En un momento determinado aparece la típica flecha amarilla que marca el ascenso a la localidad de Ventosa por la izquierda de la ruta...

No la toméis si no es necesario, es trampa de hosteleros. Te lleva a subir un hermoso cuestón para llegar al pueblo –¡qué manía la de ponerlos en alto!– para tener que bajarlo a renglón seguido por el lado opuesto. Kilómetro y pico de regalo más para las piernas. El peregrino avisado seguirá de frente, en paralelo a la autovía, si no tiene nada que hacer en Ventosa. Y a menos de un kilómetro del anterior desvío falso aparece una nueva flecha a la izquierda que nos dirigirá hacia Alesón y Nájera.

Debo confesar que iba avisado de esa trampa por un peregrino colega veterano–mi amigo Justo que ya va por el tercer Camino– pero aun así caí en ella porque debió cogerme el desvío pensando en Las Batuecas. Y, dado que caí en la argucia hostelera, diré que Ventosa tiene un rollo, o picota, en las afueras que se muestra hoy santificado al estar coronado por un crucifijo y alguna venera a fin de lavar pasados usos más sanguinarios.

LAS HUELLAS DE LOS PEREGRINOS

La base de esa picota, como la de muchas otras, mostraba una abundante colección de guijarros en derredor... Curiosa costumbre

que se ha ido generalizando como una de las formas utilizadas por los romeros para dejar huella de su paso. «Por aquí he pasado yo», parecen anunciar. También hay quienes aseguran que las piedras amontonadas dan fe de que se van dejando atrás preocupaciones, penas y problemas que quedan petrificados en el sendero. En resumen, que tienen una función de autoayuda.

No son las únicas señales de paso que encuentras. A otros les da por dejar alguna nota en papel –nunca me atreví a leer ninguna por aquello de la discreción–, o una pintada con rotulador en algún mojón señalizador, lo que me gusta bastante menos. Y las hay mucho más elaboradas. Justo a la salida de Ventosa el sendero discurre junto a un vallado donde alguien, cierto día, debió dejar una pequeña cruz hecha con sarmientos de vid trabada entre los alambres..., hoy día la valla está cuajada de cruces, las hay por cientos y de todos los tamaños.

El culmen de estas señales lo constituyen los montones de piedra que en ocasiones jalonan la vereda. Los encontré por primera vez en la Ermita de la Virgen del Poyo, entre Torres del Río y Viana, en forma de bosquecillo porque había gran cantidad de ellos hechos con cantos rodados superpuestos en precario equilibrio. Cuentan que, cuando no existía señalización formal, esos montones de piedras informaban al peregrino de que esa ruta ya la habían seguido más romeros. Pero otros mantienen que tienen un significado más amplio porque la humanidad comenzó a hacerlos bastante antes de la existencia del Camino a fin de marcar un lugar como destacable por lo allí ocurrido. En el Génesis, capítulo 31, nos refieren la construcción de uno para conmemorar el pacto alcanzado entre Jacob y su suegro Labán en torno a sus hijas, sus nietos, sus rebaños y sus tierras. Quedó fijado así ese primer significado, pero luego se extendió a la marcación de rutas y de lugares estratégicos. Los romanos los llamaban montes de Mercurio por ser este dios el protector de los viajes. Y los celtas fueron más allá porque mantenían que las piedras de estos montículos guardaban el alma de algún difunto que había incumplido alguna promesa en vida, con lo que tendría el fin de ayudar a esas almas a descansar en paz.

Y aún veremos alguna costumbre moderna más pedestre, como la de dejar las botas andariegas sobre algún mojón del Camino o enganchadas en un tendido de cables. Están por todas partes y puedo asegurar que no siempre tienen muy mal aspecto ni parecen rotas..., aunque jamás me dediqué a analizarlas en detalle.

En este cerro situado en las cercanías de Alesón, a 585 km de Santiago, se ubica una primera leyenda relativa a Ferragut que de lejos recuerda al David y Goliat de la Biblia.

Mantiene esta que el gigante sirio descendiente de Goliat, que vimos en el capitel de Estella, vivía en el castillo de Nájera. Y tanta era su fuerza y destreza que había vencido y apresado a los mejores guerreros de Carlomagno excepto a Roldán. Y este afamado caballero, sobrino del emperador, acudió al lugar para deshacer aquel inadmisibile entuerto. Estando en este alto observando a Nájera, que queda ya a la vista, Roldán vio al gigante sentado a la puerta de su castillo y entonces le tiró una piedra que le golpeó en la frente provocándole la muerte... El Poyo de Roldán está a unos tres kilómetros de Nájera, ¡buen brazo y buena vista tenía el bretón! Pero para nuestro héroe la hazaña debió ser como pan comido porque recordemos que por Navarra también lanzó otra piedra desde la Higa de Monreal a Urrotz y había sesenta kilómetros en línea recta...

Pero existe una segunda versión de esa leyenda, mucho más elaborada, que aparece relatada en el llamado Libro de Carlomagno, o «falso Turpin», del Códice Calixtino, del que entresaco algunas partes significativas para describirla:

«...Se le anunció a Carlomagno que en Nájera había un gigante del linaje de Goliath, llamado Ferragut, que había venido de las tierras de Siria, enviado con veinte mil turcos por el emir de Babilonia para combatirle. El no tenía las lanzas ni la saetas, y poseía la fuerza de cuarenta forzudos. Por lo cual acudió Carlomagno a Nájera en seguida... Ferragut salió de la ciudad y los retó a singular combate, es decir un caballero contra otro... Entonces le fue enviado ... en primer lugar el dacio Ogier, a quien el gigante... se acercó pausadamente y con su brazo derecho lo cogió con todas sus armas, y a la vista de todos lo llevó ligeramente a la ciudad, como si fuera una mansa oveja...»

“...Luego Carlomagno mandó a combatirle a Reinaldos de Montalbán..., y se envió al rey de Roma Constantino y al conde Hoel...”

Que corrieron parecida suerte. Ogier, Reinaldos de Montalbán, el rey de Roma Constantinos y el conde Hoel serían liberados con

posterioridad por Rolando, pero hay que suponer que debieron retirarse a un convento avergonzados por la ridícula derrota sufrida ya que no se volvió a saber nada más de ellos.

Visto el oprobio, no se atrevía Carlomagno a mandar a nadie más, pero Rolando dio un paso al frente, consiguió permiso del rey y se acercó al gigante para combatirlo. Así se trabó el combate:

«...Entonces Rolando con su espada desenvainada, pensando matar al gigante, partió por mitad de un solo tajo a su caballo. Y como Ferragut quedase desmontado y le lanzase grandes amenazas mientras blandía en su mano la desenvainada espada, Rolando, con la suya, golpeó al gigante en el brazo con que la manejaba y no lo hirió, pero le arrancó la espada de la mano. Entonces Ferragut, perdida la espada, creyendo pegarle a Rolando con el puño cerrado, golpeó en la frente a su caballo, y el animal murió al instante...»

Ahí es nada, dos caballos fuera de combate, pero el enfrentamiento se detuvo al caer el día para reanudarse al siguiente. Y habían acordado previamente combatir sin armas pero...

«Ferragut llevó consigo la espada, pero de nada le valió, pues Rolando se había llevado un bastón largo y retorcido con el que le estuvo pegando todo el día y sin embargo no le hirió... le golpeó también con grandes y redondas piedras que abundantemente había en el campo, y no pudo herirle en modo alguno...»

Visto que no había forma de matar al gigante acordaron tregua, y comieron y bebieron en común como buenos enemigos...

«...vencido del sueño comenzó a dormir Ferragut. Y Rolando, como cumplido caballero que era, puso una piedra bajo su cabeza para que durmiese más a gusto. Ningún cristiano... se atrevía a matarlo entonces, porque... si alguien rompía deslealmente la tregua concedida, era muerto en seguida...»

Cuando hubo dormido bastante, Rolando se sentó a su lado y comenzó a preguntarle cómo era tan fuerte y robusto que no temía espadas, piedras ni bastones.

«...Porque tan sólo por el ombligo puedo ser herido, contestó el gigante...»

Y a renglón seguido comenzaron a discutir sobre la fe de cada uno, sobre el Dios cristiano, acerca de cómo era posible que Dios fuera uno y trino, sobre la encarnación, sobre que la muerte de Jesucristo no era posible si es que era hijo de Dios, etc... En resumen, aquellos dos feroces guerreros mantuvieron ahora un largo y profundo debate teológico, aunque parezca impropio. Pero el bretón no consiguió convencer al gigante de la supremacía de la fe cristiana.

«-Entonces, concluyó Ferragut, lucharé contigo, a condición de que si es verdadera esa fe que sostienes, sea yo vencido, y si es falsa, lo seas tú. Y el pueblo del vencido se llene eternamente de oprobio, y el del vencedor en cambio de honor y gloria eternos».

-Sea, asintió Rolando.

...y en seguida Rolando atacó al pagano. Entonces, roto el bastón de Rolando, se lanzó contra él el gigante y cogiéndolo ligeramente lo derribó al suelo debajo de sí. Inmediatamente conoció Rolando que ya no podía de ningún modo evadirse de aquél, y empezó a invocar en su auxilio al Hijo de la Santísima Virgen María y, gracias a Dios, se irguió un poco y se revolvió bajo el gigante, y echó mano a su puñal, se lo clavó en el ombligo y escapó de él... Entonces el gigante comenzó a invocar a su dios con voz estentórea, diciendo: Mahoma, Mahoma, dios mío, socórreme que ya muero. Y en seguida, acudiendo los sarracenos a estas voces, le cogieron y llevaron en brazos hacia la ciudad. Rolando, empero, ya había vuelto incólume a los suyos... Entonces los cristianos, junto con los sarracenos que llevaban a Ferragut, entraron en brioso ataque en la ciudadela que estaba sobre el poblado. Y de esta manera murió el gigante, se tomó la ciudad y el castillo, y se sacó de la prisión a los luchadores».

Y por acabar este apartado, señalo que como casi nunca nos ponemos de acuerdo en nada, otros sitúan el Poyo de Roldán en un guardaviñas que se encuentra más adelante poco antes de Alesón y en lo alto de un montículo retaco. En mi opinión, no tiene la prestancia suficiente para aceptarlo como sede de la leyenda porque es mínimo, pero queda señalado para que nadie se enfade.

BASÍLICA DE SANTA MARÍA DE ARCOS EN TRICIO

También la llaman Ermita de Arcos de Tricio y queda ligeramente apartada del Camino aunque cerca de Nájera, por lo que si se pasa noche en esta villa bien merece una visita vespertina.



El poyo de Roldán

Su aspecto externo es tan sobrio y sencillo que invita a ignorarla si no fuera porque es excepcional dados sus orígenes y su estructura interna. De planta basilical, los expertos dicen que pudo ser una iglesia paleocristiana del siglo IV y que fue construida sobre un mausoleo o un templo romano. No en vano Tricio se fundamenta sobre la vieja Tritium Magallum y los más atrevidos aseguran que la iglesia fue un templo a Zeus. De ese templo nos quedan los basamentos de las columnas y algunos restos en el camarín de cabecera de la iglesia. Y merece una visita por ser una rareza arquitectónica.

Preside el altar la Virgen de Arcos, llamada así por los arcos de la basílica, y es la patrona de Tricio. Pero se trata de una reproducción a tamaño natural puesto que la talla original, una virgen negra prerrománica que data del siglo XI, se conserva en la iglesia parroquial de esa villa por aquello de los robos.



EL REINO DE NÁJERA

A pocos le suena y casi nadie guarda memoria clara de él, pero Nájera fue cabeza de un reino del mismo nombre hasta el punto de que el posteriormente llamado Reino de Navarra podría hoy haber sido de Nájera-Pamplona, pero la historia no lo quiso así. Veamos sus raíces.

La comarca de Nájera fue durante los siglos VIII al XII tierra de enfrentamientos frecuentes entre moros y cristianos y aún entre reinos cristianos debido a su importancia geoestratégica motivada por encontrarse situada en el lado norte del Sistema Ibérico –en la cuenca del Ebro– de forma que su posesión permitía un paso relativamente fácil y rápido a la del Duero y, más allá, a la del Tajo. Por estas tierras se luchó casi desde los inicios de la invasión islámica y un hecho concreto decantó la primera batalla habida. Todo se inició con Mauregato de Asturias, (719-789), un rey «vago» a decir de algunos y poco dado a guerrear hasta el punto de que Beato de Liébana hubo de animarlo a luchar contra los agarenos componiendo el himno «O dei verbum». Himno muy particular porque por primera vez se cita en un texto hispano al apóstol Santiago.

«Oh, muy digno y muy santo Apóstol [Santiago], dorada cabeza refulgente de Hispania, defensor poderoso y patrón especialísimo asiste piadoso a la grey que te ha sido encomendada».

Debido a su tendencia a no buscar problemas para no hallarlos, Mauregato aceptó el pago de un tributo al moro consistente en la entrega de cien doncellas cada año. Cincuenta habían de ser hijadalgos y eran destinadas a los harenes de personajes principales de la morisma, y las otras cincuenta podían ser plebeyas para usos menos altos, lo que «pluguiese» a sus dueños. Y aquello se mantuvo

durante unos años hasta que las doncellas de Simancas se negaron a la entrega cuando les llegó el turno, y asegura la leyenda que incluso se cortaron las manos para no ser cedidas.

Enardecido por tamaña hazaña femenina, Ramiro I de Asturias, el rey de por entonces, partió a la lucha a fin de desprenderse de tan deshonoroso impuesto. Y el enfrentamiento con los sarracenos tuvo lugar en el monte Laturce al sureste de Nájera, en los aledaños del Castillo de Clavijo, ¿844? Y como todos sabemos se venció gracias a la ayuda decidida del apóstol Santiago que entró en combate a grupos de un blanco corcel en auxilio de los cristianos. Había nacido Santiago Matamoros... Lo malo es que no hay prueba alguna de que hubiera tal batalla en Clavijo porque no existe la menor traza documental ni la más mínima huella arqueológica. Queda solo la fe en la leyenda.

Pero sí la hubo algunos años después cerca de allá y está documentada. La dio Ordoño I de Asturias, (821-866), en Peña Salagona o Cerro del Castillo en Albelda de Iregua. Y los historiadores la denominan Segunda batalla de Albelda, (859), porque hubo antes una primera en la que los cristianos salieron trasquilados. De una u otra forma, fuera por un combate de leyenda o por uno real, quedó lavado finalmente el honor cristiano a poca distancia de Nájera y no se volvió a pagar el impuesto. Sin embargo, aquello no condujo al control del territorio y la comarca siguió siendo mora unas cuantas décadas más.

¿CUÁNDO Y CÓMO NACE EL REINO DE NÁJERA?

En el 923, el rey pamplonés Sancho Garcés I, con la ayuda de Ordoño II de León, recupera Nájera junto a la Rioja Media y Alta y la deja bajo el dominio de su hijo García Sánchez tutelado por su tío Jimeno. Algunos libros de historia dicen que el hijo exigió desde el primer momento que aquello fuera reconocido como reino, ahí es nada ser rey... Pero me cuesta trabajo aceptarlo porque García Sánchez debía tener por aquel entonces unos cinco años, y con tal edad los niños no suelen pedir esas cosas tan raras. Resultará un atrevimiento, pero aventuro que debió haber un pacto de no agresión entre hermanos, Sancho Garcés y Jimeno, bajo la tesis de «me tutelas al niño, yo acepto lo del reino y tú eres nada más y nada menos que el regente hasta que él se haga mayorcito».

Y ahí demarra Nájera. Lo que viene a continuación puede resultar algo confuso con los nombres porque en aquella familia real o

te bautizaban como Sancho o como García. Con lo que el árbol genealógico es una sucesión de «Sanchos Garcés» y de «Garcías Sánchez»..., peculiaridades de la historia que no contribuyen a un fácil recuerdo.

A la muerte de su padre, en el 926, García Sánchez I, ya crecido, heredó Pamplona. Pero orgulloso de sus inicios reales quiso dejar claro que él ya era rey, no abandonó su residencia en Nájera y pasó a denominarse rey de Nájera-Pamplona. Nájera tenía la primacía y su rey se dedicó a implementar una activa política de repoblación de sus territorios favoreciendo a los monasterios de la zona, especialmente a San Millán de la Cogolla. La misma política mantendría durante los primeros años Sancho Garcés II Abarca (970 - 994), hasta que las campañas de Almanzor le obligaron, al igual que a su hijo García Sánchez II el Temblón (994 - 1004), a firmar capitulaciones y pagar tributos a Córdoba. Por cierto, le llamaban «el Temblón» porque lo hacía como un azogado antes de entrar en combate, aunque luego se comportaba con toda energía y valor durante el mismo.

Con su hijo, Sancho Garcés III el Mayor, (1004 - 1035), el Reino de Nájera-Pamplona alcanzó su mayor extensión porque, gracias a unas complicadas carambolas, se vio árbitro e incluso señor de los reinos cristianos ibéricos hacia el 1030. Había casado con Muniadona, hija del conde de Castilla, lo que le dio ascendencia sobre ese condado y, más tarde, su posesión cuando el conde de Castilla García Sánchez, hermano de su mujer Muniadona, fue asesinado. También influyó sobre León donde tuvo extensas posesiones porque su hermana Urraca, reina y esposa de Alfonso V, le pidió auxilio al enviudar para vencer a la nobleza levantisca que no quería a su hijo Bermudo III en el trono. Y amplió su dominio sobre el valle del Ebro por su propio esfuerzo. Desde entonces se hacía llamar Rex Ibéricus, Rex totius Hispaniae y Rex Imperator porque mandaba en la práctica desde Zamora a Barcelona...

¿CUÁNDO Y CÓMO DESAPARECIÓ EL REINO DE NÁJERA?

Pero Sancho Garcés III el Mayor dividió sus tierras entre sus hijos. García Sánchez III, su primogénito y favorito, recibió el reino de Nájera-Pamplona. Fernando recibió el condado de Castilla. Ramiro

el de Aragón, y el pequeño Gonzalo los condados de Sobrarbe y Ribagorza. Este reparto establecía una condición añadida, que los hermanos condales siempre deberían obediencia al primogénito.

Pero se odiaban entre sí, como buenos hermanos, y estalló el enfrentamiento. Fernando de Castilla, con la ayuda soterrada de Ramiro, venció a García Sánchez III en Atapuerca. Y este último perdió allí la vida siendo sucedido en el mismo campo de batalla por su hijo Sancho Garcés IV. El vencedor, Fernando, se apropió entonces de buena parte de La Rioja y Álava con lo que el reino de Nájera-Pamplona vino así en retroceso.



Santa María la Real de Nájera

El nuevo rey debía tener un carácter difícil y se llevaba mal con la familia, otra vez el mismo problema, así que Sancho IV fue asesinado por sus hermanos Ramón y Ermisinda que lo despeñaron durante una partida de caza por el barranco de Peñalén tallado por el río Aragón en la Ribera navarra. Desde entonces la historiografía lo conoce como Sancho IV el de Peñalén... Su fratricida hermano Ramón esperaba tomar la corona, pero los nobles y la iglesia navarra rechazaron tener un rey asesino. Y tampoco quisieron al hijo del fallecido por ser un niño, por lo que propusieron a cambio al heredero de Aragón, otro Sancho que además era primo. Triunfó esta solución y, en el 1076, Castilla y Aragón se acabaron repartiendo las tierras de un reino que desaparece, Nájera quedará inicialmente para Castilla y Pamplona momentáneamente para Aragón.

El reino ha durado tan solo siglo y medio tras haber sido el vertebrador de los reinos cristianos con Sancho III el Mayor, ocasión perdida... Pero también fue el crisol del que nacieron los reinos de Castilla, Aragón y, más tarde, Navarra.

SANTA MARÍA LA REAL DE NÁJERA Y LA LEYENDA DEL HALCÓN Y LA PALOMA

La entrada en Nájera se hace pesada si llegas haciendo etapa desde Logroño, ya que supone haber caminado unos treinta kilómetros durante unas seis horas de marcha. Pero aún más fatigoso resulta el tránsito por la población porque hasta alcanzar el puente sobre el río Najerilla, que la atraviesa y da paso a la parte antigua, queda una larga propina de calles por atravesar. Y es que, con el cansancio, sientan muy mal los añadidos cuando crees haber llegado al final y no es así. A medida que te acercas al susodicho puente, que dicen fue construido en sus inicios por San Juan de Ortega, la vista tropieza con dos cerros monumentales que dan respaldo a la villa antigua. El de más al este se llama del Castillo y el que da a poniente Malpica. Y este último está ligado a una leyenda que justifica la construcción del gran templo de Santa María la Real.

Cuenta que estando de caza García Sánchez III, el que luego resultó muerto en Atapuerca, lanzó su halcón contra una paloma, y ambas aves se perdieron en el interior de una gruta abierta en la falda del cerro de Malpica. Entró en ella el monarca buscando a su halcón y halló en el interior un altar con una imagen de la Virgen junto a una campana, una jarra y un ramo de azucenas, símbolo de pureza, además de las dos aves en pacífica convivencia. Quedó muy impresionado el rey con ese hallazgo y como al año siguiente se hiciera con Calahorra y su comarca, en agradecimiento prometió a esa Virgen edificar un templo para que, de paso, le sirviera como panteón real.

Poco queda del primitivo templo románico que al parecer tenía influencias mozárabes. Lo que hoy vemos en el interior obedece principalmente al gótico plateresco porque Nájera guardó prestigio, aun no siendo ya cabeza de reino, y recibió valiosas ayudas de diferentes monarcas hasta bien entrado el siglo XVI. Aun así, visto desde fuera guarda el aspecto de una vieja fortaleza románica por mostrar torreones circulares que son infrecuentes en iglesias, pero que volveremos a ver en San Martín de Frómista.

Me atrevo a señalar como puntos esenciales de una grata visita la puerta de Carlos I de España y V de Alemania que da paso desde el monasterio al claustro. Fue llamada así porque muestra un gran escudo imperial policromado en el testero que mandaron hacer los benedictinos en agradecimiento a las ayudas recibidas para sostenimiento y ampliación del monasterio por parte del emperador.

Le sigue el Claustro de los Caballeros, que alberga entre sus muros las tumbas de numerosas familias riojanas, navarras y vascas principalmente de los siglos XVI al XVIII. El actual se alzó en el siglo XVI y es también de estilo gótico plateresco al igual que la iglesia. Esta presenta la particularidad de albergar el **Panteón Real**, renacentista con tintes platerescos, donde están enterrados reyes y personajes de dos dinastías diferentes. Por un lado la Jimena o Abarca de la que ya hablamos y que gobernó este reino de Nájera-Pamplona hasta el 1076, y por otro de la dinastía del rey García Ramírez el Restaurador, que fue quien volvió a separar el reino de Navarra del de Aragón tras la unión realizada a renglón seguido del asesinato de Sancho IV el de Peñalén.

Parte de su bóveda se apoya directamente sobre la roca y da acceso en su fondo a la cueva excavada en la arenisca del cerro de Malpica donde, según tradición, el monarca García Sánchez III halló el altar con la imagen de la Virgen.

LAS NAVAS DE TOLOSA Y NÁJERA

En el claustro de los Caballeros destaca por su importancia histórica el mausoleo de Don Diego López de Haro II el Bueno –y para otros el Malo según de qué lado estuviera el calificador–, cuya tumba está decorada con escenas del sepelio y rematada con el escudo de su linaje. Don Diego ostentaba los títulos de Señor de Vizcaya y Conde de Nájera porque cuando Alfonso VI se repartió el reino con Ramiro I de Aragón –a resultas del asesinato ya citado de Sancho Garcés IV en Peñalén– dejó en manos de un antepasado, Diego López de Haro I, la parte que le correspondió instaurando la presencia del señor de Vizcaya en este territorio. Fue, según los historiadores, uno de los magnates más distinguidos de España. Y gozó del favor real, aunque también se las tuvo tías con Alfonso VIII por algún desacuerdo político.

Su nombre resulta más conocido porque dirigió la vanguardia cristiana en Las Navas de Tolosa. Dice la historia que junto a otro caballero, don García Romero, y la ayuda de un pastor exploraron el puerto de la Losa en Sierra Morena por el que pudieron subir las tropas cristianas para dar la batalla sin exponerse al riesgo de una emboscada en Despeñaperros. Y también cuenta la leyenda que ese

pastor fue el mismísimo San Isidro Labrador, quien así quiso ayudar a la reconquista...



Panteón Real en Santa María

Alfonso VIII, fiado en su honradez, le encargó el reparto del botín de guerra tomado al infiel. Y don Diego lo hizo de tal forma que hubo para todos sin tomar ni tan siquiera un sueldo para él mismo. Al preguntarle admirado el monarca por esta decisión, aseguran que respondió:

«No quiero más, Señor, sino que al monasterio de Santa María la Real de Najera se le devuelvan la villa y honor del puerto de Santoña, que los antepasados de Vuestra Alteza antiguamente le donaron».

Dejó profunda huella en Najera. Y dicen que, cuando había elecciones al concejo, la corporación saliente visitaba la tumba de don Diego y, ante su sepulcro cubierto de rico paño, procedía a abrir el acta. Solo entonces se daba a conocer el resultado como reconocimiento leal, aun estando muerto, al más grande Conde de Najera que jamás existió.

ÓRDENES MILITARES, ECUESTRES O DE CABALLERÍAS. LA ORDEN DE LA TERRAZA O DE LA JARRA.

Eran instituciones religioso-militares integradas por caballeros para la defensa de la fe cristiana. Nacieron al inicio del siglo XII y actuaron

principalmente contra el Islam en las cruzadas en Tierra Santa y en la reconquista española. Pero también actuaron contra paganos, como los llamados caballeros teutones, e incluso contra herejes, como la Militia Christi que persiguió a los albigenses.

Nos quedó de ellas el sucinto lema de «Mitad monjes y mitad soldados», lo que en sí es una paradoja porque según el derecho canónico un monje no podía guerrear jamás. Pero soslayaron esto porque, si bien la ley canónica prohibía a los clérigos derramar sangre, nada impedía a los nobles guerreros vivir santamente formando hermandades religiosas. Lógicamente adoptaron por insignia en sus pendones, estandartes y hábitos la señal de la cruz, comprometiéndose al tiempo a no alzar sus armas contra otros cristianos. Las principales se originaron cuando las cruzadas, como la Orden de los Pobres Compañeros de Cristo y del Templo de Salomón, (Orden del Temple), la Orden Ecuestre del Santo Sepulcro de Jerusalén y la Soberana Orden Militar y Hospitalaria de San Juan de Jerusalén, de Rodas y de Malta. Y en España alcanzaron fama las de Calatrava, Santiago o San Jaime, Alcántara, Santa María de Montesa y San Jorge de Alfama.



Cuevas troglodíticas en el Cerro de Malpica

Pero lo que poca gente conoce es que García Sánchez III, no contento con haber levantado Santa María la Real, quiso honrar todavía más a su Virgen y creó la Orden de la Terraza hacia el año 1040, resultando así ser la primera y más antigua orden caballerescas de España y quizás

de todo el orbe cristiano, puesto que las clásicas antes mencionadas arrancaron a finales del siglo XI o inicios del XII. Su objetivo fue la defensa del territorio de Nájera y de los peregrinos del Camino. Y su insignia era, como no podía ser de otra manera, la jarra de azucenas de la Virgen hallada en la cueva del cerro de Malpica porque, en aquel tiempo, se denominaban terrazas a las jarras de cerámica. Y el rey la convirtió de inmediato en una distinción deseada y envidiada entre los caballeros de su corte. Y dicen que mandó labrar ricamente muchos collares de finísimo oro de los que pendían delicadas jarras de azucenas del mismo metal.

Pero inesperadamente, al morir García Sánchez III, desaparecieron las noticias sobre la Orden de la Jarra o de la Terraza. Aun así renació a principios del siglo XV, como si fuera un Guadiana, por impulso de Fernando de Trastámara, o de Antequera, quien fue regente de Castilla antes de ser rey de Aragón por el compromiso de Caspe. La restauró en Medina del Campo y honró con ella a sus más leales caballeros mediante un collar con jarras de azucenas del que pendía un grifo –águila con cuerpo de león, símbolo de bravura y lealtad–, con lo que pasó a llamarse entonces de la Jarra y el Grifo... Y de nuevo volvió a desaparecer años después con el final de la dinastía de los Trastámara, aunque en la actualidad existe una asociación creada en 2008 en Medina del Campo que trata de resucitar y ejercer su memoria.

EL CAMINO HASTA SANTO DOMINGO DE LA CALZADA. AZOFRA Y CIRUEÑA.

Los romeros suelen citarse en los alrededores del puente de San Juan de Ortega de buena hora para, tras desfilarse ante Santa María la Real, emprender el ascenso al puertecillo que separa a los cerros del Castillo y de Malpica. Y bien mal que sienta arrancar la marcha enfrentando una fuerte subida porque el ánimo está aún dormido y las piernas frías; afortunadamente resulta corta.

Según se asciende, se tiene una visión más cercana de las cuevas que se perforaron en la arenisca roja del Cerro de Malpica desde tiempos inmemoriales, pues aseguran que comenzaron a construirse a partir de las invasiones bárbaras del siglo III. Pero también se ampliaron con posterioridad para ser utilizadas como refugio de los najerinos

durante las múltiples luchas mantenidas entre sarracenos y cristianos. No visité su interior, pero dicen que están formadas por una serie de habitaciones escalonadas en cinco alturas que se enlazan entre sí y se sitúan a lo largo de un corredor que recorre la forma convexa del cerro. Y da un cierto vértigo observarlas porque alguna de sus habitaciones parecen estar totalmente abiertas al precipicio por lo que no debía ser fácil vivir en ellas. Del lado contrario queda el Cerro del Castillo, pero de la otrora temida fortaleza, que mantuvo a raya a los cristianos hasta la alianza en el año 923 entre León y Pamplona, apenas quedan unos pocos muñones de piedra en ruinas que no invitan a su visita.



El rollo de Azofra

Coronado el puertecillo, se vuelve a descender entre viñedos y piezas agrícolas. La Sierra de la Demanda cierra el paisaje por la izquierda del Camino, y casi adivinamos escondidos entre sus faldas a los monasterios de Suso, Yuso y Cañas, pero de ellos hablaremos más tarde. El Camino se muestra fácil y agradable hasta llegar a Azofra, que resulta ser un nuevo ejemplo de pueblo del Camino por tener sus casas situadas a lo largo de una vía principal llamada Mayor y otra paralela llamada del Sol. Y, como no podía ser menos, también tiene su Fuente de Peregrinos, pero casi más valía que no la tuviera porque hoy se muestra hundida respecto a la calle, revestida ya de moderno hormigón y casi perdida al borde de una carretera.

Cualquier día desaparecerá sin que nadie lo perciba, ¿qué fue de la fuente original?... Tampoco carece Azofra de su correspondiente rollo o picota. Está situado en las afueras, a un lado del Camino que nos lleva a Cirueña, y no le faltan las usuales piedras testimoniales que dejaron otros peregrinos a su paso.

Ya va siendo raro encontrar viñedos porque el cereal y el barbecho lo ocupan casi todo. La senda se ondula de nuevo en un continuo sube y baja por lomas hasta que, de pronto, surge algo inesperado... En lo alto de un repechón el bucólico paisaje cambia abruptamente y de súbito parece que nos hemos trasladado a las afueras de cualquier gran capital española. Un campo de golf a la izquierda, una gran avenida al frente, casas urbanitas a uno y otro lado que nada tienen que ver con lo característico de la región... Y silencio, un enorme y abrumador silencio, allí no parece vivir nadie porque no se divisa un alma y las viviendas se nos muestran deshabitadas e incluso ligeramente descuidadas. Entonces pensé que sería debido a que nos encontrábamos en noviembre y ya había pasado el periodo vacacional, pero me quedó la duda. Alguna semana después, de regreso del Camino, recordé aquello y me dediqué a investigar en una de las aplicaciones informáticas que te permiten visualizar el paisaje. La imagen de las calles era exactamente la misma que observé, vacío y soledad, solo un par de coches en toda la avenida... Pero un detalle agravaba la situación intuida, la fotografía estaba datada en un mes de agosto de un par de años atrás. La huella de nuestra crisis inmobiliaria del 2008 sigue presente en muchos lugares.

Más adelante, tras salir de aquel espejismo, la realidad regresa y tropiezas con el verdadero Cirueña, un pueblo agrícola más no exento de un cierto encanto. Y, tras él, el Camino sigue recto sin mayores novedades. El valle del río Oja nos espera y Santo Domingo de la Calzada queda pronto a la vista. Destacando sobre su caserío nos saluda la torre exenta de la catedral conocida por los de la comarca como «la Moza». Debe ser por su apariencia garrida.



LOS MONASTERIOS RIOJANOS. SUSO, YUSO Y CAÑAS

Todas las guías del Camino de Santiago dedican atención a los monasterios de Suso, Yuso y Cañas a pesar de que realmente no están en la propia ruta, pero sí muy próximos, por lo que nos detenemos momentáneamente en puertas de Santo Domingo de la Calzada para poner rumbo unos kilómetros hacia el sur e ir a visitarlos, ya que sus méritos así lo reclaman.



Monasterio de Suso

EL MONASTERIO DE SUSO Y SAN MILLÁN DE LA COGOLLA

El monasterio hunde sus raíces en los primeros tiempos del ascetismo en Hispania y debe su creación a Emiliano o Millán de la Cogolla,

(473-574). Nacido en la región, fue pastor en su juventud, pero luego decidió convertirse en eremita. Y, tras pasar tres años como discípulo de otro asceta en las cercanías de Haro, decidió crear su propio eremitorio y se retiró a un lugar apartado en la Sierra de la Demanda, por entonces llamada Montes Distercios o Cogollanos, que separa a los valles del Ebro y Duero. Allí excavó su propia celda en la roca, viviendo en soledad durante unos cuarenta años y alcanzando fama de santidad por volcarse denodadamente en la ayuda a su prójimo. Más tarde fue ordenado sacerdote del pueblo de Berceo, ¿su villa natal?, por el obispo de Tarazona. Pero tras un corto periodo de ejercicio sacerdotal regresó a su eremitorio porque otros clérigos de la zona le acusaron de malgastar los bienes de la Iglesia en favor de los pobres... En esa segunda etapa, hacia el 550, ya se le unieron muchos otros ascetas al socaire de su fama, incluso algunas mujeres como Potamia de Narbona, creándose con ello el llamado Monasterio de Suso que debió ser en sus inicios dúplice, de hombres y mujeres al tiempo. Por tanto, el monasterio debió tener necesariamente instalaciones anexas, bien hechas en madera o excavadas en la roca del monte, porque sus dimensiones actuales parecen pequeñas en relación a la fama y múltiples referencias que existen sobre él. De la parte troglodítica, la inicial que refugió principalmente al cenobio primitivo visigótico y premozárabe, encontramos hoy dos niveles enlazados por un pozo. Aunque también se han identificado cuevas en las proximidades que debieron ser de eremitas adheridos a la institución.

Hasta el siglo XII el monasterio sufrió varias ampliaciones como consecuencia de su evolución a la vida monástica reglada, por lo que hoy pueden verse en su estructura junto a los elementos visigóticos primitivos, las sucesivas ampliaciones mozárabe y románica.

Emiliano cobró gran fama porque curó a endemoniados incluso después de muerto. También cuentan que realizó más de un milagro, como el famoso de la viga. Dice la leyenda que, cierto día, Millán se encontró con unos carpinteros que estaban levantando un granero. Discutían entre ellos porque una de las vigas de la estructura había quedado más corta que las demás y no servía. Y también se lamentaban porque tendrían que cortar un nuevo árbol para tallar otra vez la viga trabajando sin beneficio. Millán puso paz y les convenció de que se fueran a comer y a descansar un rato, que luego ya se vería, mientras él se retiraba a orar. Tras el reposo volvieron los trabajadores y Millán les anunció:

–No habéis perdido vuestro salario porque vuestra viga vale, colocadla ya donde corresponda.

Y los carpinteros vieron entonces que la viga había crecido más de un palmo, por lo que incluso era ahora demasiado larga y la tuvieron que ajustar. Y aseguran que parte de esa viga se puede ver en una de las columnas de la parte mozárabe de la iglesia protegida por unos azulejos.

Falleció Millán a la edad de 101 años, y tanta era su fama de hombre bueno que su sepulcro se convirtió en lugar de peregrinaje, siendo costumbre que lo visitaran tanto los reyes de Nájera-Pamplona como los condes –y luego reyes– de Castilla para encomendarse al santo antes de entrar en batalla contra los musulmanes.

LA BATALLA DE SIMANCAS. ¿UN SANTO GUERRERO?

También cuenta la leyenda que Santiago Apóstol y San Millán aparecieron en apoyo de los cristianos en mitad del combate de Simancas. Donde una coalición de los reyes Ramiro II de León, García Sánchez I de Nájera-Pamplona y el conde Fernán González de Castilla se habían enfrentado al califa cordobés Abd al-Rahman III. Y tan decisiva fue esa intervención que San Millán fue elevado a patrono de castellanos y navarros tras ella. La imagen guerrera de Santiago Matamoros tiene una cierta justificación –recordemos el mito de Clavijo–, porque al fin y al cabo Jesucristo lo llamó «boanerges», hijo del trueno, que hace suponer una cierta rudeza. Pero resulta más difícil encajarle un exaltado ardor guerrero a un ermitaño asceta y exorcista del siglo VI que vivió retirado del mundanal ruido en el Monasterio de Suso tras haberse cavado su propia celda en la roca...

Pero dicen algunos expertos que Castilla y Nájera-Pamplona necesitaban su propio Santiago, del que se habían apropiado los leoneses, para la adecuada motivación de sus mesnadas... Y que en la batalla de Simancas encontraron la ocasión perfecta y el santo adecuado, hasta el punto de que, a imitación del «voto de Santiago», instituyeron el «voto de San Millán» por el que se comprometían a pagar tributos destinados al sostenimiento del Monasterio de San

Millán. Pero también hay quienes dicen que lo del «voto de San Millán» fue un invento armado por el mismo monasterio en su propio beneficio allá por el siglo XIII...

Esta participación de los dos santos en Simancas fue glosada por Gonzalo de Berceo en «La vida de San Millán»

*vidieron dues personas fermosas e luzientes,
mucho eran más blancas qe las nieves rezieres.
Vinién en dos cavallos plus blancos que cristal,
armas quales non vío nunqa omne mortal;
el uno tenié croça, mitra pontifical;
el otro una cruz; omne non vío tal.
El qe tenié la mitra e la croça en mano,
éssi fue el apóstol de sant Jüán ermano;
el que la cruz tenié e el capiello plano,
éssi fue sant Millán el varón cogollano.*

HISTORIAS DE SUSO. SANTA ORIA.

En la parte mozárabe del templo de Suso, y junto a la cueva en la que se supone vivió Millán y donde se encuentra su cenotafio de estilo románico en alabastro, existe otra cueva que fue encierro de Santa Oria –también llamada Áurea, Dorada– cuya historia nos da fe de la profunda religiosidad de las gentes del medioevo.

Oria fue hija de una familia de posición acomodada, muy religiosa y que llevaban una vida austera. Dicen las crónicas que, en mayo de 1053, la familia peregrinó al Monasterio de Suso con la intención de estar presente cuando el intento de traslado de los restos de San Millán a Nájera, del que luego hablaremos. Una vez allá solicitaron al abad Domingo, el mismo que ahora conocemos por Santo Domingo de Silos porque más tarde habría de fundar este último monasterio, que les fuera adjudicada una celda o cueva para vivir en santidad el resto de sus días –recordemos que Suso era un monasterio dúplice–. Pero esto le pareció escaso a Oria, quien suplicó con once años que le fuera permitido vivir separada del mundo de una forma bien particular, ya que buscando un mayor ascetismo solicitó ser emparedada.

Domingo le pidió que lo pensara bien y la puso al cuidado de tutores para que vigilaran la realidad de su vocación dada su corta

edad. Aprobada finalmente su petición, recibió el hábito monacal y fue emparedada en un hueco que abrieron desde la misma iglesia de Suso en la montaña en el que apenas podía moverse y que recibí luz y aire por un ventanuco. Ese mismo agujero le permitía seguir los oficios en el templo y recibir la eucaristía, así como alimentos que, según dicen, se reducían a agua y pan de centeno. Allí estuvo trece años, aunque inicialmente no tuvo una vida tranquila porque decía tener visiones celestiales y también demoníacas que la alteraban profundamente. Entonces solicitó la ayuda de Domingo de Silos –quien ya se encontraba en ese otro monasterio– el cual, tras viajar, la exorcizó, confesó y dio la comunión. A partir de entonces ya tuvo un retiro plácido, pero la dura vida ascética acabó pasándole factura y acabó falleciendo en el 1070 siendo aún muy joven.

LA IMPORTANCIA LINGÜÍSTICA DE SAN MILLÁN DE LA COGOLLA.

En 1911, un investigador que estudiaba la arquitectura mozárabe de Suso, Manuel Gómez-Moreno Martínez, descubrió un códice en la biblioteca del monasterio de Yuso –aunque podría provenir de Suso–, clasificado como «Aemilianensis 60» que le llamó poderosamente la atención por ciertas particularidades que halló en él. Informó de ello a Ramón Menéndez Pidal con lo que se inició el estudio en profundidad del mismo.

Hoy se piensa que el códice 60 no es una pieza unitaria, sino que se formó en torno al siglo IX con cuadernos de diferente procedencia. Y que debió realizarse en un scriptorium poco experto porque sus artesanos no aplicaron técnicas cuidadosas de realización, dejándonos un volumen de aspecto tosco y desmañado. Pero en él se encuentran las trazas más antiguas conocidas de una lengua romance peninsular y de un vascuence. Estas trazas aparecen como glosas –comentarios cortos o aclaraciones– en el interlineado o en los márgenes del escrito con las que se trataban de solventar dificultades en la interpretación sintáctica, morfológica y léxica del texto latino principal. Y se supone que debieron hacerlas estudiantes de esta lengua o monjes que preparaban homilías apoyándose en el texto latino.

Hay más de mil glosas escritas en un latín de naturaleza coloquial, algo más de cien en los que unos llaman lengua romance riojana

y otros lengua romance navarro-aragonesa y, finalmente, dos en euskera. La página 72 del códice es la más interesante por contener la glosa más extensa en torno a una homilía en latín a la que el glosador añadió sus propias anotaciones, y que diez siglos después resultan fácilmente legibles:

*Con o aiutorio de nuestro
dueno Christo, dueno
salbatore, qual dueno
get ena honore et qual
duenno tienet ela
mandatione con o
patre con o spiritu sancto
en os sieculos de lo siecu
los. Facanos Deus Omnipotes
tal serbitio fere ke
denante ela sua face
gaudioso segamus. Amen.*

No podemos decir que sea el nacimiento del español puesto que un fenómeno de este calado y naturaleza tiene lugar de una forma lenta y constante a lo largo de siglos. Pero, como dijo Dámaso Alonso, fue un primer vagido de nuestra lengua. El códice se encuentra ahora en la Real Academia de la Historia. Con posterioridad se han descubierto textos más antiguos, que podrían llamarse protocastellanos, como los Cartularios de Valpuesta, la Nodicia de Kesos y algunas trazas romances en otros textos antiguos. Pero la diferencia principal entre ellos y las Glosas Emilianenses estriba en que estas últimas muestran ya una estructura gramatical romance, mientras que los otros se atienen aún a la lengua y gramática latina, introduciendo solo algunas palabras romances de vez en cuando. No obstante, dos investigadores riojanos Claudio y Javier García Turza han realizado estudios sobre el códice 46 de la biblioteca de Yuso, fechado en el año 964, hallando que consiste en una especie de diccionario enciclopédico con más de veinte mil entradas clasificadas en orden alfabético, en el que las voces romances forman parte no sólo de las anotaciones al margen, sino también del texto escrito, que resulta así un latín adaptado al habla popular.

Suso y Yuso fueron testigos, por tanto, de más de un vagido incipiente de nuestra lengua.

GONZALO DE BERCEO Y EL *SCRIPTORIUM*.

También vivió en Suso el primer poeta en castellano de nombre conocido, Gonzalo de Berceo. Nacido en Berceo, La Rioja, fue monje y también uno de los máximos representantes del mester de clerecía, la escuela literaria medieval hispana formada por clérigos y personas cultas que componían una poesía erudita con métrica fija, habitualmente cuaderna vía, y temática preferentemente religiosa. Cabe por tanto suponer que Gonzalo formó parte del scriptorium de Suso y de ello nos dejó alguna referencia.

El scriptorium era el lugar donde se realizaban las copias de los textos manuscritos por parte de los escribas e iluminadores. Pero también podría ser que tal misión la realizara cada uno en su propia celda si el monasterio carecía de espacio suficiente. Dirigidos por el armarius o director, los monjes trabajaban en condiciones perjudiciales para su salud, porque escribir a la luz de las velas les dañaba la visión y, además, padecían otras dolencias asociadas al oficio y ligadas a la mala postura de trabajo, los fríos o calores, según tocase, y el cansancio.

Muestra de lo fatigoso de la tarea son los versos que nos dejó Gonzalo de Berceo:

*Los días no son grandes,
Anochezará privado,
Escribir en tinieblas,
Es un mester pesado*

HISTORIAS DE SUSO. EL *PORTALIELLO* Y LOS SIETE INFANTES DE LARA.

Antes de poder entrar al templo, el visitante ha de pasar por un atrio abierto que fue posiblemente lugar de descanso y meditación de los monjes por sus bellas vistas sobre el valle del río Cárdenas. Su solado es mozárabe y está hecho con cantos rodados colocados de canto y ladrillos rojizos. Esta parte del monasterio se construyó a comienzos del siglo X bajo la protección de García Sánchez I, rey de Nájera-Pamplona del que ya hablamos, así como la inmediata nave de la iglesia a la que se accede por un destacado arco de herradura.

Aparte de las vistas sobre el valle, el portaliello –portalejo– guarda según la tradición oral los sarcófagos de los siete infantes de Lara –Diego, Martín, Suero, Fernán, Ruy, Nuño y Gonzalo–, el de su ayo Nuño Salido y los sepulcros de tres reinas de Nájera-Pamplona –Toda, Jimena y Elvira–. Y también hay un último sarcófago que se adjudica a Tello González, señor de Cameros. Y esto nos da pie a referir la historia de los Infantes de Lara, bastante resumida, tal como nos ha llegado a través de las fuentes del romancero.

Cuentan que García Fernández —segundo conde de Castilla— preparaba en la ciudad de Burgos la boda de su prima carnal doña Lambra con Ruy Velázquez, señor de Lara. Por parte del novio fueron su hermana Sancha Velázquez y su esposo, Gonzalo Gustioz —señor de Salas que dependía del alfoz de Lara–, acompañados de sus siete hijos conocidos como «los infantes».

En la fiesta se celebraron juegos de caballeros y en un momento dado Alvar Sánchez —primo de la novia— consiguió un importante premio. Lambra se vanaglorió de su habilidad proclamando que era el mejor caballero de la fiesta. Al oír esto, Gonzalo González —el menor de los siete infantes— montó en su caballo y realizó la misma proeza superando en aplausos, gracias a su destreza, a los que antes se habían dedicado a Alvar Sánchez. Este se sintió ofendido e insultó a Gonzalo, quien respondió con un puñetazo que le hizo caer del caballo y le causó la muerte. Doña Lambra se puso a gritar histérica sintiéndose ultrajada en su boda y su esposo, Ruy Velázquez, montó a caballo y arremetió contra Gonzalo golpeándole en la cabeza con su lanza. Gonzalo dijo entonces a su tío que no lo volviera a hacer porque le respondería. Pero Velázquez lo atacó de nuevo partiéndole ahora una lanza en su hombro, por lo que Gonzalo lanzó a su halcón contra él buscando herirle.

¡Gran revuelo! Pero al fin se restableció la calma y el padre de los infantes ofreció en desagravio a su enfurecido cuñado que sus hijos pasasen a servirle como caballeros suyos. Esto gustó a Ruy Velázquez y, de ese modo, los siete infantes dejaron de serlo de Salas y pasaron a serlo de Lara.

Una vez finalizadas las fiestas, el señor de Lara y el señor de Salas acompañaron al conde García Fernández a un viaje de inspección por Castilla. Mientras tanto Lambra, su cuñada Sancha y los siete sobrinos viajaron a la casa de los recién casados en Barbadillo del Mercado, capital del alfoz de Lara. Un día los sobrinos se fueron a cazar con sus halcones y al regresar se desnudaron para bañarse en un

río cercano a la casa. Y al parecer Gonzalo, el más pequeño, se exhibió con exceso en el agua mientras jugaba con su halcón. Doña Lambra, aguda observadora, lo consideró una provocación más a su honor. Y para escarmentar a sus nuevos vasallos, en especial a Gonzalo, ordenó a uno de sus sirvientes que cogiera un gran pepino, lo llenara con sangre y lo lanzara al infante mientras éste seguía en el agua. Aunque ahora no se entienda, lo del pepino debía ser un insulto de calado.

El criado dudó porque temía al infante, pero Doña Lambra insistió asegurándole que ella lo protegería de cualquier represalia. Finalmente el criado lanzó el pepino a Gonzalo, y sus hermanos se rieron de él sin darle de entrada mayor importancia al hecho. Pero el ofendido los convenció de que había sido una provocación para deshonrarlos a todos, así que planearon matar al criado al regresar a la casa.

Al verlos venir, el sirviente corrió a refugiarse bajo el manto de Doña Lambra. Y ella trató de defenderlo pero fue inútil, los infantes lo mataron y la sangre del desdichado manchó la toca y el vestido de la señora de Lara. Nuevo escándalo.



Monasterio de Yuso

Al regresar del viaje, Ruy Velázquez se indignó por la afrenta cometida en su propia casa y aseguró a Lambra que la vengaría. Pero que lo haría con cuidado porque sus sobrinos eran tan valientes como incontrolables. Al día siguiente envió un mensaje a su cuñado para que viniera a verlo con sus hijos y, para seguridad de ambas partes, se citaron a medio camino entre Barbadillo y Salas. Tras clarificar los hechos, Velázquez pareció quedar en posición conciliadora, lo que fue un engaño. A los pocos días mandó llamar otra vez a su cuñado,

Gonzalo Gustioz, pidiéndole que viajase a territorio musulmán para recoger el regalo de boda que le había prometido su gran amigo el caudillo Almanzor. Así que este se encaminó hacia Córdoba con una carta escrita en árabe por Ruy, donde explicaba al caudillo musulmán las afrentas sufridas y le pedía que mandase dar muerte a su cuñado y que también enviase tropas para asesinar a los infantes.

Leída la carta por Almanzor, se limitó a poner a Gonzalo Gustioz en prisión, pero sí envió a dos capitanes suyos con diez mil moros a emboscar a los infantes. Y aunque estos cumplieron en el combate como valientes caballeros, fueron todos muertos, así como más de doscientos caballeros que los acompañaban. Los moros cortaron las cabezas a los hermanos y a su ayo, Nuño Salido, y se las enviaron a Almanzor como prueba de que la misión había sido cumplida. Este se las mostró a Gonzalo Gustioz que cayó en doloroso llanto como buen padre, por lo que Almanzor conmovido le concedió la libertad. Pero cuando volvió a tierra cristiana fue de nuevo encarcelado por las malas artes y denuncias de Velázquez y Lambra ante el conde de Castilla.

Mas durante el tiempo que había estado preso, Zaida, hermana de Almanzor, había mantenido amores con Gonzalo Gustioz por lo que quedó encinta y parió un hijo que se llamó Gonzalo Mudarra. Este, ya crecido, fue en busca de su padre, lo liberó tras informar al conde de Castilla de todo lo ocurrido, mató a Ruy Velázquez y quemó a su tía doña Lambra en venganza por la muerte de sus hermanos...

Larga historia digna de una serie televisiva.

SUSO SE CONVIERTE EN YUSO POR UN NUEVO MILAGRO DE SAN MILLÁN.

Las fuentes narran cómo el rey de Nájera-Pamplona García Sánchez III, tras inaugurar en 1052 el Monasterio de Santa María la Real de Nájera, quiso enriquecerlo llevando a él los cuerpos de diversos santos de la comarca. Y en 1053 intentó llevar a dicho monasterio los restos de San Millán que reposaban en Suso. Dispuesto el traslado, los bueyes que tiraban de la carreta que trasladaba las reliquias se negaron a seguir avanzando al alcanzar el valle del río Cárdenas, por mucho que los boyeros porfiaron por hacerles seguir camino.

Y el rey García comprendió entonces que el buen santo no deseaba abandonar aquel lugar y ordenó construir un nuevo monasterio en ese lugar, el de Yuso. Hasta aproximadamente el 1100 coexistieron los dos cenobios, Suso y Yuso. El primero se mantuvo fiel a la regla mozárabe y, probablemente, permaneció como institución dúplice. Y el segundo entró en la disciplina benedictina desde sus inicios pasando lentamente a preponderar sobre Suso.

El primer Yuso fue románico y de él no queda prácticamente nada puesto que fue demolido íntegramente en el siglo XVI para levantar un nuevo edificio. Como la construcción se prolongó hasta el XVIII, muestra una amplia mezcla de estilos que van desde el renacentista hasta el barroco. Así a la nave de la iglesia se la considera gótico decadente, aunque el altar mayor ya se enmarca en el XVII. La decoración de la sacristía es claramente barroca mientras que el claustro, de doble planta, tiene la inferior gótica y la superior clasicista... Pero hay suficiente información disponible sobre la arquitectura de Yuso y obviamos una descripción en detalle que siempre pecaría de escasa.



Monasterio de Cañas

Pero sí tiene un punto de curiosidad la nave central del templo que describo. Como en otros lugares, es de difícil visualización porque está dividida por un coro que separaba en su época al pueblo de los monjes y personajes de alcurnia. A la plebe correspondía estar en el trascoro, aunque apenas pudieran ver el altar. En ese coro se da un fenómeno solar curioso porque durante los equinoccios de primavera y otoño, antes de la puesta de sol, un rayo ilumina el eje central de la

iglesia tras entrar por un rosetón y pasa justo por un «ojo» situado en la carpintería de la parte central del coro bajo que le permite llegar hasta el altar. Con lo que queda demostrada la ortodoxa orientación oeste-este de la iglesia del monasterio.

Yuso sufrió los avatares del siglo XIX. La invasión napoleónica y la doble expulsión de los benedictinos llevaron a la institución a un profundo abandono. Las tropas francesas saquearon Yuso y Suso arrancando las piedras preciosas y el recubrimiento de oro de la arqueta de San Millán, donde se guardaban sus reliquias, así como la mayoría de las placas de marfil que la cubrían. Prácticamente solo quedó el cofre de madera y el recubrimiento interno de tela. Pero en 1944, bajo impulso de los agustinos recoletos que repoblaron el monasterio, volvió lentamente a renacer para nuestro disfrute.

MONASTERIO DE SANTA MARÍA DE SAN SALVADOR DE CAÑAS

No muy apartado del Camino, a unos 7 kilómetros de Azofra, justifica sin duda una visita esta abadía de monjas cistercienses de San Bernardo, o de Castilla, situada en Cañas, La Rioja. Conocido como el Monasterio de la Luz, fue una de las primeras comunidades femeninas fundadas por el Císter en la península. Tuvo su origen en una donación de Lope Díaz de Haro, IV señor de Vizcaya, y de su esposa doña Aldonza realizada en 1169. Se construyó en tres etapas claramente diferenciadas: una románica de la que apenas quedan vestigios, otra gótica en la iglesia y sala capitular del siglo XIII, y la posterior final del siglo XVI. La estructura gótica de los grandes ventanales de la única nave de su iglesia está cerrada con planchas de alabastro, al estilo cisterciense, lo que dota a su interior de una luz lechosa muy especial justificando el apelativo de Monasterio de la Luz.

Pero quizás lo más destacado sea, aun sin ser demasiado conocido, un sepulcro gótico de comienzos del siglo XIV de la beata doña Urraca López de Haro, hija de los fundadores y hermana de Diego López II de Haro, el de Las Navas de Tolosa. Esta mujer vistió los hábitos desde muy joven y llegó a ser la cuarta abadesa de la comunidad. En su decoración, que representa el sepelio de la abadesa, vemos cómo se rompe ya claramente con la rigidez característica del románico...

Una monja portadora del féretro sonrío al visitante; los rostros de los monjes que acompañan al sepelio parecen pertenecer a personas reales y no obedecen a un patrón uniforme; hay también plañideras y monjes llorando con rostros muy expresivos... Pero sobre todo debemos fijarnos en el rostro de la abadesa, lo que no es fácil por estar demasiado alzada para el visitante. No nos muestra el hieratismo clásico de un fallecido. Antes bien, sonrío ligeramente lo que debió ser absolutamente novedoso para su época... La muerte es tan solo un tránsito a otra vida más grata, ese es su mensaje.



La abadesa doña Urraca nos sonrío desde la eternidad

En el particular museo de la abadía quedan amplias huellas de la obsesión por las reliquias de santos y mártires del medioevo. En particular llaman la atención los cráneos de algunas de las once mil vírgenes, Santa Úrsula y sus compañeras, quienes se negaron a entregarse a la lascivia de Atila y sus hunos. Y también impactan dos herraduras que dicen llevaba el caballo que utilizó Santiago en la batalla de Las Navas de Tolosa porque, según algunos, el apóstol también estuvo presente en aquel encuentro...



DE SANTO DOMINGO DE LA CALZADA A BELORADO

Y seguimos el Camino entrando en Santo Domingo de la Calzada. En su escudo figuran un castillo y un león por aquello de la autonomía; una encina y una hoz; un gallo y una gallina y finalmente un puente que, por sí mismos, serán nuestra guía a lo largo de las próximas páginas.



Concatedral de Santo Domingo de la Calzada

Su historia es simple. En el siglo XI era tan solo un pequeño burgo que se concentraba en torno a una iglesia y un hospital edificados por un tal Domingo, del que a continuación hablaremos largo y tendido. Y la villa estuvo bajo el gobierno de la iglesia hasta 1250, fecha en la que pasó de abadenga a realenga, es decir, que mutó a estar bajo la

administración del rey. Para entonces la población ya había crecido a lo largo de la senda que llevaba desde la entrada a la villa hasta la catedral porque, con tan solo echar un vistazo a los planos, se puede ver que es claramente un pueblo más del Camino de Santiago por la estructura de sus calles. Este crecimiento se produjo en base al impulso dado por Alfonso VIII a finales del siglo XII mediante la concesión de fueros, pues quiso a la villa como puntal de desarrollo en el valle del Oja.

Las murallas que hoy pueden verse fácilmente al recorrer sus calles son bastante posteriores a su creación porque se levantaron en los siglos XIV y XV. El sarraceno ya estaba lejos por aquel entonces, pero las frecuentes guerras de Castilla con Navarra guardaban peligro y había que defenderla. En el siglo XVI llegó a tener unos 3.000 habitantes porque se había ido convirtiendo en centro comercial y de servicios de la región, liderazgo que aún mantiene en nuestros tiempos en que ya cuenta con unos 6.700 habitantes.

SANTO DOMINGO DE LA CALZADA

Su nombre original era Domingo García y nació en Vitoria de Rioja, hoy provincia de Burgos, en el 1019. Y murió exactamente cien años después en el pueblo que lleva su nombre. Era hijo de Ximeno y de Orodulce, bonito nombre, y desde muy joven decidió consagrar su vida a Dios. Pero no consiguió tomar los hábitos porque lo rechazaron en San Millán de la Cogolla y en la abadía de Santa María de Valvanera a pesar de que mostraba grandes cualidades. Quizás por ellas lo hicieron acólito de San Gregorio Ostiense, un obispo italiano que había venido a predicar a la península. Y a la muerte de este decidió asentarse como eremita en la vega del río Oja al tiempo que ayudaba a sus semejantes. Durante esta etapa fue testigo de los sufrimientos de los peregrinos, de los abusos que sufrían por parte de todos y de los asaltos que padecían en una ruta que aún era peligrosa por ser tierra de nadie en algunos tramos. Así que se decidió a construir un nuevo camino desbrozando el terreno con la sola ayuda de una pequeña hoz, según la tradición. Y, no contento con ello, también levantó un puente sobre el Oja, un hospital y un templo. Esa nueva calzada atrajo a los peregrinos, con lo que su persona y su obra comenzaron a ser conocidas. Incluso el Códice Calixtino precisa que hizo personalmente el trazado que hay entre la ciudad de Nájera y Redecilla del Camino.

Su fe y su entusiasmo arrastraron la voluntad de los poderosos. Alfonso VI, tras apoderarse de La Rioja en 1076 de manos de Nájera-Pamplona, se interesó por su obra. Y no solo por sus connotaciones solidarias, sino porque suponía un vector repoblador de aquellas tierras, generaba riqueza y asentaba a comerciantes, labriegos y artesanos, lo que propiciaba el desarrollo. Hacia el año 1090, con la ayuda ya de su discípulo Juan de Ortega, puso en marcha la construcción de un templo dedicado a San Salvador y Santa María donde habrían de reposar sus restos y sobre el que, años después, se construiría la catedral. Su tumba se hizo en plena calzada peregrina y, al construir el templo actual, se decidió invadirla para incorporarla al templo, lo que se percibe claramente sobre el terreno porque el camino se desvía al llegar a este punto por taparlo la iglesia.

Nada más morir el santo, el burgo pasó a llamarse de Santo Domingo y las leyendas comenzaron a ensalzar su figura. Leyenda es el relato de que el Niño Jesús quiso ser cogido en brazos de Santo Domingo para atravesar el río Oja y leyenda son los numerosos milagros y portentos relacionados con el eremita, siendo el más conocido el del gallo y la gallina.

LA TEMIBLE HOZ DE SANTO DOMINGO DE LA CALZADA Y EL MEDIOAMBIENTE.

En el escudo de la ciudad de Santo Domingo de la Calzada figuran no sólo la célebre y universal pareja del gallo y la gallina, sino también una encina y una utilísima hoz que el Santo empleó en dos ocasiones concretas a lo largo de su vida. Cuentan que cuando el santo se hizo eremita fue a vivir a un lugar donde había un bosque y un palacio en ruinas propiedad de los Reyes de Nájera. El bosque se llamaba La Ayuela y estaba poblado de «encinas tan fructíferas, tan copiosas y tantas que por ellas se llamaron las orillas de este río la Glandera», aunque hoy se llama Glera. Dado que en aquel bosque se escondían muchos forajidos que asaltaban a los peregrinos, lo roturó con su hoz echando a tierra «las encinas robustas, los robles crecidos burladores de dilatados años, como si fueran secas espigas».

Después construyó la calzada de los peregrinos, y también un puente con la madera derribada. Y más tarde decidió levantar un hospital con la piedra de sillería del arruinado palacio, pero volvió a necesitar

madera y entonces la pidió a los habitantes del lugar. Esta vez los locales le negaron el permiso porque apreciaban lo poco que aún quedaba de su bosque, pero el santo les propuso que le permitieran cortar sólo los árboles que pudiera usando su hoz de segar trigo, la misma hoz que había usado con anterioridad. Le dieron el permiso y al día siguiente comprobaron desolados que el bosque había desaparecido derribado por la temible hoz. Entonces pretendieron matar al santo, ¡qué menos!, pero este les recordó que lo había hecho contando con su permiso y los del pueblo tuvieron que acatarlo a regañadientes.

Hoy en día, por aquello de que nos encanta reescribir la historia, el Ayuntamiento de La Calzada decidió en 2008 replantar «180 encinas de cierta envergadura» en donde se suponía que estuvo aquel bosque, abrumados como estaban los calceatenses por la imperiosa necesidad de paliar el desastre ecológico perpetrado ocho siglos atrás por un extraño asceta que no respetó el entorno. ¡Santo Domingo los proteja!

UN GALLO Y UNA GALLINA

También cuentan la historia de una familia alemana que quiso peregrinar a Santiago de Compostela en el siglo XIV. Eran solo tres personas: el padre, la madre y el hijo, Hugonell, del que no está clara su edad aunque rondaría los dieciocho años.

Haciendo el Camino, aquella familia llegó un día a Santo Domingo de la Calzada donde se hospedaron para pasar la noche. En la posada servía una joven que se enamoró perdidamente de Hugonell a primera vista, el típico flechazo... Pero el chico no estuvo por la labor de complacer los ardorosos deseos de la muchacha y, aunque fue acosado por la arriscada fémica, la rechazó. La chica no pudo soportar el despecho y la consiguiente vergüenza de ver sus ansias fallidas por lo que, a fin de vengarse, decidió acusar a Hugonell de un delito.

Para ello ocultó en el zurrón del joven una copa de plata. Y, cuando al día siguiente el joven y sus padres decidieron partir, se presentaron en la posada unos alguaciles que habían sido avisados por la chica. Registrado el equipaje, descubrieron en el zurrón de Hugonell la copa de plata. El castigo para los ladrones de la época era la horca y los padres angustiados no pudieron hacer otra cosa que rezar a Santiago porque no había otra salida. Pero de nada les valió porque el castigo

se cumplió y el joven fue ahorcado. Sin embargo, cuando los padres se acercaron al inerte cuerpo de su hijo para despedirse de él antes de seguir el viaje, Hugonell les habló y les anunció que seguía vivo por la gracia del santo.

Los padres corrieron a contar toda la historia al corregidor, quien en ese momento estaba disfrutando de la comida y a punto de tomarse un buen plato de aves de corral. La autoridad pensó que la pareja alemana le estaba tomando el pelo y, entre mofas, les aseguró que su hijo tenía tanta vida como el gallo y la gallina que estaba a punto de comerse. Y en ese momento las dos aves de corral saltaron del plato del corregidor y se pusieron a cacarear como si no hubieran sido cocinadas. Ante tan milagrosa prueba, el corregidor tuvo que hacer caso a las peticiones de la familia alemana y liberó al joven.



Columna de la girola en la catedral. El rey David.

Esta leyenda del gallo que revive para salvar a algún ajusticiado existe también en otros países y, con frecuencia, están ligadas al Camino de Santiago. Particularmente nos afecta por su proximidad la del **Gallo de Barcelos**. Relata la historia de un peregrino gallego que cuando salía de Barcelos –ciudad portuguesa del distrito de Braga– para peregrinar a Santiago de Compostela, fue acusado de haber robado a un terrateniente, e inmediatamente condenado a la horca. Como última voluntad pidió ser llevado ante el juez, quien se encontraba en aquel momento comiendo un gallo recién asado. Y el peregrino le aseguró que, como prueba de su inocencia, el gallo se levantaría y

se pondría a cantar si lo colgaban, pero el juez lo ignoró y ratificó su ahorcamiento. Y como había vaticinado, en el preciso momento en que estaban colgando al gallego, el gallo se alzó de la cazuela y cantó. Y el juez corrió entonces a la horca para descubrir con asombro que el ajusticiado se había salvado gracias a que el nudo corredizo estaba mal hecho.

Mas la leyenda no acaba ahí porque el peregrino volvió años más tarde para esculpir el llamado crucero del Señor del Gallo donde se describen los hechos y que actualmente se encuentra en el Museo Arqueológico de Barcelos. Tanto caló la leyenda que hoy cualquiera puede comprar en las tiendas de recuerdos de Portugal una pieza característica de su cerámica tradicional, un colorido gallo, que rememora al famoso de nuestra historia de Barcelos.

LA CATEDRAL DEL SALVADOR DE SANTO DOMINGO DE LA CALZADA

El templo se construyó a lo largo de cinco siglos, aunque sus partes más características son su base románica tardía y la posterior ampliación gótica en naves y claustro. La primera iglesia se levantó a finales del siglo XII por el mismísimo Domingo, pero no queda nada de ella salvo la referencia documental de que el solar fue donado por Alfonso VI. El templo actual arrancó pocos años después, unos cincuenta, y sufrió una construcción lentísima a lo largo de casi seis siglos por razones de inestabilidad política y carencias económicas. Tampoco haremos, como en anteriores casos, una descripción detallada de ella porque existe suficiente información disponible y de fácil acceso. Pero sí destacaremos algunos de sus puntos singulares.

De la parte románica nos ha quedado el ábside central junto a un deambulatorio o girola que rodea el presbiterio. Parte de sus columnas están decoradas, y en una de ellas, dando cara a la nave central, podemos ver el rey David tocando un rabel. Del otro lado destaca un árbol de Jesé en el que aparecen antepasados de Jesucristo y que está rematado con la particular figura de un Dios Paternitas que sostiene a Jesucristo niño como en el Pórtico de la Gloria. Y en el remate del capitel algunos ven una clara referencia al Apocalipsis de San Juan a través de las figuras esculpidas de veinticuatro ancianos.

Desde el siglo XIV, el brazo sur del crucero acoge el sepulcro del santo ermitaño, Domingo. Aymeric Picaud en el Códice Calixtino ya recomendaba su visita a los peregrinos. La que hoy vemos consta de tres partes claramente diferenciadas: una primera del primer tercio del siglo XIII que corresponde a la efigie yacente de Santo Domingo, la caja sepulcral del siglo XV de gran riqueza iconográfica y finalmente un baldaquino de estética goticista a pesar de que se construyó ya en el XVI.



Parte central del Tríptico de la Anunciación. (Joos van Cleve)

En ese mismo lado del crucero y dando cara a la tumba, se encuentra el famoso gallinero donde el romero podrá contemplar a un gallo y una gallina de plumaje blanco que pasan allí felizmente sus días en recuerdo del milagro de Hugonell. Y para los amantes de los animales hay que añadir que son rotados con frecuencia, con lo que su enclaustramiento es temporal y no sufren, eso dicen.

Merece también la pena contemplar el sepulcro plateresco de Pedro de Carranza, que fue protonotario y maestrescuela de la Catedral de Burgos, obra de Felipe Vigarny. Pero, en mi opinión, es muy conveniente dedicar el tiempo adecuado a un **tríptico de la Anunciación de Joos van Cleve** que se encuentra en el museo catedralicio. De magnífica factura, es un óleo sobre tabla de escuela flamenca de principios del XVI y muestra a la Virgen en un entorno palaciego, muy lejos del que probablemente pudo disfrutar. Está leyendo un libro situado sobre un atril que queda protegido por un paño del roce. Lo que no es extraño porque en aquellos tiempos los libros se protegían así para preservarlos de cualquier uso torpe. Aparece también el clásico

búcaro con lirios, símbolo de pureza. Y un perrillo blanco echado en el suelo que simboliza la lealtad. Tras ella se nos muestra la ciudad de Amberes con exacto detalle, según los expertos.

El arcángel Gabriel está cubierto por una capa pluvial, atavío de las grandes celebraciones litúrgicas, y porta una vara como mensajero de Dios. En el lado izquierdo aparece San Juan con un fondo de la ciudad de Roma. Y en el lado el lado derecho tenemos a San Jerónimo como monje golpeándose con una piedra en el pecho. Tras él, aparece el monasterio y la cueva donde anduvo retirado.

En el exterior llama la atención el ábside románico porque presenta una rica decoración en sus canecillos. También la portada oeste de la catedral porque, aunque no muestra decoración alguna, se cubre con un nártex extremadamente sólido que confirma la idea de que la iglesia formó en tiempos parte de las defensas de la villa. La razón estuvo en las continuas disputas mantenidas entre Navarra y Castilla por la posesión de estos territorios, de tal forma que el templo se reforzó estructuralmente. Incluso dicen que existe un pasillo de ronda, otras fuentes hablan de dos, a la altura de cubiertas que permitía recorrer el perímetro de la iglesia con rapidez dando agilidad a su defensa.

La torre de la Catedral, «la Moza», se encuentra separada del edificio y fue levantada en el siglo XVIII. Es barroca, tiene sesenta y nueve metros de altura y resulta ser la heredera de otras tres anteriores. La primera románica desapareció con la expansión del templo. Le sucedieron dos gemelas, pero una quedó destruida por un rayo y la otra se derrumbó a consecuencia de la erosión de aguas subterráneas. Y entonces tuvieron que buscar un terreno firme donde asentar a la que hoy vemos, y lo hallaron a unos pasos del templo, de ahí la separación.

LA CRUZ DE LOS VALIENTES

Dejamos atrás Santo Domingo de la Calzada atravesando un puente sobre el río Oja que dicen guarda entre sus modernos pilares a los que primitivamente levantó el santo. Y enseguida el romero se interna en el campo por senderos cómodos para ir a buscar, algunos kilómetros más allá, una vía de servicio de la Autopista del Camino salvando grandes pero suaves lomas. En lo alto de una de ellas está la conocida

como «Cruz de los valientes» que llama la atención de cualquiera por sus respetables dimensiones.

Cuando pasé por ella solo conocía que había sido alzada para conmemorar la paz lograda, allá por el siglo XV, tras un enfrentamiento habido entre la poderosa Santo Domingo de la Calzada y el pequeño vecino pueblo de Grañón por la posesión de unas tierras sin mayores detalles. Pero me chocó que un tema en principio frecuente y vulgar –¿cuántos pueblos de España han resuelto a palos desacuerdos de este tipo?– hubiera dado lugar a un hito en forma de cruz de tan importantes dimensiones. De regreso del Camino busqué con mayor ahínco y fruto una respuesta más completa, y entonces tropecé con una curiosa historia que merece la pena ser transcrita.



La Cruz de los Valientes

Cuentan que tras varios enfrentamientos entre los mencionados pueblos por causa del uso de una dehesa rica en encinas situada entre ambos –hoy no queda un solo árbol–, llegaron al acuerdo de elegir a una persona de cada lado para enfrentarse en combate y el vencedor conseguiría las tierras para su municipio. Y se firmó con un apretón de manos que la pelea se celebraría en la mañana de San Juan sin otras armas que el propio cuerpo.

Durante los meses que faltaban cada pueblo preparó a su adalid. Santo Domingo eligió a un luchador con gran experiencia en altercados de

todo tipo al que alimentaron y cuidaron con los mejores manjares y atenciones. Y Grañón apostó por un fuerte y joven agricultor llamado Martín García, que por ser hijo de viuda llevaba el timón de toda su familia. Pero siendo más pobres solo lo pudieron alimentar con caparrones –alubias– y habas. Al tiempo que el muchacho hubo de seguir con su trabajo habitual en el campo.

Llegado el día del combate, Martín García acudió a la cercana Ermita de Carrasquedo en compañía de su madre para pedir a la Virgen la victoria para su gente. Y, confiando en ella, se presentó en el palenque para combatir vistiendo solo calzas y peales. Pero su contrario apareció desnudo y con todo el cuerpo cubierto de grasa excepto las manos. ¡Trampa!, gritaron los grañoneros. Pero, como los de Santo Domingo les ganaban en número, tuvieron que callar mientras Martín García, confiado, les aseguraba que la Virgen de Carrasquedo le ayudaría.

Empezó el combate y después de muchos lances ganados siempre por el de Santo Domingo por la imposibilidad de Martín de asir a su rival, nuestro héroe halló un hueco por donde hacer presa... Justo allá donde la espalda pierde su casto nombre. Y, tras introducir uno de sus poderosos dedos en el ano del contrario, por fin pudo asirlo, levantarlo por encima de su cabeza y arrojarlo con gran fuerza lejos del palenque. Aseguran que el de La Calzada jamás se levantó, no sé si por el agravio sufrido o por los daños físicos encajados. Y Martín García rechazó cualquier premio de los de su pueblo y tan solo pidió que, a partir de ese momento, se le tuviera en cuenta en las oraciones durante la misa de los domingos de por vida.

Actualmente, durante el mes de agosto, ambas poblaciones se unen en romería ante la gran cruz de madera que conmemora los hechos para disfrutar de una caparronada en recuerdo de aquellos que evitaron problemas mayores, como hubiera sido una guerra entre ambos. Y malicio que el afán por describir solo lo educadamente correcto mantuvo tapados los detalles de esta historia durante bastante tiempo, aunque hoy ya se la describe con todos sus particulares matices en las redes sociales.

A renglón seguido el Camino avanza por tierras altas, lo que permite divisar el Paso de Pancorbo a unos veinte kilómetros de distancia en día claro. Probablemente este desfiladero formó parte de una primera vía peregrina que evitó el paso por La Rioja por ser zona insegura hasta que llegó Sancho III el Mayor quien fijó la ruta que hoy recorremos.

Más adelante atravesamos Grañón, el del triunfo, pasando ante la portada de la Iglesia de San Juan, la del valiente Martín. ¿Seguirán rezando por su alma durante la misa de los domingos?

REDECILLA DEL CAMINO

«Radicella», como la denomina el Códice Calixtino. Pueblo mínimo que da muestra de su orgullo y brillo de otros tiempos a través de un sólido rollo jurisdiccional que, situado a su entrada, da fe de su soberanía a la hora de impartir y ejecutar justicia. Por cierto, ya estamos en Castilla. A unos metros del rollo aparece una fuente peregrina, o al menos santiaguista, que sospecho no es muy antigua porque está bien conservada.

Más adelante se pasa ante la Iglesia de la Virgen de la Calle, famosa por su pila bautismal, la más elogiada del Camino. Pero dicen que es difícil verla porque habitualmente el templo está cerrado. En mi caso, la pila ni siquiera estaba porque la habían llevado a la exposición de «Las Edades del Hombre», de lo que se lamentaban amargamente en un bar de las cercanías.

–Para una cosa que tenemos de valor, cogen y se la llevan.

Y es que no hacemos caso a los pequeños pueblos.

VILORIA DE RIOJA

Aquí nació Domingo García, el santo de la Calzada. Situado en un alto, como es costumbre y casi vicio en tantos lugares, me sorprendió al llegar el que sus casas estuvieran envueltas en multitud de pancartas y letreros reivindicando la reconstrucción de la casa natal del santo. Me acerqué a ella por curiosidad... Y debo confesar que hay que tener una gran fe y seguridad documental como para defender que, tras aquella cerca de maderos, el montón de piedras dispersas y algún muñón de pared ruinosa eran sin dudar la casa del santo.

En mi opinión, creo que su gran problema reside en que aun llamándose el pueblo «de Rioja» se encuentra situado en la provincia

de Burgos... Y, a pesar de ser la patria chica de Domingo de La Calzada, no encuentra forma de que alguien dé satisfacción a sus demandas porque me imagino la trastienda: Castilla-León no querrá invertir en un santo riojano y La Rioja no querrá invertir en un pueblo castellano. Así que, ¿quién pagará la recuperación de la casa del santo?

Tras Vitoria, pasamos primero por Villamayor del Río para abrimos paso finalmente hacia Belorado sin grandes novedades que reseñar. Fin del tranco, posada y fonda.



DE BELORADO A LAS PUERTAS DE BURGOS

El origen de Belorado es celta, pero luego fue romana y finalmente se configuró como villa de un cierto porte en la Edad Media por estar en frontera entre Castilla y Navarra. Su apogeo económico llegó al ser cruce de caminos entre el valle agrícola y la sierra ganadera, ya que se encuentra en el paso natural del Valle del Ebro a la Meseta. Y para controlarlo se construyó a comienzos de la Reconquista un castillo, hoy en ruinas, sobre un cerro a cuyo pie se trasladó la población de los alrededores para protegerse. Hoy del castillo apenas queda un murallón terroso desde el que dicen que se divisa una bella panorámica.

Como curiosidad histórica, fue plaza fuerte y señorío del Cid, porque el conde Fernando, hijo de Sancho III el Mayor, al que se suele llamar primer rey de Castilla aunque no sea exacto, se la entregó como dote al casarse con Jimena.

LA LEYENDA DE SAN VÍTORES. BELIFORANO DESTACADO Y SANTO INDESTRUCTIBLE.

San Vítores nació en Cerezo de Río Tirón, en el siglo IX, a unos pasos de Belorado. La leyenda dice que se dedicó a la vida religiosa y fue ungido sacerdote. Pero, al cabo de poco tiempo, decidió hacerse ermitaño y excavó con sus propias manos una cueva en una peña parecida al cerro de Malpica que dejamos atrás en Nájera. Y allí permaneció durante una década acompañado por siete ascéticas doncellas que también excavaron sus propias cuevas en las cercanías

a las que llamaron las Siete Fenestras. Entonces Abd al-Rahmán II, emir de Córdoba, envió un ejército comandado por Gaza para sitiar a Cerezo de Río Tirón, que estuvo así cercada durante siete años. Durante todo ese tiempo Vitores rezó porque se acabara el asedio hasta que un domingo, mientras estaba orando, un ángel se le apareció y le ordenó que fuera a Cerezo a predicar para mantener fuerte la fe cristiana de sus desdichados habitantes. Y San Vitores obedeció.

Decidido a todo, también se dedicó a predicar entre los soldados del ejército musulmán logrando convertir a varios de ellos. Y alguno le debió decir que los sarracenos iban a asaltar las peñas donde se encontraban las Siete Fenestras, por lo que corrió al lugar y derribó las escalas que los soldados ya habían dispuesto para asaltar a las doncellas. Este valiente hecho asombró a los propios musulmanes, incluida una hija de Gaza llamada Coloma que se convirtió al cristianismo por su valiente ejemplo.

Entonces Gaza, encolerizado, degolló a su propia hija por traidora y apóstata y mandó apresar a Vitores. Llevado a su presencia el ermitaño obró un milagro porque curó al jefe musulmán de sus problemas de vista, ya que al parecer estaba medio ciego. Y Gaza, agradecido, decidió no matarlo aunque lo mantuvo retenido en su campamento. Pero como Vitores continuaba predicando a sus huestes lo acabó encerrando en un calabozo. Aun así no calló y siguió con su apostolado, ahora dirigido a sus carceleros. Y los musulmanes, enfurecidos, lo sacaron de la celda para degollarlo.

Vitores pidió entonces una última gracia, ser crucificado. Y así se hizo, pero para pasmo de todos resultó que tres días después aún seguía vivo. Y cuentan incluso que durante uno de esos días un judío se le acercó para burlarse de su sufrimiento, y Vitores le auguró que sería castigado por ello antes de que llegara la noche. Y esa misma tarde el judío cayó fulminado por un rayo.

Como no se moría, Gaza ordenó que lo bajaran de la cruz y lo degollaran. Pero antes se le concedió una nueva gracia que pidió: que quería visitar Quintanilla de las Dueñas, hoy en día Quintanilleja, no se sabe exactamente por qué razón. Una vez en dicha localidad, los musulmanes le cortaron por fin la cabeza y donde cayó su sangre crecieron inmediatamente unos morales. Y añade la tradición que quien tomaba aquellas moras se sanaba de fiebres cuartanas y tercianas.



Ermita rupestre de Santa María de Tosantos

Pero Vitores no murió ni por esas. Ante el espanto de sus verdugos, tras la ejecución se levantó, tomó su cabeza bajo el brazo y se encaminó otra vez a Cerezo. Antes de entrar en la sitiada villa pasó por el campamento moro para ver a Gaza que quedó asombrado. Y luego, ya dentro de Cerezo, obró numerosos milagros. Y para desmoralizar a los sarracenos mandó cebar una vaca con grano y la obligaron salir a campo abierto. Los musulmanes la apresaron enseguida para comérsela y, al ver que su estómago estaba lleno de trigo, concluyeron que los habitantes de Cerezo estaban sobrados de provisiones. Así que, cansados y previendo un asedio interminable, levantaron por fin el cerco y abandonaron la ciudad. Pero Vitores no paró ahí y, ya sin prisas, escogió primero el lugar donde deseaba ser enterrado y solo entonces se decidió a morir...

Increíble, pero lo asegura la leyenda. ¿Hay quien dé más?

ERMITA RUPESTRE DE SANTA MARÍA DE TOSANTOS

Tras Belorado viene Tosantos y debo advertir al posible peregrino que el Camino esquivo el pueblo a su entrada para seguir directamente hacia Villambistia por la mano izquierda..., pero los del pueblo tapan esa flecha y colocan otra para forzarte a pasar por la villa. Solo si te interesa ver la ermita rupestre merece la pena el desvío. Y, si lo haces, mejor vuelve sobre tus pasos hasta la entrada para retomar el Camino

porque, en caso contrario, harás dos kilómetros por el estrecho arcén de la carretera que lleva a Burgos, lo que no resulta muy agradable porque hay tráfico abundante y hace la marcha peligrosa e incómoda.

En una mota de roca yesífera frente al pueblo se encuentra la ermita. La fachada que hoy vemos es moderna, pero en torno a ella son visibles un conjunto de cavidades excavadas que, dicen, no son accesibles. Al menos siete de estas cuevas se encuentran sobre la parte superior de la ermita y, siguiendo el cerro hacia el este, existen otras cavidades que son conocidas como las cuevas de los Arancones. Por tanto es razonable pensar que existió aquí una comunidad eremítica en la Alta Edad media, pues presenta similitudes con lo ya visto en el Monasterio de Suso. Con el tiempo se conservó en uso solo la cavidad principal que se transformó finalmente en iglesia parroquial. La arquitectura hoy visible obedece a una construcción de los siglos XVI a XVIII. La fachada está rematada por un campanario en espadaña y da acceso a una pequeña nave con crucero de apenas cien metros cuadrados.

UN PEQUEÑO PUEBLO BURGALÉS, VILLAMBISTIA

Villambistia es silencioso, cuidado y casi mínimo. Era noviembre y lo creí al principio deshabitado, pero luego me crucé con una persona con la que cambié unas palabras amables. Tenía ganas de charla y me dijo que era la dueña de un pequeño bar.

–En cuanto pasa octubre, se acaba el Camino –avisó–, de aquí a unos días cerraré.

¿Cómo se vivirá aquí el invierno?, me pregunté después. Sin duda es tierra de ascetas, me respondí. De regreso de la andadura busqué información sobre él. Y vi que en su escudo destacan dos vieiras y una fuente. Las primeras me indicaban que debió nacer y pervivir bajo la protección del Camino. Y lo segundo me sirvió para recordar la fuente existente en el centro de la villa. La destacan en su blasón porque una leyenda atribuye poderes al agua que mana de sus cuatro caños. Asegura que para recuperar la vitalidad y acabar con el cansancio del romero no hay nada mejor que remojar la cabeza en ella.

Humilde orgullo, alto honor. Dos vieiras, una fuente y un blasón... algún día regresaré a Villambistia.

ERMITA DE SAN FELICES DE BILIBIO Y DON ALFONSO VI, UN REY PRUDENTE

Tras pasar por Espinosa del Camino, este discurre entre sembrados y, si te descuidas o vas distraído, pasarás de largo ante una pobre ermita situada al borde. Dicen que, lo que queda hoy a la vista, es tan solo el ábside arruinado del desaparecido Monasterio de San Felices. Y que fue lugar importante porque aquí fue enterrado el conde de Castilla Diego Porcelos, fundador de Burgos. Dicen... y hay que hacer un gran esfuerzo para imaginarlo. Pero me viene bien citarlo porque, a socaire de San Felices –también llamado Félix, santo que vivió a caballo entre los siglos V y VI– podemos comentar la prudencia de un rey de León, don Alfonso VI.

Cuentan que San Felices fue un anacoreta de Bilibio, lugar hoy del municipio de Haro en La Rioja. Y que vivió durante años como anacoreta en los Riscos de Bilibio, donde hizo de maestro de San Millán de la Cogolla durante tres años antes de que éste se dirigiese a los montes Cogollanos a ser ermitaño. Falleció en el año 520 y fue enterrado en el monte de Bilibio, donde permanecían tranquilos sus restos hasta que, a mediados del siglo XI, García Sánchez III mandó construir el Monasterio de Santa María la Real de Nájera.

Tras esto, el rey quiso enriquecerlo trayendo a él los cuerpos de los santos de la comarca. Y para ello pidió la aprobación de los obispos de Pamplona, Álava y Burgos. Para trasladar el cuerpo de Felices recibió permiso del de Álava, quien hubo de viajar a los Riscos de Bilibio para abrir la sepultura, pues esa tarea solo le correspondía a él. Pero cuando el obispo la abrió, sintió que algo invisible lo separaba de golpe del túmulo mientras se le torcía la boca, a lo que siguió una fuerte tormenta. Estaba claro que el cielo se oponía al traslado. Todos huyeron, aunque el obispo conservaría la deformación de su cara de por vida, (¿un ictus?).

Pasaron los años y un abad del Monasterio de San Millán, llamado Blas, pidió que las reliquias de Felices fueran trasladadas a su monasterio dado que fue el maestro de Millán. Y para ello demandó permiso al rey Alfonso VI por ser el dueño de aquellas tierras. Y este le contestó:

«Paréceme padre Abad negocio grave y dificultoso inquietar ni mover el cuerpo de un Santo; pero porque

no parezca que soy contrario a tan justos deseos id con la bendición de Dios y si os place trasladad el Cuerpo de San Felices como lo deseáis y si en esto sucediese algún mal suceso o infortunio no se me cargue a mí la culpa que desde aquí me desligo a esta traslación».

El rey Alfonso se curaba en salud a la vista de lo ocurrido anteriormente con el obispo de Álava. Poco después el abad Blas, junto con doce monjes, se dirigió a la sepultura de Felices que se encontraba en una cuevecilla hecha a pico de cantero en el interior de una ermita. Rota la bóveda, encontraron un ataúd de madera que contenía el cuerpo. Y precisan que al descubrir el túmulo salió una exquisita fragancia, –el olor podría deberse a que antiguamente se enterraban los cuerpos con vasijas con aromas–, sin que sucediera nada más. Y el santo acabó por fin en Yuso sin nuevos sustos para nadie.

VILLAFRANCA, ANTESALA DE LOS MONTES DE OCA

En Villafranca de los Montes de Oca destaca la iglesia románica de Santiago el Mayor y, justo a su lado, el portón restaurado del antiguo hospital de San Antón hoy convertido en hotel, que antaño fue refugio de enfermos y de peregrinos asustados por el bandidaje que infestaba la zona. En la iglesia parroquial de Santiago topamos con una curiosa y enorme concha filipina que se utiliza como pila de agua bendita. Dicen que pesa algo más de setenta kilos y nadie sabe cómo llegó hasta allá.

Tras abandonar la población aguardan casi trece kilómetros de travesía entre pinares. Los primeros con duras pendientes, pero en cuanto vences el Puerto de la Pedraja todo queda reducido a falsos llanos sin apenas referencias destacadas. Los riesgos del romero en esta zona no eran exagerados porque el mismo Códice Calixtino –la tantas veces citada antigua guía medieval del Camino de Santiago– advertía que entre Villafranca y Burgos existía una cadena de elevaciones que interrumpía el deambular más o menos tranquilo de las primeras llanuras castellanas. Y añadía que, en esos llamados Montes de Oca, (de Auca), se apostaban bandidos dispuestos a todo por apropiarse de

la bolsa de los peregrinos incautos que viajaban con escasa protección. Y es que estaban despoblados dado el carácter fronterizo de las tierras situadas entre los reinos de Nájera-Pamplona y Castilla. Parece ser que se construyó algún pequeño hospital a medio camino que palió algo el mal paso, pero no queda huella de él. Y aunque los riesgos de robos disminuyeron con el tiempo, siguieron siendo peligrosos por su transitar abrupto durante años. Doménico Laffi, siglo XVII, un clérigo borgoñés émulo de Aymeric Picaud, dejó señalado en su libro, «Viaggio in Ponente a San Giacomo di Galitia e Finisterre per Francia e Spagna», que lo pasó mal durante su travesía porque se perdió. Y no murió porque pudo alimentarse con los hongos y setas que pudo recolectar en el bosque.

LA FUENTE DE MOJAPÁN Y ALGÚN MILAGRO MÁS

Durante la travesía de los montes tropezaremos con escasas referencias. Pero al poco de iniciar el ascenso al puerto de la Pedraja aparece una fuente que, a pesar de su humildad, figura entre los puntos más destacados por los peregrinos en el Camino. Debe su particular nombre, según narran las tradiciones de la zona, al hecho de que los peregrinos de la antigüedad descansaban y reponían fuerzas bebiendo de sus aguas y comiendo los duros mendrugos de pan de sus zurrones tras mojarlos en la fresca agua de la fuente.

Esta costumbre tiene también su parte de leyenda donde queda huella de un milagro. Cuenta que un grupo de peregrinos se quedó a hacer noche en Villafranca de Montes de Oca. Llevaban con ellos un zurrón compartido con mendrugos de pan seco como único alimento, tanta era su pobreza. Y al despertar por la mañana, descubrieron que faltaban el importante zurrón y también uno de los peregrinos. Salieron a buscarlo y finalmente lo encontraron en la fuente de Mojàpán exhausto y medio ahogado porque se había atiborrado a pan duro y no conseguía deglutir el bolo que se le había quedado atravesado en el gástrico. Lo ayudaron como pudieron y finalmente contó, cuando pudo hablar, que había intentado ablandar los chuscos mojàndolos en el agua de la fuente, pero cuando fue a hacerlo esta se secó de repente. A pesar de ello, y debido al hambre, intentó comerlos

machacándolos con una piedra y tomando sus migas. Pero se le hizo la bola que a punto estuvo de ahogarlo.

En vez de emprenderla con él a palos, los compañeros decidieron perdonarlo en honor al Apóstol como buenos peregrinos. Y en ese mismo momento la fuente comenzó a manar de nuevo.



Fuente de Mojaán

También el Códice Calixtino sitúa en ellos otro milagro. Relata que, en el siglo XI, un peregrino francés se casó y tras largo tiempo sin descendencia peregrinó a Santiago. Al regresar a su país logró un hijo al que puso de nombre Santiago. Y quince años después toda la familia, incluido el niño y varios parientes, volvieron a peregrinar. Pero el joven enfermó gravemente durante el viaje y murió en los Montes de Oca. El Calixtino relata que sus padres, «enloquecidos por su muerte, llenaban a manera de poseídos todo el monte y las aldeas con sus clamores y alaridos». Pero tras implorar la afligida madre a Santiago, el niño resucitó justo cuando lo iban a enterrar.

ERMITA DE VALDEFUENTES

Se encuentra prácticamente en el mismo alto de La Pedraja y Gonzalo de Berceo citó su entorno en algunos de sus versos describiéndolo como

«un prado verde y de flores bien poblado». El pobre y destartado edificio que hoy resta apunta a un gótico del siglo XIII, aunque se ve que ha sufrido transformaciones posteriores, y posiblemente formaba parte de la construcción realizada por unos monjes cistercienses que crearon allí un hospital de ayuda al peregrino. Desde los huecos de su ruinoso portalón pueden verse tres imágenes en piedra de Santiago, Santo Domingo y San Juan de Ortega, pero ya son modernas.

SAN JUAN DE ORTEGA

San Juan de Ortega es una pequeña población con apenas 30 habitantes censados que vive en torno a una capilla, un monasterio y unas pequeñas instalaciones hosteleras.

Debe su creación al constructor y religioso, Juan de Ortega, que nació en Quintanaortuño, provincia de Burgos, hacia el 1080 y murió en Nájera en 1163. Discípulo de Santo Domingo de la Calzada aprendió con él a construir puentes, iglesias y caminos y fue su brazo derecho. A la muerte de su maestro y con apenas treinta años peregrinó a Jerusalén, de la que regresó cargado de reliquias como era lo usual. Pero en la travesía de vuelta el barco estuvo a punto de naufragar por una violenta tormenta. Y viéndolo todo perdido se encomendó a San Nicolás de Bari; devoción que habría de constituir un eje de su vida porque, tras salvarse y asentarse en los Montes de Oca, le erigió una ermita en agradecimiento. En un principio aquello fue un sencillo refugio que servía para acoger a peregrinos y como casa para los amigos y familiares que le ayudaron en la construcción. Construcción que incluso tropezó con riesgos porque los bandidos de la zona no la querían allá y lo llegaron a amenazar de muerte. Aun así consiguió terminar la capilla hacia el 1120, aunque «a teja vana y mui pobre», y guardó en ella las numerosas reliquias que había traído de los santos lugares, entre ellas la de San Nicolás de Bari y algunas más conseguidas de Santiago apóstol.

De aquel núcleo inicial nació años después un monasterio, al que se acogieron monjes que se organizaron como canónigos regulares bajo la Regla de San Agustín. Pero no por ello cesó en su tarea constructora y a lo largo del Camino levantó puentes, restauró calzadas y ayudó a los peregrinos en diversos lugares. A su muerte, su cuerpo fue

trasladado a la capilla de San Nicolás de Bari, donde fue venerado inmediatamente como San Juan de Ortega, y la devoción por él fue creciendo con el tiempo hasta el punto de convertirse la capilla en lugar de peregrinación.

UNA REINA EN BUSCA DE UN HEREDERO VARÓN. JUAN DE ARAGÓN Y EL FINAL DE LOS TRASTÁMARA

Curiosamente, San Juan de Ortega acabó haciéndose famoso como abogado contra la esterilidad, lo que llevó a la reina Isabel la Católica a visitar el lugar en 1477 para rogarle que le diera un hijo varón. En 1478 se cumplió su deseo y la reina decidió llamar al niño Juan en honor al santo.



Monasterio de San Juan de Ortega

El príncipe tenía labio leporino lo que le impedía hablar correctamente. Además era tartamudo y de constitución endeble. Comía muy poco, vomitaba con frecuencia y a menudo se desmayaba, por lo que nadie apostaba demasiado por su suerte en los primeros años de vida. Pero salió adelante y cuando contaba cinco años ya tenía montada una pequeña corte en su alrededor formada por cinco amiguitos hijos de grandes de España con quienes, según cuentan, jugaba a gobernar. También añaden que era apacible de carácter, cortés y amante del arte, la poesía y la música. Con posterioridad llegó a formar corte en Almazán donde ejerció ciertas facultades de gobierno sobre la comarca como escuela para afrontar las más altas responsabilidades que el futuro le reservaba.

Con casi 19 años, casó en la catedral de Burgos con la archiduquesa Margarita de Austria, hija del Rey de Roma Maximiliano I de Habsburgo y de la duquesa María de Borgoña. Y, solo seis meses después de su boda, murió en Salamanca a consecuencia de unas fiebres. La leyenda atribuye su inesperado y súbito fallecimiento a la gran pasión que sentía por su esposa. Tanto así que muchos contemporáneos lo aseguraban sin dudarlo. Entre ellos el emperador Carlos I, quien advertía por carta a su hijo Felipe II, recién casado con su primera mujer, que la actividad sexual para un joven:

«Suele ser dañosa, así para el crecer del cuerpo como para darle fuerzas, y muchas veces pone tanta flaqueza el hacer hijos y quita la vida como lo hizo con el Príncipe Juan, quien venía a heredar estos reinos».

Realmente parece ser que no murió por desenfreno sexual sino por tuberculosis. Esto condenó a la dinastía de los Trastámara, que habían gobernado en España desde hacía dos siglos, a la desaparición. Porque tras la muerte de Isabel –la hija mayor de los Reyes Católicos–, la sucesión de Castilla y posteriormente de Aragón quedó en manos de la conocida como Juana «la Loca» y de su marido, el borgoñés Felipe el Hermoso. Un suceso que supuso la inesperada llegada de los Habsburgo a España.

LA CAPILLA DE SAN NICOLÁS DE BARI

Lo que hoy vemos es la heredera del edificio original que, dada su simpleza, sorprendió a Isabel la Católica durante su visita al monasterio en 1477 al considerarlo alojamiento indigno de los restos del santo. Y la reina no pudo más que exclamar al ver tanta estrechez:

–¡Que pobre cosa es esta capilla!

Y otro Juan de Ortega –no el santo–, que era provisor de Villafranca Montes de Oca y luego sería obispo de Almería, contestó así a su reina:

–Si vuestra Alteza lo manda, yo la mandaré hacer.

Y en efecto, así se cumplió. La nueva capilla es de una sola nave rectangular, cubierta con tres bóvedas que exhiben en sus claves las armas de los Reyes Católicos y las de Juan de Ortega, el provisor. Y la presencia de la granada en el escudo real hace pensar que su terminación fue posterior a 1492.

LA IGLESIA DEL MONASTERIO, UN BALDAQUINO GÓTICO ISABELINO Y ¿DÓNDE SE GUARDAN LOS RESTOS DEL SANTO?

La iglesia del monasterio de San Juan de Ortega es esencialmente un templo románico, aunque según se alza el edificio se nota el cambio lento al gótico. Tiene planta de tres naves, crucero y triple cabecera absidal, y fue construida en el último tercio del siglo XII solo hasta el crucero, para luego ampliarla a mediados del XV con un tramo más de naves. El exterior del templo es de gran sobriedad y su fachada es fruto de obras promovidas en el segundo tercio del siglo XV, por lo que quizás Isabel la Católica tuvo algo que ver en ella.

En 1464, don Pedro Fernández de Velasco, primer conde de Haro y Condestable de Castilla, deseaba engrandecer el sepulcro de San Juan de Ortega. Y para ello quiso trasladar el sarcófago con los restos del santo a la iglesia del monasterio desde la capilla de San Nicolás de Bari y erigir sobre él un rico baldaquino para prestigiar aún más al santo.

«E fué traydo un maestro»... «y mandó traer la piedra de Virviesca, porque era blanca»... «E el maestro que la fazía se ovo de yr, y la dexó por acabar, teniendo que se perdía, y en ella non ganaba; e así duró algún tiempo, que non se acabó, y por ende la obo de acabar otro».

En resumen, que hubo enfrentamiento con el primer contratista, cosa frecuente aun en el siglo XV. La obra la terminó otro y se concertó una fecha para trasladar los restos del santo, para lo que se debía contar con la presencia obligada del obispo de Burgos.

«pues él la avía de fazer ... e porque syn él no se podía fazer la dicha traslaçion..., e non osó, por quanto en este tiempo fue rebuelta toda Castilla, los Caballeros con el Rey; ca era el Obispo contrario del Rey..., y por tanto non osó, porque non fuesse preso ...»

Visto que el obispo, enfrentado a Enrique IV, no quería salir de Burgos por lo que pudiera pasarle, no se intentó el traslado hasta la muerte del rey en 1474. Y se hizo finalmente un traslado..., pero no de los restos del santo desde la capilla a la iglesia porque al final se opusieron los monjes a la vista de todo lo ocurrido alegando:

«que non era su voluntad del sancto de se mudar de allí»

Y como la montaña no iba a Mahoma..., el baldaquino fue trasladado a la capilla de San Nicolás de Bari.

Los restos del santo también dieron problemas porque dada su fama y la preocupación medieval por las profanaciones para conseguir reliquias y comerciar con ellas, se ocultó su ataúd de piedra sin labrar bajo cascotes y maderos en el suelo de la capilla. Y sobre él se colocó un bello sarcófago románico vacío y ricamente labrado.

«Esta sepultura creyemos que fué fecha e asy puesta, porque sy algunos quisiesen furtrar el cuerpo sancto, e catassen aquella, e non lo fallassen, que pensassen que non estaba allí».

A pesar de ello, la simpleza de su verdadero ataúd sorprendió a Isabel la Católica cuando lo abrieron en su presencia. Y, según la leyenda, la reina asistió en primera persona al milagro de que, al levantar la tapa, salió de su interior un enjambre de abejas blancas y aromas exquisitos, el «olor de santidad». Recordemos ahora lo ocurrido en parecidas circunstancias con San Felices de Bilibio.

Pero es este mundo todo cambia y nada permanece. Finalmente los tres sepulcros, el verdadero, el de pega para despistar a ladrones y el baldaquino que se encontraban todos en la Capilla de San Nicolás, fueron trasladados a la iglesia del monasterio en 1964 para librarlos de la humedad producida por una inundación... Y allí se les dispuso correctamente bajo el suelo de la nave con el baldaquino encima, y don Pedro Fernández de Velasco debió removerse contento en su tumba viendo sus deseos cumplidos...

Pero ahí no acaba la anécdota. En 2005, tuvieron que sacar otra vez el verdadero sarcófago y el de pega del subsuelo para colocarlos al nivel de la iglesia debido a una nueva inundación, esta vez en la iglesia del monasterio. Y allí siguen, de momento.

OTRO FENÓMENO EQUINOCCIAL, EL TRIPLE CAPITEL DE LA ANUNCIACIÓN

Existe en la iglesia del monasterio un capitel, el llamado de la Anunciación, donde además de contemplar la clásica escena del arcángel Gabriel anunciando a María, aparecen otras figuras no tan habituales en torno a este hecho.

Está decorado en tres caras. En su lado izquierdo vemos la escena de la Anunciación, y encontramos al Arcángel Gabriel arrodillado ante María en actitud humillada porque será la madre de Dios. La Virgen recibe el anuncio y queda admirada, pero acepta la voluntad divina mostrando sus manos abiertas hacia adelante. Le sigue inmediatamente la Visitación de la Virgen a su prima Santa Isabel, a la cual comunica que ya ha concebido en su seno a Dios. Las dos primas se funden en un abrazo al tiempo que Isabel pone su mano izquierda en el vientre de su prima para destacar el estado de María. Detrás se encuentra una sirvienta que podría haber acompañado a la Virgen en el viaje.



El triple capitel de la Anunciación

En la parte central está el momento culminante de la representación, el del nacimiento. En la parte inferior se encuentra la Virgen acostada en la cama mientras es atendida por dos parteras. María apoya la mejilla en su mano izquierda, como manifestando el dolor que siente. Y al mismo tiempo lo confirma al poner la mano derecha sobre su vientre. Encima está el pesebre sobre el que han colocado a un Niño Jesús ya nacido, al que dan calor una mula y un buey que asoman por detrás. Tres lámparas de aceite cuelgan de una tabla del techo, mientras una estrella brilla en el centro destacando el simbolismo de la luz de Jesús. Completa la escena San José sentado a la izquierda. Está como adormecido, en actitud ajena, a lo que se dan varias interpretaciones. Una podría ser señalar su carácter de padre putativo que no interviene en el nacimiento. Y otra es sugerida por la presencia de un ángel sobre su cabeza que parece aconsejarle que no repudie a su esposa porque su parto obedece a circunstancias extraordinarias.

El lado derecho muestra una epifanía, el anuncio a los pastores, apenas descrita por la presencia de un pastor y su rebaño, quien

escucha el mensaje de un ángel que le señala con el índice de la mano derecha hacia el nacimiento del Niño Jesús.

El capitel tiene la particularidad de que se ilumina a través del rosetón de la iglesia durante los equinoccios de primavera y otoño al caer la tarde. Y un rayo de luz lo recorre de izquierda a derecha comenzando con la escena de la Anunciación y terminando con la del Nacimiento para solaz de los espectadores... Las habilidades de los maestros mazoneros.

ENTRANDO EN BURGOS

Poco se puede describir de estos últimos kilómetros salvo que se pisan los campos de Atapuerca, famosos por su yacimiento arqueológico y, también, porque en ellos acabó Fernando, conde de Castilla, con la vida de su hermano García Sánchez III. Ahí empezó la ruina del reino de Nájera-Pamplona como ya describimos.

El camino resulta muy pedregoso al subir el alto de la llamada Cruz de Madera sobre la loma de Atapuerca, desde donde se divisa ya la capital. Pero a partir de ahí está mal señalizado y el peregrino se confunde fácilmente con tanto cruce de caminos y carreteras para acabar transitando por un ambiente primero industrial y luego urbano no muy motivadores antes de llegar a la cabeza de Castilla.



BURGOS, CABEZA DE CASTILLA

¿CÓMO NACIÓ CASTILLA?

Los orígenes de Castilla son desconocidos por el gran público y, en todo caso, nos llegan enmarañados con mitos y leyendas posteriores que encontramos enraizadas en el romancero castellano.

Dicen los que saben que el núcleo social original surgió entre la Cordillera Cantábrica y la Meseta Interior. Concretamente en los alrededores del Valle de Mena, a unos doce kilómetros en línea recta de Bilbao y a unos veinte de Vitoria. Región orográfica complicada y caracterizada por múltiples desfiladeros y montuosidades que conformaban un área de fácil defensa ante las acometidas de los musulmanes que venían desde el valle del Ebro. En todo caso, estas razias fueron pocas porque los sarracenos no valoraron mucho estas tierras por entonces. En sus inicios se las conoció como Bardulia o Bardulias, y como tal aparece en las primeras crónicas de los reinos medievales cristianos de la Edad Media de España.

Y Bardulia comenzó a crecer ampliando sus territorios, primero hacia el mar asentándose sobre la cordillera Cantábrica y luego hacia el sur. Los musulmanes trataron de controlarlos pero se encontraron, además de con un territorio abrupto, con que sus habitantes lo habían dotado de múltiples puntos de defensa en forma de pequeños castillos, poco más que torreones, que hacían muy complicado el progresar en su avance. Por eso dieron el nombre de Al-Qilá, los castillos, a aquella región, mientras que para los cristianos pasó a llamarse Castella Vetula, Castilla Vieja.

Dependía en sus inicios del reino de León que la consideraba su marca oriental. Y los leoneses, que se decían herederos de la monarquía

visigótica, miraban con un cierto desprecio a aquellos primeros castellanos por considerarlos toscos, sucios y mal vestidos. Y también por proceder de una etnia confusa porque estaban formados por un desordenado amontonamiento de hispano romanos desplazados de la meseta por los musulmanes; vándulos y caristios primigenios pobladores del actual País Vasco y de Navarra también desplazados de sus asentamientos por los vascones y la morisma; y en añadido cántabros, celtíberos y vascones sin romanizar. Nos cuentan los cronicones que llevaban mal la sumisión a los leoneses y decidieron que sus cosas legales serían vistas por jueces escogidos entre ellos mismos:

«Et los Castellanos que vivían en las montañas de Castiella, faciales muy grave de yr à Leon porque era muy luengo, è el camino era luengo, è avian de yr por las montañas, è quando allà llegagan asoverviavan los Leoneses, è por esta raçon ordenaron dos omes buenos entre si los quales fueron estos Muño Rasuella, è Laín Calvo, è estos que aviniesen los pleytos porque non oviesen de yr à Leon, que ellos no podian poner Jueçes sin mandado del Rey de Leon. Et ese Muño Rasuella era natural de Catalueña, è Laín Calvo de Burgos, è usaron asi fasta el tiempo del Conde Ferrant Gonçalvez que fue nieto de Nuño Rasuella»

Y siguieron creciendo y ampliando su territorio. A finales del siglo IX ya habían recibido el título de Condado otorgado por León, junto a otro nuevo que se creó en Álava. Habían rebasado la línea del Ebro y se habían asomado al valle del Duero, aunque todavía no habían ocupado Burgos... Su agresividad expansiva era muy superior a la de otros reinos cristianos.

A finales del siglo XI, Fernando, hijo de Sancho III el Mayor rey de Nájera-Pamplona, fue conde de Castilla por herencia y, luego, rey de León por matrimonio bajo el nombre de Fernando I. Y en su testamento dividió ambas posesiones, pero con la particularidad de que ya no mencionó en él a Castilla como condado sino como reino, pasando a ser su hijo Sancho –el asesinado luego en Zamora por Bellido Dolfos– el primer rey castellano a partir de 1065.

Finalmente en el siglo XII, ya convertida en reino, había absorbido parte del antiguo de León y se encontraba al pie de Sierra Morena. Y nos preguntarnos, ¿qué propició tan singular avance?, ¿qué diferenció a Castilla de León y de los otros reinos cristianos?

EL PORQUÉ DE LA FUERZA DE CASTILLA EN SUS PRIMEROS AÑOS DE EXPANSIÓN.

De la fusión de tribus y culturas diferentes acostumbradas al enfrentamiento, poco civilizadas y renuentes al sistema de vida romano-visigótico, surgió un conglomerado humano que se sentía libre porque supo aunar el trabajo en el campo con la profesión de las armas en defensa de su territorio. Ni los grandes linajes ni la Iglesia predominaron en esa Castilla naciente como lo hacían en León. Los castellanos elegían a sus líderes en las poblaciones porque eran **hombres de behetría**, y también a sus jueces para huir de la mediación leonesa.

Ese espíritu rompedor de las costumbres visigóticas alcanzó su culmen cuando Fernán González y su hijo García Fernández concedieron a aquellos campesinos libres la posibilidad de combatir a caballo, otorgándoles en promoción social la categoría de infanzones o hidalgos, y consiguiendo así una lealtad y decisión extrema ante el enemigo. Ahí nació la **caballería villana** y la fuerza de Castilla. Fuerza que se irá perdiendo tras la fusión con León al ir la corona primando los dominios jurisdiccionales y territoriales por influencia de la gran nobleza y de la Iglesia. Y al final acabó predominando el modelo viejo, aunque Castilla siempre permaneció vigilante y orgullosa de sus valores.

HOMBRES DE BEHETRÍA

El término procede del latín, benefactoría, y se dice que una behetría era «una población cuyos vecinos tenían derecho a elegir su señor». Y que lo hacían escogiendo a quien les hiciera mayor bien. Esta forma señorial se contraponía a las usuales de realengo, abadengo o a las solariegas. Y el labriego que las habitaba era considerado «hombre de behetría». Podían elegir directamente a su señor y pactar las condiciones de contrato en las que el elector ofrecía protección y organización social, mientras que los labriegos pagaban a cambio con ciertas prestaciones en forma de cargas y trabajos.

Hubo dos tipos fundamentales de behetría: aquella en que los campesinos podían elegir a su señor entre candidatos de cualquier

procedencia, y otra en que solo podían elegirlo entre habitantes de origen noble de su comarca.

Pero a lo largo de la Edad Media la behetría se fue deteriorando. Primero pasó a ser hereditaria, con lo que el campesino perdió la capacidad de elegir a su señor; y después perdió también la posibilidad de negociar las condiciones del contrato... El poder feudal clásico acabó triunfando, era demasiada libertad para la plebe.

Y hecha esta aclaración sobre el nacimiento de un reino que habría de vertebrar a España, y cuyas tierras venimos pisando desde Redecilla del Camino, ahora, nos disponemos a entrar en su histórica cabeza, **Burgos**.

«Burgos es de tan grandes mercaderes poblada que a Venecia y a todas las ciudades del mundo sobrepasa en el trato, así con flotas por la mar como por grandes negocios de mercaderías por la tierra...» (“Crónica incompleta de los Reyes Católicos”).

Pero veamos qué nos queda de aquellas prendas tan ensalzadas, aunque nos sea imposible relatarlas todas.

LA SANTA IGLESIA CATEDRAL BASÍLICA METROPOLITANA DE SANTA MARÍA.

Construida sobre una catedral románica de finales del siglo XI, se levantó en estilo gótico a inicios del XIII por iniciativa de Fernando III el Santo y del obispo Mauricio, quienes quisieron dar a la capital del reino castellano-leonés un templo acorde con su rango e importancia.

El obispo había estudiado en Francia y conocía ya las grandes catedrales góticas que serían el referente para la nueva obra. Y colocaron la primera piedra el día 20 de Julio de 1221 bajo la batuta de arquitectos y mazoneros franceses traídos a Burgos. La construcción fue muy rápida porque en tan solo nueve años se concluyeron el ábside, la cabecera y las naves de la girola con sus capillas absidales, quedando dispuesta para el culto en 1230 esa primera cabecera del templo. A partir de esa fecha se comenzó a derribar la catedral románica para dejar espacio a la nave del crucero junto a sus portadas. Y luego se inició la nave central y las laterales, que quedarían rematadas en 1260.

Tan solo 39 años, todo un record de construcción de una catedral. Pero el templo se siguió ampliando porque se construyó un claustro nuevo al lado de la nave sur de la girola en el último tercio del siglo XIII, se remodelaron las capillas absidales y se añadieron nuevas capillas desde finales del siglo XIV hasta el XVIII.



Catedral de Santa María

Solo resta añadir que tan magnífica obra es patrimonio de la humanidad. Y que forzosamente haremos una visita rápida señalando en ella tan solo sus partes esenciales y algunos detalles curiosos, porque guarda tantos tesoros el templo que su descripción detallada sobrepasa ampliamente las posibilidades de un vulgar peregrino.

LAS PUERTAS DE LA CATEDRAL.

Aunque posee alguna más, destacan en el edificio tres portadas.

La **Portada de Santa María** en la fachada oeste, la principal, que a su vez se divide en tres puertas que facilitan el acceso a cada una de las naves del templo.

La central, es conocida como Puerta Real o Puerta del Perdón, siendo llamadas las laterales como de la Asunción y de la Inmaculada. Fueron góticas en inicio, pero debido a su deterioro fueron desmontadas a

finales del siglo XVIII para ser rehechas. Según afirman, conservaron todos los detalles e imágenes que tenían las originales, pero virando hacia el neoclásico en la estructura. Destaca en el tímpano de la central una estrella de David, llamada también sello de Salomón por los simbolistas, que representa un signo protector común a varias culturas como el judaísmo, el islam, el cristianismo e incluso el hinduismo.

Es también “puerta del perdón”, denominación que se encuentra en diversos templos del Camino de Santiago, porque tienen una misión concreta para el peregrino. Si el romero llegaba en mal estado, enfermo, herido o sin fuerzas para continuar, le era dada por válida la peregrinación si accedía al templo por esa puerta y lo hacía saber a los responsables correspondientes.

La **Portada del Sarmental** es la sur y está alzada sobre el plano del terreno de acceso a la plaza donde se encuentra la catedral. Y es que la catedral está recostada en su eje este-oeste, en una media ladera que, como iremos viendo, forzó a sus constructores a realizar un fuerte desmonte en su lado norte y a terraplenar en el frente sur.

Por ella se accede habitualmente al templo tras salvar una amplia escalinata. Abierta en el brazo sur del transepto, o crucero, fue construida a inicios del siglo XIII y se la considera entre las más grandes del clasicismo gótico. Fue hecha por el Maestro del Beau Dieu de Amiens. Y en su tímpano aparece Jesús sedente como Pantocrátor mostrando el Libro de la Ley rodeado por los cuatro evangelistas en doble imagen, ya que los podemos ver como figuras icónicas al tiempo que representados a través del Tetramorfos, Y así encontramos a Juan con su águila, a Mateo con el ángel, a Marcos con el león y a Lucas con el toro. Pero lo más original de este tímpano, y de toda la portada, es que muestra a los evangelistas como monjes sentados delante de sus pupitres como si estuvieran en el scriptorium de un monasterio. Recordemos ahora a Suso y los apuros del monje Gonzalo de Berceo.

Debajo de ellos aparecen los doce apóstoles. Muestran sus cabezas con nimbos y además llevan un libro en sus manos. Están tratados de modo naturalista porque aparecen en posturas distintas, con los cuerpos girados y como si dialogaran unos con otros rompiendo así el hieratismo clásico de tiempos anteriores.

Todo el tímpano se rodea de tres arquivoltas que ocupan ancianos tocando o afinando instrumentos musicales medievales así como varios coros de ángeles. En la jamba central hay un obispo que es de talla moderna, dicen. Unos aseguran que representa a Mauricio, el

promotor junto a Fernando III del templo. Pero otros aseguran que es San Indalecio, uno de los siete varones apostólicos que cristianizaron la península y que, según la leyenda, creó la diócesis de Burgos en el siglo I... Y entonces uno se pregunta, ¿Burgos no fue fundada por Diego Porcelos a finales del siglo IX?

La **Portada de la Coronería o Puerta de los Apóstoles**, es la opuesta a la del Sarmental porque está situada en el extremo norte del transepto y ubicada varios metros por encima del nivel del templo. Es plenamente gótica, aunque los expertos dicen que se ven aún en ella secuelas del románico. Se realizó a mediados del siglo XIII por el maestro Enrique y fue reformada a finales del XVIII como puede notarse en el enmarque de su portón central.

Desde ella se accede a la Escalera Dorada y era la puerta de entrada clásica de los peregrinos. Pero, tras la remodelación citada del XVIII, el cabildo la clausuró porque soportaba un alto tránsito de burgaleses que la utilizaban para bajar por la Escalera Dorada a fin de salir por la del Sarmental sin tener que dar toda la vuelta a la catedral para alcanzar la parte baja de la ciudad. Y eso dañaba su cuidado.

Dicen que fue Napoleón el último en pasar por ella y descender por la Escalera Dorada para visitar el templo. Esto ocurrió durante su estancia en Burgos en 1808 cuando iba camino de Madrid para sofocar el levantamiento hispano tras la derrota de Bailén. La razón estuvo en que acababa de pernoctar en el palacio de Castilfalé, hoy archivo municipal, situado frente a ella... Además, nadie se hubiera atrevido a decirle al emperador que diera la vuelta y bajara a la del Sarmental como un común mortal por mucho que fuera regla del cabildo.

En el tímpano central aparece la imagen de Cristo Juez, con las marcas de la Pasión. Y a su lado se encuentran las figuras de la Virgen y San Juan en actitud orante. En los extremos y en el remate se disponen ángeles portando los elementos de la Pasión, una lanza y un látigo. En la parte baja, se sitúa la Puerta del Paraíso en la que San Miguel está pesando las almas. Al lado izquierdo, derecha de Dios, están aquellos que han logrado la salvación, entre ellos Fernando III el Santo y Beatriz de Suabia, y unos clérigos que podrían ser San Francisco y Santo Domingo. Al otro lado, se ubican los condenados que son conducidos violentamente por los demonios al infierno.

En los laterales se disponen las monumentales y sobrias esculturas de los Doce Apóstoles que dan nombre a esta puerta.

LAS AGUJAS DE LA CATEDRAL

Cuando Alonso de Cartagena, obispo de Burgos de 1435 a 1456, trajo un artista extranjero sabía bien lo que hacía. Quería una calidad artística nueva que no encontrara parangón en la arquitectura gótica española vista hasta entonces. Porque el gótico estaba cambiando y él lo sabía por razón de sus viajes por el área germana. Y nadie mejor que un arquitecto alemán, Juan de Colonia, para llevar a término su idea de modernización.

Este arquitecto introdujo en Burgos las formas avanzadas del último gótico alemán con matices flamencos que prestaba gran atención a la decoración. Por tanto, necesitó de mazoneros muy expertos venidos también de fuera y que acabaron formando escuela en la ciudad. Dicen que para levantar las agujas burgalesas se guio de unos planos confeccionados en principio para la catedral de Colonia y que nunca se llegaron a aplicar. Fuera lo que fuera, estos airosos estiletes alzados al cielo se acabaron de levantar en el mismo siglo XV.

EL CIMBORRIO

Es otro componente característico de la catedral de Burgos al que califican como la linterna más bella de todo el Renacimiento español y es imposible describirlo.



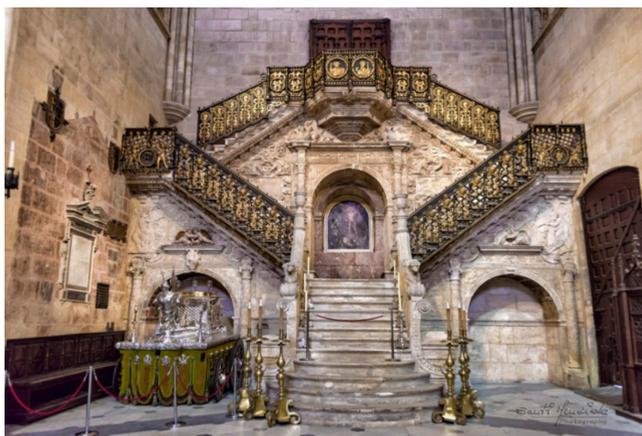
El cimborrio desde el interior

«Más parece obra de ángeles que de hombres» –afirmó Felipe II tras admirarlo.

Aquí el gótico y el renacimiento se dan la mano. Su estructura se levanta sobre cuatro columnas que apean en el crucero, y la que hoy vemos es la tercera alzada porque, inicialmente, solo existió una bóveda gótica rematando el crucero. Pero el obispo Acuña, sucesor de Alonso de Cartagena, decidió sustituirla para crear un gran cuerpo de luces mediante una linterna, y Juan de Colonia y su hijo Simón se pusieron manos a la obra finalizando esa primera linterna a finales del siglo XV. Pero cincuenta años después, 1539, se cuartearon los apoyos y todo se vino abajo, pero la reconstrucción comenzó de inmediato. Se consultó a los grandes arquitectos de la época, Vigarney, Gil y Diego de Siloé, y finalmente se concedió la dirección a Juan de Vallejo y Francisco de Colonia, nieto de Juan, que lo acabaron en 1568.

LA ESCALERA DORADA

Salvo que le informen previamente de la razón, el visitante no llegará a explicarse el porqué de este suntuoso elemento del lateral norte del crucero al observarlo desde el interior. Parece estar fuera de lugar, pero su función es bien simple: salvar los ocho metros de desnivel existentes entre el exterior, Portada de la Coronería o de los Apóstoles, y el piso de las naves del templo. Diego de Siloé la construyó en 1523 tras regresar de Italia. Y los expertos creen ver en ella huellas evidentes de realizaciones similares hechas por Bramante y por Miguel Ángel.



La escalera dorada

Es obra de finales del siglo XIII. Y tiene planta romboidal porque su deambulatorio presenta solo seis tramos de arcos en los lados oriental y occidental y siete en los lados norte y sur. Desde inicio tuvo una doble planta a fin de poder salvar el desnivel existente entre el templo, que queda aquí en alto, y el terreno hacia el sur. Destacan sus grandes ventanales, sobre todo en el claustro alto, y se considera tan señero su gótico como el del claustro de Pamplona. El bajo es menos esbelto y fue desde siempre cementerio de grandes personajes. Como tal se mantiene hoy en día aunque fue profundamente reformado a finales del XIX y principios del XX porque, según la opinión de los promotores, resultaba chaparro en relación al claustro alto. Así que rebajaron el suelo, con lo que hoy vemos que los sepulcros adosados a sus paredes quedan todos realzados.

Pero estos grandes templos presentan con frecuencia particularidades y curiosas huellas pretéritas que suelen pasar desapercibidas en el transcurso de una visita rápida. Veamos alguno de ellos:

UN ASNO RÍE DESDE EL DINTEL CENTRAL DE LA PUERTA DE SANTA MARÍA

No es fácil verlo y hay que situarse justo frente a la portada. Sí, la figura central muestra a un pollino sentado sobre sus cuarto traseros que parece estar en plena carcajada o quizás solo rebuznando. ¿Se burla de quienes asisten al templo?... Cualquiera sabe y no he encontrado la menor explicación entre los erudito de estas cosas. Solo puedo añadir que el asno siempre fue ensalzado como símbolo de la sabiduría humilde y que, incluso, se le llegó a considerar animal sagrado entre los griegos...

EL FAMOSO Y BIEN CONOCIDO PAPAMOSCAS Y EL MENOS CELEBRADO MARTINILLO

El Papamoscas es un autómatas existente en la catedral de Burgos que, a las horas en punto del reloj que lo acompaña, abre la boca al

tiempo que mueve su brazo derecho para accionar el badajo de una campana con el que toca las horas. Este autómata toma el nombre del pájaro conocido como papamoscas o cerrojillo, el cual mantiene la boca abierta en época calurosa a fin de atrapar a las moscas que buscan en ella la humedad.

Está situado en lo alto de la nave mayor, en el primer tramo de la basílica, cerca del trasdós de la portada de Santa María y a unos quince metros de altura. Se trata de una figura de medio cuerpo que se asoma sobre una esfera con un reloj. Viste al estilo cortesano del siglo XVIII, con una casaca encarnada con cinturón y con los cuellos, bocamangas y hombreras de color verde. Los rasgos de su rostro son rufianescos y muestra una partitura en su mano derecha. Con esta misma mano empuña la cadena del badajo de la campana.

A la derecha del Papamoscas para el observador, a menor altura y en menor tamaño, se sitúa en un balconcillo otro autómata llamado Martinillo que se encarga de señalar cada cuarto de las horas con dos campanazos de sonido más agudo que los del Papamoscas. Para ello mueve los brazos y acciona sendas campanas que lo flanquean. Y suele ocurrir que el visitante está más pendiente del Papamoscas que del Martinillo por lo que, si no conoce el cometido de cada cual, no entiende por qué al llegar los cuartos no se mueve el primero aunque suenen campanas.

LA CAPILLA DE LOS CONDESTABLES

La catedral muestra casi una veintena de capillas. Pero sin duda la más destacada es esta, a la que muchos expertos califican como una catedral dentro de la catedral por causa de sus dimensiones y la riqueza de su decoración. Está edificada sobre la primitiva capilla central de la girola de la catedral, lo que da idea de la importancia de sus promotores al conseguir lugar tan exclusivo. Fue encargada por los Condestables de Castilla, don Pedro Fernández de Velasco y doña Mencía de Mendoza y Figueroa –hija del marqués de Santillana–, para que sirviera de panteón familiar. El cargo de Condestable equivalía por aquellos años al antiguo de Alférez Mayor del Reino y detentaba el mando supremo del ejército.

Don Pedro –del que ya hablamos al pasar por San Juan de Ortega a cuenta del famoso baldaquino– había gastado los últimos años de

su vida en un continuado esfuerzo por conseguir la conquista de Granada y volvió bastante maltrecho de ella. Al retomar las riendas de su casa hubo de quejarse a su mujer de los elevados gastos incurridos por ella durante su ausencia, y esta le respondió:

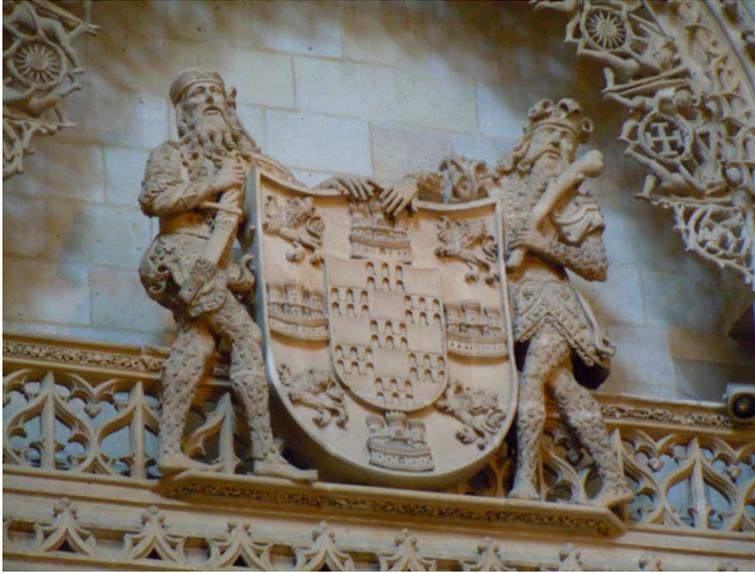
«Ya tenedes señor palacio nuevo en que posar, bosque en que folgar, y capilla en que vos enterrar»

Así que don Pedro hubo de callar ante tan sólidos argumentos, y el destino lo condujo a hacer un uso temprano de la capilla porque falleció al poco tiempo.

Su arquitectura lleva la firma de Simón de Colonia, quien comenzó las obras en 1482. Es gótica tardía con transición al aún temprano renacimiento, y posee una magnífica bóveda estrellada, octogonal y calada que la ilumina magistralmente. Contiene hoy día los sepulcros de los condestables fundadores y también algunos otros sepulcros góticos que pertenecían a la primitiva capilla, llamada de San Pedro, y que los condestables quisieron respetar en el mismo lugar al construir la suya.

Pero aquí no acaban sus particularidades porque ahora deberemos prestar atención a dos figuras situadas sobre las columnas que enmarcan la entrada a la capilla: dos **hombres salvajes**. El término hace referencia a un ser imaginario de aquella época –medio hombre, medio bestia– que se caracterizaba por estar completamente cubierto de vello y que se suponía que vivía en los bosques. Y se les solía resaltar su presumible enorme fuerza acompañándolos con una gran maza o un grueso bastón. Su presencia en imágenes se extendió por toda Europa en el medioevo, tanto en la escultura como en la iluminación de códices. E incluso apareció como malvado personaje en novelas de caballerías, casi siempre raptando a una bella doncella que habría de ser liberada por un apuesto caballero.

¿Por qué están aquí? Simplemente para dar idea simbólica del poder de los Fernández de Velasco que incluso sojuzgaban a tan peligrosos personajes... Y no solo los muestran a su servicio en la entrada, centinelas del acceso, sino que también los representan como tenantes –sostenedores– de su escudo de armas frente a sus sepulcros... Tan solo un matiz más, el escudo de doña Mencía está sostenido por dos mujeres salvajes, dos «tenantas», porque la simbología de género se inventó hace ya mucho.



Catedral. Escudo del Condestable con dos tenantes. El hombre salvaje

Después del descubrimiento de América en 1492 desapareció la imagen de este salvaje europeo, y se sustituyó con parecidos fines por la de los nativos americanos, solo que estos pasaron a aparecer desnudos y sin pelo corporal.

Y nos quedan dos pequeños, por el tamaño, detalles más en esta capilla. De un lado, el observador atento verá otra **minúscula cabeza de asno** rematando un segundo escudo de doña Mencía de Mendoza y Figueroa situado en el muro. ¿Paciencia y fortaleza para soportar a don Pedro?... Todo pudiera ser, que en esto de los símbolos hay mucho mensaje oculto, según dicen.

Y también en el muro veremos un pequeño cuadro que representa a **María Magdalena**, y cuyo rostro dicen que recuerda sin duda alguna al de la Gioconda de Leonardo da Vinci. El misterio queda aclarado cuando se conoce que el autor de la obra es Giovanni Pietro Rizzoli, discípulo predilecto de ese pintor.

EL COFRE DEL CID

Está en una pared de la Capilla del Corpus Christi. Y la leyenda afirma que, al ser Rodrigo Díaz de Vivar exiliado por orden de

Alfonso VI, tuvo una urgente necesidad de fondos con los que pagar a los trescientos caballeros de su mesnada. Y para ello consiguió un préstamo de unos judíos burgaleses dejando como prenda un cofre que, según él, contenía las joyas de su casa.

Rodrigo, después de recibir el préstamo, desapareció inmediatamente de la ciudad con sus hombres. Y los judíos, mosqueados, revisaron entonces el contenido de la prenda y vieron que dentro no había más que piedras y arena... En el Poema del Mío Cid se justifica tan deshonesto engaño manifestando que este fue un castigo ejemplar que les infringió el Cid a causa de su codicia desmesurada. ¡Menos mal que el buen Cid era un espejo de caballeros!

EL AZAROSO TRASIEGO DE LOS RESTOS DEL CID Y DE DOÑA JIMENA.

El Cid murió en 1099 y fue enterrado en la catedral de Valencia. Pero en el 1102 los almorávides reconquistaron la ciudad y, por respeto a tan alta figura, permitieron que doña Jimena abandonara la urbe con sus restos sin profanarlos para que fueran conducidos al monasterio de San Pedro de Cardeña en las afueras de Burgos.

Según las crónicas del cenobio, tras su llegada quedó expuesto el cadáver al público sentado en un taburete de marfil, siendo muy visitado por el público. Pero tras estar de cuerpo presente durante unos años, al Cid se le cayó parte de la nariz, y el abad decidió no mantenerlo a la vista por más tiempo, «**puesto que está feo**», y lo enterraron junto a su mujer Jimena, que ya había fallecido por entonces.

Y parece ser que a lo largo del siglo XII, e incluso del XIII, se mantuvo en el monasterio un cierto culto ensalzador del Cid. Se visitaba su tumba, también la de su corcel Babieca, se admiraba el taburete de marfil donde quedó sentado su cadáver, un ajedrez que le perteneció... Dicen que fue ensalzado casi como si fuera un santo. E incluso se le achacaron hechos medio milagrosos como el ocurrido años atrás, cuando aún estaba expuesto su cadáver, que aseguraba que un judío logró entrar solo en el monasterio para intentar tirar de la barba al Cid Campeador, lo que suponía un gran insulto. En ese instante, la mano diestra del Cid se deslizó hacia su espada y la comenzó a extraer

de la vaina, por lo que el judío huyó entonces despavorido. Dicen que luego se convirtió al cristianismo...

Pero llegó la francesada en 1808, y Cardeña fue asaltado y la tumba profanada por la soldadesca invasora. Un escritor admirador de la figura del héroe, Vivant Denon, cogió los restos del suelo y los entregó al gobernador francés de Castilla la Vieja, de quien dicen que los tuvo durante unos meses guardados bajo su lecho para mejor custodiarlos. Finalmente ordenó construir un túmulo en el paseo del Espolón de Burgos para su preservación definitiva, aunque parte de ellos fueron entregados al Príncipe de Hohenzollern que los llevó a su castillo de Sigmaringen en Alemania...

Vencidos y huidos los franceses, el túmulo fue destruido tras su retirada y los restos llevados a la Casa Consistorial de la ciudad tras un nuevo breve paso por San Pedro de Cardeña. Incluso los Hohenzollern devolvieron su parte en 1882...

Finalmente, en 1921, encontraron refugio definitivo, por ahora, en la catedral de Burgos. El traslado se hizo con gran pompa y contó con la presencia de Alfonso XIII. Y allí yacen nuestro héroe y su amada Jimena bajo una lápida cuya leyenda fue redactada por don Ramón Menéndez Pidal en un latín algo particular, en mi opinión, donde dice:

*«Rodrigo Díaz Campeador, muerto en Valencia en 1099.
A todos alcanza honra por el que en buena hora nació.
Jimena, su esposa, hija de Diego, conde de Oviedo, nacida
de estirpe real»*

Don Ramón tradujo lo de «Campeador» como «Campidoctor», y dejó constancia de que me resulta extraño el palabro..., aunque cualquiera le lleva la contraria a don Ramón.

OTRAS COSAS DEL CID. LA TUMBA DE BABIECA.

En la explanada situada frente a la fachada principal del monasterio de San Pedro de Cardeña hay un monolito con una leyenda alusiva al caballo Babieca. Dice la tradición que allí fue sepultado el corcel del Cid, y añade que su fiel criado, Gil Díaz –un faquí valenciano que se había convertido al cristianismo–, había cuidado de él tras su muerte.

Durante ese tiempo lo utilizó como semental para que pudiera crear una progenie audaz y guerrera, con lo que sus descendientes podrían encontrarse hoy entre nosotros. Gil Díaz lo enterró frente a la puerta del monasterio y plantó dos olmos para señalar el lugar. Y dicen que esos olmos son los mismos que aún siguen en la explanada. Con el tiempo también murió Gil Díaz y, de acuerdo con su voluntad, le enterraron junto a Babieca.

¿Cierto o falso?... En 1948 el duque de Alba financió una excavación en ese lugar, pero no se encontró nada.

EL CRISTO DE BURGOS

Esta imagen se encuentra en una capilla, a la que da nombre, que fue construida en parte sobre restos de la catedral románica primigenia. Produce un gran impacto su visión por mostrarse llena de llagas, heridas y moratones que sin duda tienen por fin exaltar las huellas del sufrimiento físico de la pasión. La piel percutida y grisácea de la imagen aparece surcada por unos largos hilos de sangre tan bien imitados que parece que estén manando del cuerpo.

La tradición mantenía que fue hecha por un tal Nicodemus, un escultor judío que habría reflejado en la talla la imagen vista por él mismo de Cristo muerto antes de bajarle de la cruz. Y añadían que se encontró milagrosamente dentro de una caja de madera hallada en alta mar. Y que no era de piedra ni de madera, sino que consistía en una piel humana rellena con arte y cuidado por su creador. Teófilo Gautier se apuntaba a esta interpretación y, allá por 1840, precisaba:

«Los cabellos son reales, los ojos tienen pestañas, la corona de espinas es de escaramujo y no le falta ningún detalle».

Los análisis que se realizaron hace unos años, han permitido confirmar que el pelo y las uñas de la escultura son naturales. La imagen, realizada en madera contra lo que mantiene la leyenda, está articulada y cada una de esas articulaciones está cubierta de piel curtida de animal, posiblemente de vacuno, igual que la herida del costado con lo que consigue incrementar su realismo. Es muy venerada por los burgaleses y se le atribuyen innumerables milagros. De ella se realizó una única copia autorizada para los agustinos de

Sevilla a finales del siglo XVI, pero un siglo después esa imagen fue llevada a Lima, Perú, donde permanece actualmente.

LA CAPILLA DE LOS ROJAS

Constituye una muestra de la importancia que tenía el ser enterrado en lugar sagrado y destacado, y lo mucho que se peleaba por ello. Ambición humana entendible que, además, debía aportar pingües rentas al cabildo.

En el siglo XIV, esta capilla gótica estaba dedicada a Santa Catalina de Alejandría, a la que se puede ver aún en pintura mural bastante ajada. Y en ella estuvieron los sepulcros de la fundadora, D^a María de Rojas, y los de sus hijos, Rodrigo, Diego y Martín, tallados en madera y policromados. Pero posteriormente fue transformada y reconvertida en la capilla de San Juan de Sahagún, quedando solo de la gótica inicial las bóvedas de crucería y el fresco de Santa Catalina porque se hicieron desaparecer los sepulcros de los fundadores. De ellos solo queda esta leyenda en el muro:

Entre este pilar y las
gradas yacen los cu
erpos de unos cavalle
ros de la familia de
los Roxas

«Sic transit gloria mundi», el negocio de los enterramientos en lugar sagrado. No hay que fiarse de los cabildos catedralicios a la hora de establecer compromisos de esta naturaleza, en cuanto pasan algunos siglos...

UN SANTIAGO PEREGRINO EN EL CLAUSTRO, Y UN PAR DE ESTELAS NOS DAN PISTAS SOBRE LA INFLACIÓN EN EL SIGLO XIII Y UNA TRANSACCIÓN ECLESIAÍSTICA EN EL SIGLO XVII.

Bajo un Santiago peregrino, que encontramos en el claustro adosado a una pared, hay dos estelas que nos hablan de un tal Pedro Sarracín

que fue sacerdote castellano y deán de la catedral de Burgos. Procedía de una familia de ricohombres burgaleses y fundó el hospital de San Lucas hacia 1262 para acoger a peregrinos.

¿Qué tuvo que ver con la inflación? Aparece Sarracín en referencias suscribiendo una carta remitida al papa Juan XXI en 1277 solicitando que relajara al rey Alfonso X el Sabio del juramento que hizo de no acuñar moneda baja de ley. En aquella época, los dineros de curso corriente se fabricaban con una aleación de cobre y plata conocida con el nombre de vellón. La ley teórica en plata debía ser del cincuenta por ciento, pero era frecuente que la corona recurriera a un truco bien simple: se tomaban monedas originales, se las fundía para alearlas con más cobre y se las volvía a acuñar en la misma forma... Con lo que salían muchas más, tantas como permitía la dilución hecha con la plata. De este modo se aumentaba la masa monetaria en beneficio del rey, pero también crecía la inflación a medio plazo y, sobre todo, se engañaba al sufrido pueblo... En resumen, lo de siempre. Eso sí, por entonces se solicitaba el perdón del papa, ahora ni siquiera eso.

En sus memorias testamentarias, Sarracín fijó que todas sus propiedades se dedicaran al mantenimiento del hospital de San Lucas para atender a los peregrinos, dejando la responsabilidad de la gestión al cabildo... Pero en el siglo XVII esas propiedades fueron trasvasadas al propio cabildo de la Catedral a cambio de dos misas diarias y una solemne la víspera y el mismo día de San Lucas, así como una limosna para los expósitos. Todo en memoria de Sarracín y, eso sí, con permiso de la autoridad eclesiástica. Está visto que los pactos están para romperlos.

BEATO LESMES, HIJO DE BURGOS, ABOGADO DEL DOLOR DE RIÑONES.

Otro punto curioso de la catedral se encuentra en un sencillo sepulcro adosado a un muro donde reza lo indicado en el encabezamiento. No, no hace referencia a San Lesmes, el patrón de Burgos. Incluso se duda que esta persona fuera un beato porque no se ha encontrado traza de tal honor en los libros sacros. Pero, aun así, encontró acogimiento en la catedral a su muerte por haberse ganado el respeto y cariño de los burgaleses, en mi opinión, de forma muy merecida.

Dicen que fue un sacerdote que se dedicaba a hacer cestos que vendía en el mercado. Pero ahí no acababa su trabajo porque con lo conseguido en la venta compraba alimentos que seguidamente repartía entre los pobres. Por el mucho trabajo que realizó cargándolos y caminando para repartirlos a lo largo de su vida, acabó con problemas en columna y riñones y por eso es invocado aún hoy por quienes padecen de ello. Murió a inicios del s.XIII.

SANTA GADEA DE BURGOS

Está cerca de la catedral y aunque no presente un gran interés monumental, sí supone un hito en el romancero castellano del que conviene dejar referencia actualizada.

El relato difundido por la tradición cuenta que Rodrigo Díaz de Vivar, el Cid Campeador, obligó a Alfonso VI, rey de Castilla y de León, a jurar que no había tomado parte en el asesinato de su señor, el rey Sancho II, que fue asesinado ante los muros de la ciudad de Zamora en el año 1072. La ciudad se hallaba entonces en manos de su hermana, la infanta Urraca, con la que Sancho mantenía importantes diferencias porque protegía los intereses de Alfonso; quien a su vez se hallaba refugiado en la taifa de Toledo. Y de todo aquel lío nos quedó un romance descriptivo de unos hechos que comienza así:

*En Santa Gadea de Burgos
do juran los hijosdalgo,
allí toma juramento
el Cid al rey castellano,
sobre un cerrojo de hierro
y una ballesta de palo.
Las juras eran tan recias
que al buen rey ponen espanto...*

No existen datos históricos que avalen que ocurriera esta jura que, de haber sido cierta, habría supuesto un difícil y ofensivo trago para Alfonso VI. Los expertos afirman que este relato surgió como leyenda hermosa, pero aun así leyenda, a partir del siglo XIII. ¡Ay con los juglares y trovadores! Pero ahí está Santa Gadea, Águeda, con su halo de misterio, donde según el romance un fiel vasallo defendió lealmente la memoria de su difunto señor aun a costa de caer en desgracia ante el nuevo rey.



DE BURGOS A CASTROJERIZ

Abandonamos Burgos dejando muchos monumentos por ver, pero sería inconcebible emprender de nuevo el Camino hacia el oeste sin antes pasar por el Real Monasterio de Las Huelgas de Burgos, que también tiene que ver con él y con Santiago.

REAL MONASTERIO DE LAS HUELGAS DE BURGOS

El monasterio pertenece hoy a la congregación de monjas cistercienses de San Bernardo y fue fundado en 1187 por el rey Alfonso VIII de Castilla y su esposa Leonor de Plantagenet que, cosa rara, formaron una pareja muy unida. Muestra del afecto que se tuvieron es que Leonor murió de amor, dicen, veinticinco días después del fallecimiento de su esposo.

Adelantada a los tiempos, la reina Leonor puso su mayor empeño en conseguir que las mujeres pudieran alcanzar los mismos niveles de mando y responsabilidad que los hombres al menos dentro de la vida monástica. Y batalló hasta conseguirlo del papa Clemente III, de forma tal que las abadesas de Las Huelgas llegaron a disfrutar de una autonomía y poder tan elevados que estuvieron por encima de la curia episcopal y dependían directamente del papa. En lo terrenal fueron dueñas de un señorío territorial y jurisdiccional enorme que incluyó también a otros monasterios femeninos, entre ellos al que ya vimos de Cañas. Estos privilegios se mantuvieron intactos hasta el siglo XIX, en que fueron suprimidos por el papa Pío IX, pasando el monasterio a perder su independencia curial para satisfacción de alguno. Las dos primeras abadesas, Misol o Mariasol y Constanza eran hijas de los reyes fundadores.

Hasta tal punto fue poderoso en lo terrenal que llegó a levantar suspicacias entre los reyes de Castilla y León por ser, en la práctica, un pequeño estado dentro del estado. Y como medida prudente introdujeron en la dirección del monasterio la figura de la “Infanta Señora”, hija de los reyes o emparentada directamente con ellos, tercera persona que junto a la abadesa y la priora regían los destinos de la institución. Su misión era simple, escuchar lo que sucedía en los capítulos y defender, si era necesario, los intereses de la Corona ante cualquier medida contraria a ellos.



*Monasterio de Santa María la Real de las Huelgas
(Vista desde el compás de dentro)*

Panteón real de Castilla llegó a tener más de doscientas monjas. Y al ser todas ricahembras de las más acrisoladas casas castellanas y leonesas, tenían permiso para ser acompañadas por una hermana lega que le hacía las veces de criada. Fácil es imaginar las dimensiones físicas que llegó a alcanzar la institución. Aquello debió llamar la atención, y finalmente se limitó el número de profesas a ciento ochenta, siempre pertenecientes a la más alta nobleza.

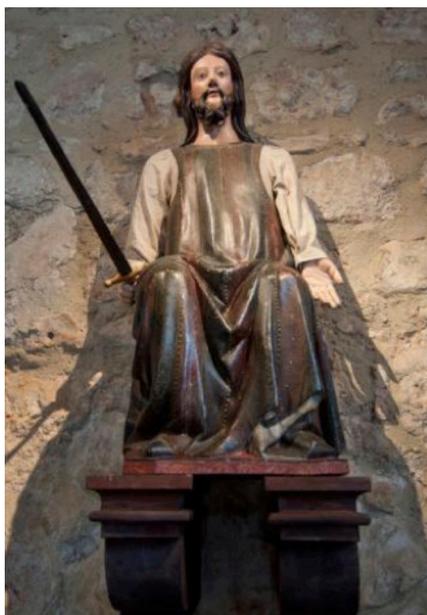
Por cierto, la denominación de Las Huelgas no proviene de holgar, de divertirse o pasarlo bien, porque hubiera sido impropio de un monasterio. Procede de que los terrenos que otorgó la corona para su construcción eran terrenos «huelgos», sin utilidad, de poco o nulo aprovechamiento. Porque al estar situados muy cerca del cauce del

río Arlanzón se inundaban con facilidad y solo permitían el pasto de algún ganado en época de primavera.

Su visita es imprescindible y no vamos a describirlo, pero centrémonos ahora en su relación con Santiago.

SANTIAGO DEL ESPALDARAZO

Fuera del núcleo cenobítico, aunque integrado en el recinto del monasterio de Las Huelgas, se encuentra la entrada a una capilla donde curiosamente vamos a encontrar una imagen de nuestro Santiago dentro de un entorno mudéjar.



Santiago del espaldarazo

Con ella se dio solución a un grave problema: ¿cómo investir caballeros al rey y a los infantes? Las reglas militares de este rito fueron establecidas por Alfonso X el Sabio y según las normas de la caballería medieval sólo un superior podía armar a un aspirante. Pero la Iglesia fue tomando lentamente el control de la ceremonia, lo que tenía un claro riesgo intrínseco porque implicaba lealtad del novicio hacia quien lo armaba. Entonces los reyes, para evitar el sometimiento caballeroso a la Iglesia, recurrieron unas veces a investirse a sí mismos, como fue el caso de Fernando III el Santo, o simularon ser

armados caballeros por una autoridad superior no terrenal. En el caso de Castilla, por el Apóstol Santiago, ¿quién mejor?

La imagen que vemos en la capilla es del siglo XIII y se confeccionó articulada para que, en la ceremonia de armar caballeros a reyes o infantes, fuese el santo quien les diese el espaldarazo y el pesconazo, y no otro caballero ni autoridad religiosa.



De Tardajos a Rabé, libéranos dominé...

Grandes y lujosas ceremonias tenían lugar en Las Huelgas con tal motivo. Y se cuenta que, tras velar los aspirantes sus armas durante toda la noche, el rey llegó a armar a cien caballeros en una sola ceremonia. Y también fue armado caballero en la iglesia del monasterio Eduardo I de Inglaterra –el Zanquilargo– por el mismo Alfonso X, con ocasión de su matrimonio con la hermanastra del rey, Leonor de Castilla. Matrimonio que, al parecer, resultó muy unido y feliz siendo bendecido con numerosos hijos. Realmente, las grandes ceremonias de armado de caballeros tenían lugar ante el altar mayor de la iglesia del monasterio porque la capilla carecía de espacio suficiente para tan grandes mesnadas, y seguramente se trasladaba la imagen de Santiago hasta la iglesia para que estuviera presente.

TARDAJOS

Se atraviesa esta población tras dejar atrás Burgos a unos diez kilómetros. Y la destaco porque es una de las pocas que venimos recorriendo que vio aumentado sus habitantes en los últimos años

debido a su cercanía a Burgos. Tiene hoy cerca del millar de personas y, según las crónicas, fue primero celta y romana, se despobló durante la invasión musulmana y resurgió en el siglo IX bajo el reinado de Alfonso III al formar parte de una línea de defensa que trazó el monarca entre Burgos y Castrojeriz siguiendo la cuenca del Arlanzón. De todo aquello solo queda la iglesia de la Asunción de Nuestra Señora, que muestra una característica común a los templos que encontraremos en días venideros. Más parecen fortalezas sólidas y rudas que lugares de devoción. Y de esta se conoce en particular que está situada sobre un pequeño altozano donde estuvo un antiguo castillo.

En una de sus plazas, el pueblo muestra un mapa de España con el Camino resaltado. Y como no podía ser menos dado nuestro destino, la piedra es granito rosado, de la variedad conocida como Rosa Porriño, así que gallego.

RABÉ DE LAS CALZADAS

Al salir de Tardajos, enfilamos hacia el llamado Cerro del Castro del que apenas quedan restos. El terreno se muestra llano y sin peligro y, sin embargo, causaba temor entre los peregrinos hace siglos. Decían los antiguos peregrinos:

de Tardajos a Rabé,
¡libéranos Dominé!
y de Rabé a Tardajos
no te faltarán trabajos

¿Por qué razón? Por causa de la bendita agua. Pero no tan bendita para el pobre romero del medioevo que debía atravesarla chapoteando en barro y charcos tanto a la ida como a la vuelta. Las causas básicas eran dos. Por un lado, durante el Terciario toda la zona comprendida entre estos pueblos fue un lago de notable extensión y escasa profundidad que se fue colmatando con el paso del tiempo, dejando una amplia llanura con la capa freática localizada a muy poca profundidad. Y, por otro lado, la presencia de los ríos Úrbel y Carrión que la atraviesan no contribuía a facilitar el desagüe en época de lluvias y deshielos... Aquello se convertía en un pantano en cuanto caían cuatro gotas, ¡pobres peregrinos! Las posteriores obras modernas de canalización y saneo de la llanura la han convertido hoy en un vergel agrícola, pero la leyenda del chapoteo permanece.

Tras salvar este teórico mal paso, topamos con Rabé de las Calzadas, llamado así por confluir en ella antaño varias calzadas romanas. Estuvo protegido el pueblo por un castillo, el del Cerro del Castro, hoy desaparecido, y poco se sabe de su historia salvo que tuvo raíces romanas. Su iglesia, la de Santa Marina, patrona del lugar, muestra una portada románica en la que ya se apunta el arco anunciando un próximo gótico. Y muestra el simbolismo de los zigzagados y dientes de sierra, que nos enlazan con el románico anglonormando, y que se supone representan la fuerza purificadora de las aguas y los altibajos continuos que supone toda progresión espiritual.

Al atravesar el pueblo topamos con una fuente ornamental algo escondida entre floridos arbustos. Y enseguida piensas, ¿la hizo Gaudí? Pues no. La conocen como la **fuentes Salaguti**, pero dado su estilo y aspecto bien podría pasar por una obra del genio catalán. Es surrealista y al tiempo fantástica, difícil de encasillar, y se debe a la imaginación de un escultor autodidacta contemporáneo enraizado en la zona, Carlos Salazar Gutiérrez –de ahí lo de Salaguti– que tiene su casa museo en el vecino pueblo de Sasamón.

Dado su estilo y aspecto, causa sorpresa el encontrarla en un pueblo castellano recio y adusto. Pero ahí no acaban las artísticas sorpresas de Rabé. A la salida hay algunos grafitis, casi frescos, de grandes dimensiones de excepcional realismo y calidad realizados con técnica serigráfica. Uno de ellos parece representar el Camino a través de una pareja de romeros que contempla la Vía Láctea, también aparece un pastor y unas ovejas y, al tiempo, muestra retratos de Einstein, Ghandi y Luther King. ¿Su significado último? ¿El Camino es vía de paz? No he podido saberlo, que cada uno interprete.



Rabé de las Calzadas

En su proximidad, marcando la vía correcta, pude ver la flecha amarilla más grande hasta ahora encontrada. Está sobre el muro de un galpón y no mide menos de tres metros. Por señalar que no quede.

Allí mismo al lado hay otro grafiti de calidad casi fotográfica y de grandes dimensiones. Muestra a una peregrina caída en el suelo. Otro romero se inclina sobre ella para atenderla, mientras algunos otros siguen la senda sin detenerse. Esto último me desagradó, pues es regla de oro en el Camino el auxiliarse unos a otros. Se llama o se llamaba Denise, según dice el grafismo, y el autor añadió una cita de Lucas 10,27:

«Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con todas tus fuerzas y con toda tu mente. Y al prójimo como a ti mismo».

No he podido saber nada más de esta Denise. Quizás la pintura sea un homenaje a Denise Pika, la peregrina asesinada en las cercanías de Castrillo de Polvazares hace no mucho, aunque las circunstancias no parecen ser las mismas.

A la salida del pueblo se abandona el arcén de la carretera por la derecha justo al llegar a la ermita de Nuestra Señora del Camino. Detrás está la entrada al cementerio del pueblo, y en el frontón de su portada pueden leerse estos versos románticos de Mariano José de Larra.

Templo de la verdad es el que miras
No desoigas la voz con que te advierte
Que todo es ilusión menos la muerte

¡No podía ser menos!, estamos en la sobria y trascendental Castilla. Pero, tras investigar un poco, he podido saber que estos versos también pueden encontrarse en los cementerios de otros lugares de España, como en el de la canaria Vegueta y el de Jimena en Jaén.

HORNILLOS DEL CAMINO

Desde Rabé a Hornillos hay unos cuantos kilómetros por el páramo, y no existe ninguna fuente ni lugar donde calmar la sed salvo la denominada **Fuente de Praotorre**, apartada unos metros a la derecha de la senda. Muchos peregrinos comentan quejosos que no da agua y es que, con esto de los tiempos modernos, ya se nos ha olvidado que

estas bombas manuales de succión hay que saber manejarlas e incluso cebarlas un poco a fin de que hagan bien la aspiración. Deberían poner un manual de instrucciones a su vera.

Nos acercamos a Hornillos del Camino y reaparecen los montones de piedras que nos informan de que la ruta ya la han seguido más romeros... sabrá Dios desde cuándo. Pero estos que vemos ahora obedecen más bien a las tareas de limpieza que, desde hace siglos, realizaron los agricultores en esta tierra de cereal para evitar posteriores problemas con el arado.



Cuesta de Matamulos, al fondo Hornillos

Y vuelvo sobre el significado universal de los hitos de piedras. Rebuscando en torno a ellos encontré que en Sudáfrica existe uno muy celebrado conocido como el Memorial Rock de Nelson Mandela. Está ubicado en la cantera de la prisión donde estuvo sometido a trabajos forzados en Robben Island. Conseguida finalmente su libertad, se reunió cierto día en ella con otros presos de su época. Y, al acabar el acto, Nelson depositó en la explanada de la cantera una piedra, gesto que fue imitado por el resto de presos. Y ahí permanece ese montón sin más adornos ni estelas, símbolo de la igualdad y la libertad duramente ganadas.

El terreno se va alzando lentamente a lo largo de varios kilómetros por el páramo. Y de pronto la senda se asoma abruptamente a un valle algo más abrigado. Nos espera la Cuesta de Matamulos en bajada,

llamada así por las bajas que producía antaño entre los semovientes excesivamente cargados.



Camino de Hontanas

Ya se divisa al fondo Hornillos del Camino, pueblo típico del Camino con casas de adobe y piedra extendidas a lo largo de la calle-camino que semeja interminable si llegas cansado de la marcha y buscas descanso. Su nombre procede de que en tiempos tuvo pequeños hornos para la producción de yesos y cerámica. Y también tuvo un hospital administrado por la Orden de Santiago y una leprosería, pero nada queda de ellos.

A mitad del pueblo nos aguarda la plaza de la iglesia donde existe una fuente en cuyo pináculo monta guardia un gallo de hojalata coloreado. Dicen que el actual sustituye a otros tres o cuatro anteriores deteriorados por el pasar del tiempo, y aunque algún simbolista esotérico ve en él un residuo de una pretérita adoración al Sol, los del pueblo mantienen que estuvo ahí desde siempre. Y solo recuerda al sediento peregrino que su agua mana de un manantial llamado del Gallo. Pero otros lo niegan y mantienen que el agua viene del manantial de la Cambija...

LA FIESTA DEL COLACHO EN CASTRILLO DE MURCIA

Castrillo de Murcia, o Muza, está situado a unos seis kilómetros al norte de Hornillos y en la misma comarca. Y durante la octava del Corpus se celebra allí una fiesta muy particular, la del Colacho.

Un personaje enmascarado y vestido con una botarga, (vestido ridículo de colores vivos, DRAE dixit), al que llaman Colacho, se dedica a fustigar a las gentes del pueblo con la cola de un animal mientras corren por sus calles. Lleva la cara tapada y todo el mundo tiene derecho a insultarle: «¡Colacho, tripas de macho!», le dicen los chicos; «Colacho, colachín, que no sabes castellano y te metes a leer latín», dicen las chicas, siempre más recatadas, recordando que años atrás el sacristán del pueblo hacía de Colacho. Los hombres maduros suelen ser conceptualmente más agresivos. A cambio el personaje tiene permiso para arrear una paliza soberana al que coge por su cuenta y también para interrumpir la misa del día entrando en la iglesia saltando y pegando brincos hasta llegar al presbiterio. Allí se queda parado y remeda la ceremonia de la misa tan burlescamente que nunca gustó a la jerarquía la pantomima y, en tiempos, trató de prohibirla.

¿Restos de paganismo con origen en las saturnales o de los juegos de burlas y escarnio de la Edad Media? La burla y la crítica explícita nunca gustó a los poderosos. Incluso dicen que en el corazón de la Edad Media se desató un intenso debate en torno a si debía estar permitido reírse. ¡Tanta llegó a ser la rigidez religiosa! Esta polémica enfrentó a la jerarquía eclesiástica porque algunos argumentaban que Cristo nunca se había reído, ¡qué triste! Pero este tipo de humor rudo y basto, pueblerino, fue desapareciendo conforme cambió la sociedad, y con el ascenso de la burguesía quedó definitivamente arrinconado. El Colacho podría ser uno de sus últimos residuos.

Ahí no acaba la fiesta porque, en añadido, todas las mujeres de la región que han dado a luz en el año colocan a sus hijos en un colchón en las calles, a las puertas de las casas, con la intención de que el Colacho salte por encima de ellos a fin de conjurar maleficios y enfermedades futuras de las criaturas. Y el cura del pueblo también las bendice, por si acaso.

HONTANAS

Tras Hornillos del Camino emprendemos camino sin referencia alguna durante varios kilómetros, solo la senda y el barbecho nos guían y circundan. Y en algún momento resulta pesado este tramo porque no llegas a distinguir lugar de descanso ni caserío a la vista y

parece que nunca se acaba. Pero de pronto el terreno se corta y se abre una tajadura, abajo está Hontanas.

Al poco de tomar la cuesta que nos desciende al pueblo, aparece un mínimo edificio a la derecha. Se trata de la **Ermita de Santa Brígida** que está adornada con la tau de los antonianos de los que luego hablaremos. Es muy fácil olvidarla y dejarla atrás porque está semienterrada en el suelo. Pero, ¿a qué se debe que la considerada patrona de Suecia tenga una ermita en Castilla?

Brígida Birgersdotter pertenecía a la aristocracia sueca, era pariente de la familia real y vivió en el siglo XIV. Mujer piadosa, casó contra su voluntad con un tal Ulf y tuvieron ocho hijos, cuatro varones y cuatro mujeres. Menos mal que fue un matrimonio no deseado. Un hijo fue religioso, otros dos se portaron muy bien, y Carlos fue un pícaro que la hizo sufrir toda la vida. Entre la prole femenina, tres también se portaron bien, incluso dos se hicieron religiosas y una llegó a santa, Catalina de Suecia. La cuarta fue la típica oveja negra de la familia, que con sus aventuras descocadas y nada prudentes martirizó a su buena y santa madre. Y es que la educación familiar no lo es todo, y cuando la cabra tira al monte...

Brígida era la dama principal de la reina de Suecia. Leal pero severa,



Ermita de Santa Brígida en Hontanas

observó que los reyes gastaban mucho dinero en lujos y comilonas y explotaban al pueblo. Y quiso reconvenirlos suavemente, pero estos

no le hicieron caso. Desilusionada con su fracaso, pidió permiso y se fue con su esposo en peregrinación a Santiago de Compostela. Parece ser que sus antepasados habían implantado esta costumbre entre la familia desde hacía tiempo. Pero durante el viaje enfermó Ulf gravemente. Brígida oró por él y en un sueño se le apareció San Dionisio a decirle que se le concedería la curación si ella se dedicaba a una vida santa. El marido curó y, en agradecimiento, se hizo monje en el Císter donde estuvo hasta morir santamente en un convento. Y Brígida se fue a Roma con su hija, la futura Santa Catalina de Suecia, visitó Jerusalén y también escribió un libro, las famosas “Revelaciones” acerca de cómo fue la vida de Jesús, que produjo un fuerte impacto religioso en su época. Finalmente murió en Roma con setenta años y poco después fue declarada santa.

Y dicho todo esto, volvemos a la pregunta. ¿Por qué hay una capilla de Santa Brígida en Hontanas? Ni idea, no he encontrado la menor explicación. Al principio cavilé que aquí debió enfermar el marido, Ulf, pero no porque lo hizo en Francia. Incluso hay quienes afirman que nunca pasó por estas tierras ya que la peregrinación la hizo en barco... Los misterios del Camino.

El pueblo tiene hoy algo menos de un centenar de habitantes y probablemente en origen se llamase Fontanas por la abundancia de fuentes en el lugar. Lo que confirma una curiosa plazuela con fuente de peregrinos, abrevadero y lavadero que merece la pena visitar. También posee un restaurante vegano al lado de la iglesia de la Inmaculada Concepción que estaba de lo más concurrido, el Camino también sufre la globalización de costumbres. Nosotros fuimos a comer enfrente buscando el mesón clásico e hipercalórico de toda la vida.

EL MONASTERIO DE SAN ANTÓN DE CASTROJERIZ

De camino a Castrojeriz topamos con los restos de un torreón del que apenas quedan unas pocas piedras y unos cuantos sillares esparcidos a sus pies. Debió ser una torre vigía del valle que enlaza Hontanas con esa población, la España abandonada. Y seguimos avanzando por el borde de una estrecha carretera comarcal, lo que suele tener un cierto riego, hasta que de pronto topamos con unas

ruinas de gran porte. Son los restos del monasterio que los Hermanos Hospitalarios de San Antonio, también conocidos como Orden de San Antonio o Antonianos. Su signo distintivo era una letra tau azul sobre hábito negro.

Es una más de las muchas órdenes medievales hoy desaparecidas. La fundó en 1095 Gastón de Valloire, un noble del Delfinado, en compañía de su hijo Gironde, en agradecimiento por la cura milagrosa del Fuego de San Antón que padecía este gracias a su contacto con unas reliquias de San Antonio Abad, el fundador del movimiento eremítico en la Tebaida egipcia en el siglo IV. Primero fueron laicos y, ciento veinte años después de su fundación, recibieron la sanción como orden monástica por bula del papa. Posteriormente adoptaron la Regla de San Agustín y se constituyeron, ya como religiosos, en canónigos regulares seguidores estrictos de esta regla: vivir juntos en comunidad y tomar los votos de castidad, pobreza y obediencia.



Monasterio de San Antón de Castrojeriz

Alcanzaron gran fama como sanadores de graves enfermedades en Francia y Alemania, incluida la peste, aunque la cura del ergotismo constituyó su principal activo. Algunos mantienen que fue una orden extrañamente misteriosa porque ayudaban al enfermo con sus medicamentos pero no los acogían, al menos en este monasterio de las afueras de Castrojeriz, y se limitaban a dejarles la comida y medicamentos en hornacinas en el exterior, que aún podemos ver. Así que los enfermos tenían que desplazarse desde el pueblo para ser atendidos. Tampoco intervinieron en asuntos políticos ni militares y eran poco dados a que se conocieran sus vidas cenobíticas. Estuvieron

presentes en los reinos hispanos recibiendo amplias encomiendas de diferentes reyes. Pero acabaron desapareciendo a finales del siglo XVIII e inicios del XIX.

La visión de estas ruinas te dejan deprimido porque son prueba clara de que el monasterio debió ser una gran obra gótica hoy desolada y abandonada. La decoración de la portada norte, la única que queda, se ha perdido en su totalidad y apenas se deja ver en ella la figura erosionada de un león. El enorme y elegante nártex que la cubre está atravesado por la carretera, ¿no había mejor sitio para pasarla? De la cabecera de la iglesia solo resta parte del ábside central más uno lateral donde permanecen los restos de dos ventanales ojivales. En la fachada del lado oeste, el rosetón está a punto de desaparecer. No queda nada de la bóveda del templo y te preguntas entonces cómo se sostienen los esbeltos muros allá donde permanecen... Y, como remate, han montado un pequeño bar en el interior.

LA ORDEN DE SAN ANTÓN, O DE SAN ANTONIO, Y EL ERGOTISMO

El ergotismo, denominado coloquialmente fiebre de san Antonio, fuego de san Antonio o fuego del infierno, es una enfermedad causada por la ingesta de alimentos que contienen micotoxinas producidas por hongos parásitos. Principalmente por el ergot o cornezuelo que contamina sobre todo al centeno. Fue muy frecuente en la Edad Media, y los efectos del envenenamiento se traducían en alucinaciones, convulsiones y contracción arterial que conducía a la necrosis de los tejidos y a la aparición de gangrena en las extremidades. La enfermedad empieza con un frío intenso y repentino en ellas que vira de inmediato a una quemazón aguda. Pocos sobrevivían y los que lo conseguían solían quedar mutilados por la pérdida de parte o la totalidad de los miembros afectados. Existía otra variante de esta intoxicación en la que el paciente sufría intensos dolores abdominales que finalizaban en una muerte súbita. En las mujeres embarazadas producía invariablemente abortos.

Se ha concluido que la curación se producía mediante la ingestión de pan blanco de trigo no contaminado y la ingestión de un bebedizo depurativo preparado por los monjes del que no se conoce hoy en día su composición. ¿Se inspiraron en el milagro del pan que traía cada

día un cuervo para alimentar a San Pablo de Tebaida y que conoció San Antón al ir a visitarlo?... Pudiera ser. Aunque también pudo ocurrir que algún monje perspicaz viera que al dejar de consumir el usual pan de centeno de la época, habitualmente infestado con ergot, los enfermos mejoraban.

Tras dejar atrás las ruinas, el valle se abre ofreciéndonos una vista amplia sobre la comarca denominada el Páramo de Castrojeriz. Y, justo al frente, la imagen típica de un pueblo de reconquista donde se sucedieron muchos combates por su dominio: un castillo sobre una gran loma y el pueblo a sus pies dando cobijo a una población que correría presurosa a albergarse en la fortaleza cuando llegaba el enemigo.



DE CASTROJERIZ A FRÓMISTA

A la entrada de Castrojeriz nos recibe un crucero que parece querer empujarnos a visitar de inmediato el Santuario de Nuestra Señora del Manzano, o de Almazán según Alfonso X, porque el templo está a la vista a unos cientos de metros. Por eso nos dirigimos a él antes de entrar en la población.



Nuestra Señora del Manzano en Castrojeriz

EL SANTUARIO DE NUESTRA SEÑORA DEL MANZANO

Lo que hoy vemos comenzó a construirse en el 1214 por voluntad de la reina Berenguela de Castilla, hija de Alfonso VIII y madre de

Fernando III el Santo, siendo reformada con posterioridad en un par de ocasiones. Guarda aires de gran iglesia gótica, aunque sus bóvedas son fruto de modificaciones realizadas en el siglo XV, por eso algunos reclaman para ella la calificación de colegiata ya que es una cuasi catedral por su tamaño, y al parecer poseyó este título en algún momento.

Tiene dos portadas abocinadas. Sobre la principal, fachada norte, aparecen dos figuras protegidas por sendos doseles: el arcángel Gabriel y Santa María. Dicen los que saben que la imagen de la Virgen podría estar entre las mejores esculturas que nos legó el gótico. Y el rosetón resulta de gran elegancia por la ligereza de su entramado.

Cuenta la tradición que la Virgen debe su nombre a que la talla, catalogada como virgen blanca, apareció en un frutal de esa especie. Pero también existe una versión santiaguista del hecho porque otros afirman que al saltar Santiago apóstol desde la loma del castillo hasta el valle –no se sabe por qué motivo ni con qué finalidad, aunque debía andar detrás de la morisma– tropezó con el tronco de un manzano que estaba hueco. El golpe rompió el tronco y en su interior se encontró la imagen de la Virgen. Pero ahí no acabó la intervención del apóstol porque añaden que, para dar fe de la validez del culto a la Virgen del Manzano, volvió a saltar con su caballo desde lo alto del castillo hasta el templo... Y prueba de la dificultad del salto, unos sesenta metros de desnivel y algunos centenares en longitud, es que el animal perdió las herraduras al aterrizar, lo que resulta absolutamente lógico. Ahora estas se encuentran en el santuario... Recordemos aquellas otras herraduras del corcel apostólico en el Monasterio de Cañas.

Cierto o no, el caso es que la Virgen del Manzano cogió tanta fama de milagrera que el rey Alfonso X el Sabio glosó sus prodigios en las Cantigas de Santa María.

Hay bastantes sepulcros en el santuario, pero sobre todo llama la atención de los aficionados al esoterismo una lápida que cubre la tumba de un noble desconocido. Presenta un escudo familiar sostenido por dos manos tenantes donde se muestra una flor de seis pétalos y una mano totalmente abierta que parece emerger entre nubes. La mano tiene grabada en la palma un pentáculo invertido ¡El símbolo del Innombrable, del Chivo diabólico!... Recordemos que al pentáculo normal se le llama pentagrama y lo relacionan con el hombre cósmico portador de valores eternos, ¿por qué no utilizaron este y sí el invertido? No he encontrado respuesta.

Pasamos por las tumbas de famosos con un cierto desinterés causado por el olvido y, lo que es más frecuente, por la ignorancia. Pero hay que mirar y además ver, véase el caso. En el santuario de Castrojeriz dicen que reposan los restos de **Leonor de Castilla**, infanta de este reino y reina consorte de Aragón, quien merecería ser la protagonista de una serie de televisión por lo azaroso de su vida.



El pentáculo invertido en una lauda

La prometió siendo muy niña su hermano Alfonso XI con el heredero de la corona de Aragón, el infante Jaime, hijo de Jaime II de Aragón. Objetivo, eliminar roces entre ambas coronas. Pero resultó que su prometido, el infante, tan solo quería entrar en religión y fue forzado a la boda. Al llegar el momento de la paz en la misa, el truhan se negó a dársela a su futura esposa... ¡Gran ofensa!, la guerra entre reinos estaba en puertas. Pero el rey aragonés reaccionó rápido y, en persona, fue a darle la paz a la ofendida Leonor. Pero ahí no acabó el problema porque el joven Jaime, a fin de no enfrentarse a su padre, huyó a caballo y se hizo monje sanjuanista. La despechada tuvo que entrar entonces en un convento, sin profesar, y quedó en la «reserva matrimonial» por lo que pudiera pasar en el futuro. ¡Pobre destino el de aquellas mujeres! Y algún año después, muerto ya Jaime II, la casaron con su heredero Alfonso IV, que era hermano del infante Jaime y ya viudo, porque la idea de restaurar las buenas relaciones entre Aragón y Castilla seguía viva.

Tuvieron hijos y ella consiguió que su marido les hiciese grandes donaciones en tierras y señoríos en Aragón en detrimento del heredero

al trono, Pedro IV el Ceremonioso, hijo del primer matrimonio de Alfonso IV.

Murió Alfonso y heredó Pedro quien se sentía muy agraviado por la largueza de su padre con los hermanastros. Y Leonor hubo de refugiarse a todo correr en Castilla por lo que pudiera pasar, pero llevándose grandes riquezas de Aragón según cuentan las crónicas. Pero las cosas en Castilla estaban confusas, muchos nobles tomaban partido contra el rey Pedro I el Cruel, y Leonor –junto a sus hijos Fernando y Juan–, tomaron también partido contra él contribuyendo a alzar rebeliones en Castilla y León. El rey se vengó a su manera y mandó asesinar a Juan en Bilbao y apresó a Leonor en Castrojeriz. El otro hijo, Fernando, levantó entonces armas contra él, y Pedro mandó decapitar entonces a su madre en el mismo castillo de Castrojeriz... Cuatro años después Fernando también fue asesinado en Burriana por su hermanastro Pedro IV el Ceremonioso, ¡los viejos agravios!, a pesar de que hasta entonces se habían llevado más o menos bien... ¡Menudo drama y menuda familia!

CASTROJERIZ

Se supone que fue celtíbera antes que romana y probablemente debe a estos su nombre ya que existen referencias de una antigua «Castrum Sigerici» en la zona. Otros dicen que su nombre procede en parte del árabe Castro del Xaraiz –castro sangriento– porque fue tierra muy disputada en la reconquista y finalmente reconquistada en el siglo X. De su castillo, otrora fuerte, queda algo, pero muy dañado como consecuencia del terremoto de Lisboa de 1755.

Se dice que fue el primer lugar castellano que recibió fueros en el 974 por decisión del segundo conde de Castilla, García Fernández, a fin de fomentar la repoblación de la meseta castellana. Notemos que el buen conde se adelantó en cien años al muy celebrado Fuero de Jaca que marcaría pauta en Navarra y Aragón. Castilla innovaba en todos los terrenos por aquellos tiempos. Ese fuero, que luego se extendió a otros lugares, muestra la particularidad de equiparar a cualquier campesino con los infanzones o hidalgos. Y la forma de lograrlo pasaba por ofrecer a los ciudadanos libres la posibilidad de ser nombrados caballeros si tenían armas adecuadas, un caballo y decidían ponerse a disposición de Castilla para la reconquista. Con

ello se logró reunir y aunar a una población procedente de la zona y foránea, que consolidó a Castrojeriz como punto fuerte fronterizo.

Es otro pueblo-camino por su configuración. La ruta lo atraviesa por su calle Real y dicen algunos que resulta el recorrido más largo realizado dentro de una villa caminera, pues alcanza el kilómetro. Y como resultado de la adaptación al Camino, la Plaza Mayor tiene una forma rectangular y es poco más que un anchurón de este.

La primera iglesia que nos encontramos es la de Santo Domingo de Guzmán, gótica con retoques posteriores. Y llama la atención por su torre, que parece más torreón defensivo que un campanario. No está abierta al culto pero se puede visitar por haberse convertido en un centro de interpretación del Camino. Lo más curioso es que presenta en su muro exterior un resalte, a la altura de la misma calle, donde aparecen dos calaveras con tibias cruzadas y una leyenda, «O mors o aeternitas», a las que los esotéricos han tratado de dar oscuros significados. La explicación del porqué es sencilla, marcan la posición de un osario que guarda los restos de peregrinos fallecidos en el camino. Aunque otros dicen que son los restos sacados del suelo de la iglesia en alguna restauración.

Algo más adelante, ya casi saliendo del pueblo, topamos con la Iglesia de San Juan. Fue de inicio templaria y luego pasó a los sanjuanistas, y así consta en los documentos de cesión cuando la desaparición de la primera. Maciza y tosca, otra vez se aprecian aires de torreón defensivo en el campanario, nos muestra una solución arquitectónicamente arcaica en su portada donde se construye un arco en base a la aproximación de los hastiales, recordándonos así a Micenas. Y también un óculo con otro pentáculo invertido que da pie a pensar que lo del caballero del santuario pudiera tener una más fácil explicación... ¿Sería el distintivo de alguna familia local?

LA CABALLERÍA VILLANA

A cambio de los privilegios forales, los concejos aforados tenían el deber de auxiliar militarmente a quien se los había concedido. Esta ayuda militar, en forma de milicias concejiles, se organizó en dos vías: la gente de a pie –los peones– y los caballeros villanos. Examinemos estos últimos. Los habitantes del concejo que pudiesen permitirse un caballo y las correspondientes armas integraban sus filas. Debido a su

importancia táctica, era caballería de carga con lanza, y al talante de sus gentes hechos a los peligros de las tierras recientemente repobladas, las extremaduras, los caballeros villanos ganaron el privilegio de ser equiparados a los infanzones, la baja nobleza, aun no perteneciendo a este estamento. Entre otros detalles se les permitía ocupar terrenos en la tierra de nadie por presura, por ocupación directa, mientras que la nobleza podía conseguirlas además por cesión real. Fácilmente se entiende que la agresividad de estos caballeros era extrema al estar incentivados por esa concesión.



Caballería villana

Los caballeros villanos cumplieron una destacada misión en distintas campañas durante la Reconquista, significándose particularmente en Uclés, Alarcos, Las Navas de Tolosa y del Salado.

OTRO CLÁSICO DEL ROMANCERO CASTELLANO RELACIONADO CON CASTROJERIZ

Se trata del romance, no demasiado conocido, de la Condesa traidora, aunque como veremos debería llamarse quizás de las condesas traidoras.

Recordemos que un romance es un poema formado por una serie indefinida de versos octosílabos, de los cuales los versos pares riman en asonante y los impares quedan libres. Surgieron a finales del siglo XIII, cuando los juglares transmitían estos poemas anónimos, así que podemos imaginar que contribuirían al solaz de los peregrinos en las hospederías durante los momentos de descanso. Su trasmisión se realizó por vía oral, y solo fueron compilados por escrito a partir del siglo XV. Por tanto, es bueno dudar de su exactitud histórica en cuanto a los hechos descritos en ellos

El juglar no tenía buena fama y, en su época, era sinónimo de pícaro. Alfonso X el Sabio en las Partidas los pone de vuelta y media por aquello de que demandaban estipendio a cuenta de su interpretación:Z<<

«a los que son juglares e los remedadores e los facedores de los zaharrones, que públicamente andan por el pueblo o cantan o facen juegos por precio, esto es, porque se envilecen ante otros por aquel precio que les dan. Más los que tañeren estrumentos o cantasen por facer solaz a sí mesmos, o por facer placer a sus amigos o dar solaz a los reyes o a los otros señores, non serían por ende enfamados»

Como resultado de esa trasmisión oral, existen varias versiones de la leyenda de la condesa traidora que cambian ligeramente el relato e incluso los protagonistas. La versión más extendida es la que recogió don Ramón Menéndez Pidal en «La leyenda de la condesa traidora» y atribuye al buen conde de Castilla García Fernández, el de los fueros de Castrojeriz, un especial protagonismo. Veamos la historia.

El conde había casado con una condesa de origen francés, doña Argentina, que quizás aburrída huyó del castillo con otro conde francés y abandonó a nuestro castellano. García decidió vengarse de ambos, lo normal, y emprendió viaje a Francia tras ellos. Casualidades de la vida conoció allí a la hija del conde francés, llamada Sancha, que también buscaba un modo de eliminar a su nueva madrastra porque no la soportaba. Ambos se confabularon, prepararon un plan y García Fernández acabó decapitando al conde francés y a doña Argentina.

Felices y contentos, el castellano y la francesa retornaron a Burgos como marido y mujer, y como nueva condesa de Castilla fue reconocida Sancha. De esa unión nació Sancho García, el futuro conde de Castilla. Pero años más tarde doña Sancha, coqueta y alocada, se volvió contra su marido y planeó acabar con su vida. Para ello

alimentó con salvado, en vez de con cebada, al caballo del conde y, en consecuencia, al estar mal alimentado el batallador corcel, desfalleció a las primeras de cambio en una escaramuza. Y el pobre conde acabó lanceado y muerto por los cordobeses a orillas del río Duero.

Pero ahí no acaba el romance. El hijo Sancho pasó a ser conde de Castilla, y doña Sancha, quizás de nuevo aburrída, quiso convertirse en esposa de un rey moro del que recibía cartas de amor donde el sarraceno la tentaba con un «mejor ser reina que condesa». Así que ni corta ni perezosa trató de envenenar a su vástago a fin de entregarle el condado al moro. Pero acabó siendo descubierta por una criada ante toda la corte y hubo de beberse el veneno que había preparado para el hijo... Evidentemente se murió para tranquilidad de todos.



Castrillo Mota de Judíos

Este relato tiene muy poca o ninguna base histórica porque la esposa del conde de Castilla García Fernández fue Ava, quien procedía del condado de Ribagorza. Pero, por no dejar por completos mentirosos a los trovadores, hay que añadir que la leyenda pudo tener alguna base con un intento de rebelión de Sancho García contra su padre, en torno al año 991, tras ponerse de acuerdo con Almanzor. Y podría ser que actuara instigado por su madre..., a saber.

CASTRILLO MATAJUDÍOS

A muy poca distancia de Castrojeriz, y solo ligeramente apartado del Camino, hay un pueblo que se llamó así hasta el 25 de mayo de 2014. Pero por aquello del lenguaje políticamente correcto, el consenso y la democracia, se decidió en votación popular cambiarle el

nombre porque allí nunca hubo una matanza de judíos, eso decían... Y ahora se denomina Castrillo Mota de Judíos para satisfacción de los promotores del cambio, partidos políticos y otras fuerzas vivas. Observen la habilidad demostrada en la mutación, fonéticamente se parecen las dos versiones del nombre, sustituyeron el mata por mota de... Pero mota es un altozano de poca envergadura que destaca sobre un llano. Pasé por el pueblo por curiosidad para comprobarlo pero no vi tan claro que allí haya una.

Y como casi nunca nos ponemos de acuerdo en nada, aquello levantó y aún levanta oposición: «¡Castrillo Matajudíos no se toca!». Resultado, se cruzaron las típicas acusaciones entre extremos, y el pueblo fue noticia en The New York Times, The Guardian, aparecieron los de Solidaridad Palestina por allá y fue gran noticia en Israel... Cualquiera día nos prohíben lo de Santiago matamoros..., ya lo han intentado.

EL JUDAÍSMO EN CASTILLA DURANTE LA EDAD MEDIA

Lo cierto es que en Castilla existió una amplia población judía. Su llegada a la península se sitúa en torno al año 70 d.C. tras la destrucción del Templo de Jerusalén, pero no se descarta una presencia anterior ligada a las colonias fenicias, griegas y romanas. Dicen que en el siglo IV eran ya muy numerosos en la península y que hacían un gran proselitismo hasta que, con la llegada de los visigodos, comenzaron a ser perseguidos.

Se llevaron bien con Al-Andalus, pero no con los almorávides que también los persiguieron. Los reyes cristianos los consideraron al principio «patrimonio real», les otorgaron protección y les concedieron igualdad de derechos. A cambio ellos suponían una importante fuente de financiación para la corona. Pero, a partir del siglo XIII, el equilibrio se deterioró por razones tanto religiosas, pueblo deicida, como socioeconómicas.

En 1391 se desató una masacre antisemita en la península que se inició en la ciudad de Sevilla. Luego hubo saqueos, incendios, matanzas y conversiones forzadas en las principales juderías de los reinos cristianos de Castilla, Aragón y Navarra. El movimiento no fue

exclusivamente peninsular, porque por Europa corrieron al unísono aires de progromos relacionados con una epidemia de peste que se interpretó como un castigo divino a los cristianos por permitir la presencia de la raza deicida entre ellos. En la península se imputa su origen a los efectos económicos negativos de la guerra interna habida en Castilla y León que condujo al establecimiento de la Casa de Trastámara durante el último tercio del siglo XIV. Y también contribuyó su fama de población rica a la que convenía robar.

A pesar de este ambiente contrario, hubo dos judíos en aquella época que brillaron con luz propia debido a su particular trayectoria.



Puente de madera y el Teso de Mostelares

Schlomo-ha Levi fue rabino mayor de la judería de Burgos, poeta, erudito y teólogo. Pero en 1390 se convirtió al cristianismo pasando a llamarse Pablo García de Santa María. Estudió teología en París y Aviñón por indicación del papa y acabó siendo obispo de Cartagena y, con posterioridad, de Burgos.

Alonso de Cartagena fue hijo del anterior, también criado en la religión judaica hasta la conversión de su padre. Estudió leyes en Salamanca, se incorporó a la vida religiosa y sucedió a su padre como obispo de Burgos. Destacó como humanista y diplomático gozando de la confianza de los reyes de Castilla. Y recordemos que fue el que trajo a Juan de Colonia para modernizar el gótico de la catedral de Burgos.

Dicen que la esposa de Schlomo-ha Levi fue la única que rechazó convertirse al cristianismo de toda aquella meritoria familia, dando así fe de la reciedumbre de sus creencias.

CAMINO DEL REINO DE LEÓN

A la salida de **Castrojeriz** retomamos la marcha con una cierta desazón... Lo que se ve al fondo es el llamado **Teso de Mostelares**, una tachuela en términos de ciclismo, y hay que subirlo. Se llama teso a una colina baja que tiene alguna extensión llana en la cima, (DRAE dixit). Y esta no es baja desmintiendo la creencia de que Castilla es llana como la palma de la mano. Pero si se quiere salvarlo sin problemas, aconsejo una ruta más cómoda tomando el arcén de la carretera para ir a Castrillo Mota de Judíos y de allí seguir a Puente Fitero a reencontrar el Camino.

Antes de iniciar la subida, en la vaguada previa, salvamos el río Odrilla mediante un curioso puente de madera. Tras él hay que tomar aire y prepararse para el esfuerzo. Nada más iniciarla, tratan de engañarte poniendo al pie un letrero que avisa que enfrentarás una cuesta del doce por ciento de pendiente, pero desconfías porque aquello parece tener mucho más. Y al poco una pequeña estela al borde te confirma que no será fácil superarla:

«En recuerdo de José G. Valiño, peregrino, 62 años, 2006».

Subí como los malos ciclistas, zigzagueando sobre la vereda porque perdía el aliento. Y ya arriba pude confirmar la razón con mi GPS. La subida desde la base, pasado el Odrilla, supone recorrer mil cuatrocientos metros al diecisiete por ciento de pendiente promedia... En lo alto hay una pequeña zona de descanso, donde repuse el resuello, enfrentada a una pequeña cruz de hierro, un hito geodésico y, al fondo y abajo, una magnífica vista del Páramo de Castrojeriz.

Cara a la bajada nos aguardan otras no menos hermosas. Ancha es Castilla, la **Tierra de Campos** está a nuestros pies en todo su esplendor... Hectáreas interminables de cereal ya recogido doran el paisaje y la vista se pierde tratando de adivinar fronteras entre Palencia, Valladolid, Zamora y León. A tan solo unos kilómetros, una línea verde nos anuncia el curso del Pisuerga... Antiguamente se conoció a este territorio como «Campus Gallaeciae», campos galaicos,

para posteriormente ser llamada Campos Góticos tras la llegada de los visigodos. Y fue región de especial importancia para ellos porque inicialmente se asentaron aquí, a fines del siglo V, tras haber sido expulsados del sur de la Galia por el expansionismo de los francos. Para ello hubieron de expulsar a su vez a galaicos y celtíberos. Más tarde, ese núcleo original de visigodos se dispersó por otros puntos de Hispania, tomando a Toledo como la capital de su reino.



Tierra de Campos desde el Teso de Mostelares

Al ir a descender, nos advierten ahora de una pendiente al dieciocho por ciento. Esta vez no tratan de disimularlo y lo aseguran mediante una señal de tráfico. Afortunadamente el inicio de la cuesta está hormigonado y ahorra resbalones. Y, al poco, la dureza del teso queda confirmada con una nueva estela. Esta nos recuerda a un malagueño, Manuel Picasso López, fallecido aquí tras coronar el alto en 2008. Tenía cuarenta y dos años, era cofrade de la Virgen de la Esperanza de Málaga y sus amigos lo recordaron con esta lauda. En homenaje a ambos romeros vaya nuestro saludo:

–¡Buen Camino, peregrinos!

Al final de la bajada y a la derecha de la senda se encuentra una fuente conocida con el mágico nombre de **Fuente del Piojo**, porque al parecer acostumbraban a desprenderse allí de tan molestos insectos los peregrinos. La fuente es hoy un manantial con un abrevadero adosado a un murete de piedra. Alguna guía la ensalza por ser consuelo de romeros en días de calor, pero yo no me fiaría de su agua porque no parece ni limpia ni abundante.

Más adelante, unos doscientos metros antes de llegar al Puente Fitero, encontramos a la izquierda la **Ermita de San Nicolás de Bari**. Lo que nos ha quedado de este templo es un pequeño edificio de factura protogótica del tercer tercio del siglo XII, y aseguran que fue el templo parroquial de un pueblo desaparecido.

Ha sido restaurada por una cofradía italiana: la **Confraternità di San Giacomo di Compostela in Perugia**. Y dicen que solo abre sus puertas como albergue de peregrinos de mayo a septiembre, pero yo la he visto activa aún en octubre. Y guarda la tradición del rito medieval cristiano del lavatorio de los pies al romero que llega, ceremonia que se realiza en el ábside por las tardes. La Confraternità fue fundada en la ciudad italiana de Perugia en 1981 por un grupo de peregrinos que querían mantener el recuerdo de su peregrinación a Santiago, recuperando de paso la memoria de otra antigua cofradía que estuvo activa en su ciudad desde el siglo XIV. A este primer núcleo se añadieron otros peregrinos de Italia que, con el mismo espíritu, han abierto hospitales y albergues por otras ciudades italianas.

PUENTE FITERO

El Puente de Itero del Castillo, más conocido como Puente Fitero, fue construido en tiempos del rey Alfonso VI, siglo XII, para ayudar a los peregrinos a salvar el cauce del caudaloso río Pisuerga. De perfil alomado tiene once arcadas, algunas apuntadas y otras de medio punto, y posee tajamares triangulares aguas arriba y



Puente Fitero

210 cuadrangulares aguas abajo. Tuvo una gran importancia estratégica en el medioevo al ser el límite occidental del condado de Castilla, y actualmente hace frontera administrativa entre las provincias de Burgos y Palencia.

Itero, Fitero, procede de hito –mojón o poste de piedra, por lo común labrada, que sirve para indicar la dirección o la distancia en los caminos o para delimitar terrenos-. Y lo confirma Domenico Laffi, el ya mencionado clérigo y peregrino italiano del siglo XVII que se perdió en los Montes de Oca, que menciona al puente como «Ponte de la Mulla», es decir, de la muga o de la marca fronteriza. Hoy día permanece abierto al tráfico de peatones y vehículos, aunque la circulación de estos últimos se realiza por turnos en una sola dirección, regulada por un semáforo, debido a la estrechez de la calzada.

ITERO DE LA VEGA

Es el primer pueblo que cruza el Camino al entrar en el viejo Reino de León y, en particular, en la comarca de Tierra de Campos.

Se encuentra a orillas del río Pisuerga, ya en la provincia de Palencia, y debió nacer hacia los siglos IX o X para consolidar tierras de reconquista. Tomó importancia en el siglo XI cuando Alfonso VI ordenó construir el Puente Fitero distante tan solo un par de kilómetros. Tenía unos seiscientos habitantes a mediados del siglo XIX y ahora no llega a los doscientos que viven de la agricultura y del Camino. La España vacía. Su principal monumento es la iglesia de San Pedro, que fue construida en el siglo XIII aunque sufrió modificaciones en siglos posteriores.

Como todos los pueblos de la zona, tienen a gala conservar y exhibir su rollo jurisdiccional que les otorgaba independencia jurídica. En este caso, Itero de la Vega no lo consiguió por decisión real, sino que compró el derecho de soberanía a Melgar de Fernamental y Castrojeriz, de quienes dependía, en el siglo XVI.

A la salida de Itero de la Vega nos enfrentamos por primera vez a las interminables sendas rectilíneas del Camino en la Tierra de Campos que parecen no tener fin y que nos acompañarán a lo largo de los próximos días. Y al poco tropezamos con una obra moderna, el Canal del Pisuerga, infraestructura fundamental para el regadío de Tierra de Campos.

BOADILLA DEL CAMINO

Nació a mediados del siglo X, perteneciendo por aquella época al Condado de Castilla porque las fronteras tardaron en asentarse. Y tampoco pasa hoy de los doscientos habitantes aunque llegó a tener seiscientos. Destaca su rolo gótico, el más lujoso y mejor labrado que nos hemos encontrado por el momento, donde pueden verse labrados motivos jacobeos, animales y ángeles. En este caso sí obtuvo la autonomía jurisdiccional por decisión real de Enrique IV, a mediados del siglo XV, liberándose así del yugo de Melgar de Fernamental y Castrojeriz.



Rolo gótico en Boadilla del Camino

Su iglesia parroquial, la de Santa María de la Asunción, tiene aires de fortaleza porque, aunque se la supone acabada en el siglo XVI, está basada en una previa románica del XIII. Dicen que tiene una destacada pila bautismal, pero como es habitual el templo estaba cerrado y nos quedamos con las ganas de verla.

CANAL DE CASTILLA

Al salir de Boadilla topamos con el famoso canal, sueño de la Ilustración española, que parece querer cortarnos el paso. El proyecto hunde sus raíces en ideas no acabadas de los siglos XVI y XVII que perseguían el desarrollo de la meseta norte castellana mejorando sus comunicaciones y haciendo posible la salida de los excedentes del cereal castellano. Solo con Fernando VI, y su ministro Marqués de la Ensenada, se ejecutaron unos primeros tramos a mediados del

siglo XVIII. Pero el primer ramal finalizado, el Norte, no se completó hasta finales de ese siglo con Carlos IV, lo que permitió iniciar una navegación incipiente. La Guerra de la Independencia detuvo las obras, que se reanudaron con Fernando VII. Pero la Corona no podía sostener tal esfuerzo económico y se recurrió a capital privado mediante la creación de la Compañía del Canal de Castilla. La primera Guerra Carlista volvió a detener las obras para, finalmente, acabar inaugurándolo en 1849.

Su trazado tiene forma de una Y invertida con un ramal norte que llega a Alar del Rey, en las puertas de Cantabria. Por el sur se divide para llegar a Medina de Rioseco mediante el ramal oeste, y a Valladolid mediante el este. Existió el proyecto de un cuarto ramal, que debía haber llegado hasta Segovia y que nunca se inició. Como también se pensó en atravesar la Cordillera Cantábrica para enlazarlo directamente con el mar desde Alar del Rey, sueño incumplido.



Esclusas del Canal de Castilla a la entrada de Frómista

Totaliza hoy 247 kilómetros de recorrido, salvando sus esclusas un desnivel de 150 metros y llegando a mostrar una anchura de hasta 22 metros. Pero el ferrocarril estaba naciendo ya cuando su inauguración y la construcción de la línea ferroviaria de Valladolid a Alar del Rey, casi paralela al canal, lo hizo entrar en declive. En la actualidad, ha quedado reducida su utilidad a la navegación de unas pequeñas naves turísticas, a un cierto aprovechamiento hidroeléctrico del salto en algunas esclusas y como canal de regulación de recursos hídricos.

La senda avanza ahora por uno de los caminos de sirga del ramal norte durante unos cuatro kilómetros. Por ellos iban antaño los tiros

de mulas y bueyes que jalaban las gabarras que llevaban las mercancías, ahora solo vamos los peregrinos. Dicen que en los momentos dorados del canal de Castilla llegó a haber más de trescientas embarcaciones surcando sus aguas.

Cuatro esclusas en las puertas de Frómista nos despiden de su compañía. Tienen una curiosa forma elipsoidal para permitir el paso de dos embarcaciones al unísono a fin de tener en cuenta que estas suelen ser más anchas en su parte central. De ellas, solo la superior conserva el cierre, aunque es ya fijo y de hormigón... Y, por cierto, presenta abundantes filtraciones en sus apoyos, así que cualquier día dará un disgusto.

Y tras el Canal de Castilla, Frómista.



FIN DE ESTE PRIMER TRANCO LITERARIO

El Camino es largo y sus historias abundantes e intensas. Describirlas hasta llegar a Santiago requeriría, probablemente, otro tanto si no más, así que debo detenerme aquí en la esperanza de que nos volvamos a encontrar en una renovada vereda para poder acabarlo.

Al hacerlo, los antiguos se saludaban cruzando un par de palabras de ánimo:

–«¡*Ultreia!*» –¡más allá, sigue adelante!

–«¡*Et suseia!*» –¡y más arriba!

Los tiempos cambian y, con ello, las formas de cortesía. Así que, como todos somos peregrinos de la vida, tan solo me queda desearos,

¡Buen camino!